

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

BIANCA®

La esposa secreta

Lynne Graham

$3.50 U.S.

La Esposa Secreta
(The Secret Wife)
-Lynne Graham-

1

Con el corazón resonando en su pecho como un tambor, Rosie entró muy despacio en la iglesia, cuando ya todo el mundo lo había hecho, y se colocó en el último banco, para escuchar, desde una distancia prudencial, la misa en memoria de Anton Estrada, hombre que había sido muy famoso en Londres. La iglesia estaba llena a rebosar de personas que habían querido decirle un último adiós.

Con un velo negro y la mirada baja, Rosie se agitó, sumida en su propio dolor. Casi toda su vida la había pasado sola. Sólo unos pocos meses de su vida los había compartido con Anton. Pero aquel hombre sonriente y cariñoso se había ido, el hombre que le había dado todo el amor que le había faltado en su vida. Con lágrimas en sus ojos verdes, miró el anillo con una esmeralda que llevaba puesto en el dedo, hasta que se le desenfocó la visión. ¿La amaría alguien alguna vez tanto como él?

El murmullo de las voces la hizo volver a la realidad. Levantó su mirada y se dio cuenta de que el oficio había acabado y que la iglesia se había quedado casi vacía otra vez. Sintiéndose un poco desorientada, se levantó y se dirigió hacia la salida. El velo se le enganchó en el banco y perdió el equilibrio.

Habría dado con sus huesos en el suelo, si no hubiera sido por una mano de un hombre que salió de nadie sabía dónde.

-¿Está bien? -le preguntó una voz muy dulce. Ella movió sus párpados, al comprobar que aquella voz la llenaba de dolor-. Será mejor que se siente...

-No... -Rosie se estiró y se apartó un poco. Olvidándose de que se le había enganchado el velo, echó la cabeza hacia un lado y se le cayó al suelo, dejando su pelo al descubierto. De forma involuntaria, levantó la mirada y se quedó horrorizada, palideció y a punto estuvo de que se le saltaran las lágrimas. Constantine Voulos la estaba mirando, sintiendo al parecer las mismas emociones que a ella la habían dejado paralizada. Era un hombre guapísimo, más guapo incluso de lo que parecía en las fotografías que le había enseñado Anton. Tenía el pelo muy negro y una boca muy sensual. Se sintió a punto de desfallecer cuando encontró su mirada, como si estuviera cayéndose por un precipicio. No podía respirar, ni siquiera hablar. Un sentimiento de pánico se apoderó de ella.

-¿Quién es usted? -le preguntó él, con voz ronca, acercándose y

devolviéndole el velo, que había recogido del suelo. Rosie se quedó pálida y sintió que las piernas se le iban a doblar en cualquier momento. Constantine Voulos era el hijo que Anton y su esposa Thespina, de procedencia griega, habían criado como si fuera propio.

-Su velo...

Estiró la mano hacia el niño que se había convertido en un hombre. No podía ser. Constantine le agarró la mano.

-Por favor... -susurró Rosie, intentando romper aquel contacto, deseando escapar de allí corriendo, del pánico que sintió.

-¡*Christos*! -exclamó Constantine al reconocer la antigua esmeralda que adornaba su dedo-. ¿De dónde ha sacado ese anillo?

Rosie apartó su mano y se marchó escaleras abajo. La brisa invernal agitó su melena rizada y el abrigo negro que llevaba desabrochado, mientras se abría paso a través de la multitud que se agolpaba en la calle, indiferente a los frenazos de los coches al cruzar la carretera.

Rosie se paseó una vez más por las silenciosas habitaciones. Sin la presencia de Anton, aquella casa parecía deshabitada. Después de haber borrado todo rastro de su presencia entre aquellas paredes, cerraría la puerta y volvería a su propio mundo. De todas formas no habría durado mucho, se dijo a sí misma.

Ella amaba su libertad, aunque había permitido que Anton la retuviera a su lado. Él la había persuadido, presionado y suplicado hasta conseguir que ella se trasladara a aquella casa, dispuesta a convertirse en lo que él quería que fuera, con tal de complacerle, pero sabiendo también que tarde o temprano se rebelaría.

-Soy un espíritu independiente -le había comentado ella en una ocasión.

-Tu independencia te ha sido impuesta y ha sido demasiada responsabilidad para una chica tan joven -había contraatacado Anton, haciendo un gesto de desaprobación-. Ya no es necesario que cargues más con esa responsabilidad, porque me tienes a mí.

Y ella se había reído y discutido, pero no mucho, sabiendo que él no podía entender la vida que ella había llevado, al igual que ella tampoco podía entender el mundo en el que vivía él. Por lo cual tuvieron que tratar de entenderse y hacerse concesiones uno al otro.

Había tenido mucha suerte, pensó con cierta amargura. Cuatro

meses de plena felicidad era mucho más de lo que la gente conseguía en toda una vida. Cuatro meses de amor incondicional, desprendido. Los buenos recuerdos borraban los malos. Nadie podría quitárselos. Como tampoco podían quitarle el anillo que había pertenecido a la familia Estrada durante dos siglos, una reliquia que Anton le había puesto en el dedo con lágrimas en los ojos.

-A partir de ahora volverá a cobrar vida de nuevo, porque ahora está donde realmente pertenece.

Rosie recordó los ojos de incredulidad cuando Constantine reconoció aquel anillo. Bien podría haberle dicho que sólo había aceptado aquel regalo de Anton. Si hubiera sido más avariciosa, podría haberle sacado todo lo que hubiera querido, porque Anton estaba dispuesto a ponerle el mundo a sus pies.

Simplemente, no se imaginaba vivir con tanto dinero. Pero, como cualquier otra persona, era capaz de sentir envidia y compasión por sí misma.

Cuando tenía nueve años, Constantine Voulos había perdido a sus padres, en un accidente de automóvil. Anton y Thespina lo acogieron en su casa y lo habían criado como un hijo propio. A Anton nunca se le pasó por la cabeza que a ella le pudieran molestar sus continuas referencias a las virtudes y talento de su hijo adoptivo.

De pronto, se dio cuenta del silencio que la rodeaba. Sintió un escalofrío al oír el eco de sus propios pasos. Debería haberse marchado el día que Anton había fallecido, pero se había quedado tan impresionada que no había sabido cómo reaccionar. Tan sólo seis semanas antes, le habían ingresado por un leve ataque al corazón. Ella había sido la primera en quedarse a su lado, separándose a regañadientes cuando supo que Thespina y Constantine se dirigían al hospital desde el aeropuerto.

-¡Quédate! ¡Que se vayan todos al infierno! -había exclamado Anton al enterarse.

-Sabes que eso no es posible. No puedes hacerle eso a tu mujer -le había susurrado Rosie, cuando en realidad lo que tenía que haber hecho era quedarse y enfrentarse a todos.

-Nunca la llamas por su nombre -le había dicho Anton, suspirando con dificultad.

Y ella se había sonrojado, evitando su mirada, sintiéndose culpable y dolida. Thespina había sido la esposa de Anton durante más de treinta años. Una esposa leal, a la que él había traicionado con crueldad. Pero el hecho de que Thespina no supiera que la

había traicionado no servía para que Rosie aceptara de buen grado aquella situación.

Rosie había estado entrando y saliendo a escondidas del hospital durante toda una semana, su natural optimismo había desvanecido los miedos que sentía por la salud de Anton. Además, sólo tenía cincuenta y cinco años. Pero el problema era que trabajaba mucho. ¡Cuánto habían hablado de las cosas que iban a hacer en el futuro! A ninguno de los dos se le había ocurrido que el futuro iba a acabar en cuestión de semanas.

Hicieron un crucero por las islas griegas, pero el mismo día que habían vuelto a Londres, Anton había sufrido otro infarto.

-¡Ha muerto en cuestión de minutos! -le había dicho la secretaria llorando, cuando llamó por teléfono a su oficina-. ¿Con quién hablo? -le había preguntado, ya que Rosie no llamaba nunca. Pero cuando Anton no había ido a comer, empezó a preocuparse.

Rosie recordó que había colgado el teléfono. Naturalmente no podía ir al funeral en Grecia. Con un gran dolor de corazón, por sentirse excluida, había ido a la misa que se celebró después. Allí fue donde se encontró con Constantine Voulos. Aquel encuentro fue desconcertante. Debería haber hecho las maletas y haberse marchado mucho antes. Pero había querido estar unos momentos a solas en la casa en que había perdido al padre que había conocido durante tan corto espacio de tiempo.

-¿Rosalie...?

El corazón le dio un vuelco. Se volvió.

Constantine Voulos estaba de pie, junto a la puerta de la habitación. Respiraba de forma entrecortada, avanzando hacia ella.

-¿No es así como te llamas?

-¿Qué está haciendo aquí? -preguntó Rosie. Su cuerpo se puso frío por el miedo-. ¿Cómo ha entrado?

-Eres una zorra -la insultó Constantine, bloqueándole con su cuerpo la única vía de escape. No apartaba ni un segundo sus ojos de ella. Era como si la estuviera traspasando con la mirada.

Con un enorme esfuerzo, Rosie se recompuso un poco, a pesar de haberse quedado completamente pálida.

-No sé quién es usted, ni qué es lo que quiere...

-¡Sabes perfectamente quién soy! -le contestó Constantine acercándose un poco más a ella.

-¡Apártese de mí! -rígida por la tensión, Rosie se preguntó cómo había podido averiguar quién era.

-Ojalá pudiera -respondió Constantine, con los puños apretados.

Rosie retrocedió hasta que sus piernas chocaron contra la cama.

-¿Qué es lo que quiere?

-Me gustaría borrarte de la faz de la tierra, pero no puedo. Eso es lo que más me altera. ¿Cómo pudiste persuadir a Anton de hacer algo tan insensato?

-¿Hacer qué? -preguntó, demasiado asustada como para razonar.

-¿Cómo has podido convencer a uno de los hombres más decentes que he conocido para que sacrificara su honor y lealtad a su familia?

-No sé de lo que está hablando.

-¿Sabes lo que hizo Anton pocos días antes de su muerte? -preguntó Constantine, mirando la maleta que había encima de la cama con cara de desprecio. -¿Sabes cuáles fueron sus últimas palabras cuando murió en mis brazos?

Rosie negó con la cabeza. No sabía que Constantine hubiera estado con su padre cuando éste murió. Esa información la reconfortó. Anton no había estado solo a la hora de su muerte. Constantine había estado con él. Y aunque a ella no le gustara, sabía lo mucho que él significaba para su padre.

Constantine se empezó a reír a carcajadas. Sus ojos negros como la noche la miraban con desprecio.

-¡Lo último que dijo fue tu nombre!

-Oh.

-Me hizo jurar por mi honor que te protegería y respetaría sus últimos deseos. ¡Pero yo no sabía ni que existías! -Constantine dio rienda suelta a otro ataque de ira-. ¡Redactó de nuevo el testamento, y si no fuera porque la publicidad destrozaría a Thespina, lo llevaría ante cualquier tribunal europeo para crucificarte, por avariciosa y calculadora, y para conseguir que no te lleves un céntimo!

-¿Un nuevo testamento? -apretó los dientes mientras aguantaba aquella serie de insultos. Su rostro fue recuperando poco a poco el color. Por lo menos ya entendía la razón de la presencia de Constantine Voulos en aquella casa, y el porqué de todo aquel enfrentamiento. Anton le había dejado una parte de su herencia en el testamento, a pesar de que ella le había dicho que no quería ni necesitaba nada.

-Hace meses, Thespina empezó a sospechar que había otra

mujer en su vida. ¡Y yo me reí de ella, diciendo que eran temores infundados! La convencí diciéndole que Anton se pasaba tanto tiempo en Londres porque dedicaba mucho tiempo al nuevo negocio. Qué ingenuo. No tuve en cuenta que incluso el hombre más honrado del mundo podía caer en las garras de una mujer joven y bella. Anton estaba obsesionado contigo... murió pronunciando tu nombre.

-Me amaba -murmuró Rosie, con los ojos arrasados de lágrimas.

-¡Y yo estaría dispuesto a que me colgaran, antes de que Thespina se enterase de todo! -gruñó Constantine.

Rosie empezó a entenderlo todo. Era evidente que Constantine Voulos no sabía quién era. Asumía que era la típica amante que muchos hombres instalaban en un confortable apartamento. Era cómico, pero no podía reír. Apretó los labios con fuerza. Anton no había revelado su secreto para proteger a su esposa. La traición que había cometido veintiún años atrás, se había ido a la tumba con él. Y debía respetar los deseos de su padre. La verdad sólo causaría más daño. ¿Y qué iba a conseguir con ello?

No necesitaba lo que Anton le había dejado. Tenía su vida propia y no tenía ningún deseo de poseer nada de lo que por derecho pertenecía a la viuda de su padre. Moralmente no sería correcto. Pero el anillo era algo diferente. Era el único vínculo a una herencia y un pasado del que había carecido toda su vida.

-Como puedes ver, me marcho -Rosie levantó la cabeza y lo miró con antipatía-. No tienes nada de lo que preocuparte. No tenía pensado quedarme y poner en un apuro a nadie...

-Si fuera tan sencillo, no estaríamos manteniendo esta conversación tan desagradable -interrumpió Constantine-. ¡Sería yo el que te habría echado de esta casa!

-¿De verdad? -le desafió.

Constantine miró la maleta que había sobre la cama.

-Seguro que no habías pensado marcharte para siempre. Seguro que tenías pensado hacer un viaje y luego volver.

-¿Para qué voy a gastar saliva tratando de convencerte de lo contrario?

-No estoy dispuesto a escuchar ningún insulto de una zorra -le contestó, muy acalorado.

Rosie no había pretendido insultarle, pero aquellas palabras la enojaron.

-¡Márchate! -le gritó-. ¡Márchate y déjame sola, cerdo ignorante!

-Sólo cuando me respondas a una pregunta -respondió Constantine entre dientes-. ¿Estás embarazada?

Rosie se quedó de piedra, bajó la mirada y enrojeció.

-Sólo si estás embarazada podría entender lo que ha hecho Anton -concedió Constantine a regañadientes. Rosie se dio cuenta de que aquella posibilidad le ponía enfermo. Su piel dorada había adquirido una palidez insana. Así era como Constantine reaccionaría si se enterara de la verdadera relación que existía entre Anton y ella.

Nadie podría poner objeción alguna a que la hija de Anton, aunque nadie supiera que existía, pudiera reclamar su herencia. Si le hubiera dicho la verdad, seguro que en aquel momento no la estaría insultando. Ella era la hija de Anton, su única hija, la única que tenía sangre de los Estrada...

-¿Por qué no respondes? -Constantine avanzó unos pasos y apretó los puños-. En nada va a cambiar mi opinión sobre ti si estás embarazada, pero si lo estás, te pido disculpas por haberte gritado.

Rosie se quedó un poco sorprendida. ¿Se estaría arrepintiendo por la forma que la había tratado? ¿Tendría miedo de que ella fuera un peligro para conseguir el control de todos los negocios de Anton? La idea de que ella pudiera estar embarazada de Anton debía de ser un peligro para Constantine Voulos.

-Pero te aseguro una cosa -le advirtió-. Si estás embarazada tendrás que hacerte todas las pruebas necesarias para demostrar que el hijo es de él.

-¿No crees que eso sería algo terrible para Thespina?

Él dejó salir el aire de sus pulmones, haciendo un ruido sobrecogedor, con los ojos inyectados en sangre.

-Tu maldad es increíble...

La verdad era que nada más pronunciar aquellas palabras, Rosie se había arrepentido. Por un momento sintió deseos de arremeter contra Thespina y Constantine, pero se avergonzaba de haber sido tan rencorosa. Bajó la mirada, cerró la maleta y la retiró de la cama.

-No estoy embarazada. Puedes irte tranquilo, Constantine. No soy un peligro ni para ti, ni para Thespina -murmuró.

En aquel momento, se oyó el timbre de la puerta, rompiendo un poco la tensión que se sentía en aquella habitación.

-Debe de ser mi taxi -Rosie pasó a su lado. Le temblaron las piernas, pero la sostuvo un sentimiento de superioridad innata. Su padre había estado muy confundido con respecto a Constantine, su

guardián y su hijo en todo, menos en su apellido. Se alegró al comprobar que Constantine no era Don Perfecto.

Anton había sido bastante ingenuo al pensar que Constantine iba a recibir con los brazos abiertos a su hija natural. Rosie nunca se había creído lo que le había dicho Anton, que Constantine se alegraría de saber que tenía una hermana.

Constantine había reaccionado como ella había supuesto, ante la idea de que Anton pudiera tener otro hijo. Con sorpresa y horror, ante la posibilidad de que aquel hijo pudiera quitarle parte de su herencia. Levantó la cabeza muy alta, y pensó que ella era una persona con mejor corazón que Constantine Voulos.

-¡No abras esa puerta! -gritó Constantine. Rosie volvió la cabeza. Estaban en mitad de la escalera y tenía la mirada clavada en ella.

-¿Pero qué...?

-¡Calla! -susurró él, moviendo su mano en tono arrogante, para poner más énfasis a sus palabras.

Con una exasperación que no trató de ocultar, Rosie no le hizo caso y abrió la puerta. Se quedó helada al comprobar que la persona que había llamado no era el conductor del taxi.

Una mujer delgada y no muy alta, vestida de luto, la estaba mirando con cara de sorpresa. Cuando notó la presencia de Constantine detrás de ella, retrocedió unos pasos y frunció el ceño.

Ver a la mujer de su padre en carne y hueso la dejó sin respiración. No podía mover ni un músculo de la cara. De pronto, sintió una mano en su hombro. Constantine pronunció unas palabras muy suaves en griego, pero comprobó que su cuerpo estaba en tensión.

Sin decir una palabra, la mujer tomó su mano y le miró la esmeralda que llevaba en uno de sus dedos.

-El anillo de los Estrada -susurró, moviendo de lado a lado la cabeza-. Anton te dio el anillo para ella. Qué tonta he sido. Debía habérmelo imaginado. ¿Por qué no me lo dijiste?

-No me parecía el momento más indicado para hacerlo público...

-Sólo a un hombre se le pueden ocurrir esas cosas. Como si la noticia de que te vas a casar no me fuera a alegrar, a pesar de las circunstancias.

Sonrió y cambió la expresión de su cara.

-¿Cuánto tiempo has estado saliendo con mi hijo?

-¿Saliendo? -repitió Rosie, sin acabar de creerse lo que estaba oyendo.

-Hace muy poco -respondió Constantine por ella.

-Pero tendrías que habérmelo dicho -le reprendió Thespina, en tono cariñoso-. ¿Cómo puedes pensar que me puede angustiar tu felicidad? Si supieras cuántas cosas se me han pasado por la imaginación, antes de venir a llamar a esta puerta.

En aquel instante, se oyó el claxon del taxi.

-Mi taxi -murmuró Rosie.

-¿Te marchas? Pero si te acabo de conocer -protestó la mujer un poco desilusionada.

-Es que Rosalie tiene que tomar un avión y ya llega tarde -inventó Constantine, levantando la maleta de Rosie, antes de que ella lo hiciera.

-Rosalie. Es un nombre muy bonito -musitó Thespina después de unos momentos de duda-. Perdóname por haber llegado tan de improviso. Me habría gustado pasar un poco más de tiempo juntas.

-Siento mucho tener que marcharme tan rápidamente -murmuró Rosie, incapaz de mirarla a los ojos.

Constantine ya había abierto la puerta del taxi. Cuando ella iba a entrar, le agarró la mano, agachó la cabeza y le dirigió una mirada fría y amenazadora.

-Todavía tenemos que hablar. ¿Cuándo vuelves?

-Nunca.

-Volverás a por el dinero, seguro -dijo Constantine con los dientes apretados, para que no le oyera Thespina-. Ahora tengo que despedirrne de ti como si fuera tu novio.

Inclinó la cabeza y le dio un beso en la frente. Rosie se metió en el coche y ni siquiera se despidió con la mano, para dar un tono más realista a aquella farsa. Su corazón le latía tan rápido que se sintió enferma.

Apretó los puños con fuerza. Estaba furiosa. Debería haberse ido antes de aquella casa. Debería haberse marchado nada más enterarse de la muerte de Anton.

Le dio un vuelco el estómago. Vio la cara de Thespina, como la primera vez que la había visto y reprimió un escalofrío. Cuando la vio, tenía un aspecto como si estuviera a punto de derrumbarse. Aquella mujer se había enterado de la existencia de aquella casa y había sido capaz de ir allí con valentía, sin saber bien lo que se iba a encontrar. Y al igual que Constantine, sólo se había podido imaginar una causa para que Anton mantuviera una segunda casa en Londres... que su marido que tanto amaba y que había perdido, tenía una amante.

Rosie se sintió culpable. Si Constantine no hubiera sido tan

rápido de reflejos, ¿qué habría ocurrido? Si no le hubiera dicho que ella llevaba el anillo de los Estrada porque estaban comprometidos, ¿qué habría pensado la mujer de Anton?

Rosie se compadeció de aquella mujer que nunca había sido hecho daño a nadie, y que no había hecho otra cosa que sufrir decepciones en su vida. Thespina nunca había podido darle un hijo a Anton. Tan sólo una vez llevó su embarazo a término, pero cuando nació el niño, nació muerto.

Thespina se sumió en una profunda depresión y dejó que Anton tratara de superar solo sus penas. El matrimonio empezó a desmoronarse. Fue durante aquel tiempo cuando Anton le fue infiel con la madre de Rosie, Beth.

Antes de subirse al tren que la llevaba de vuelta a Yorkshire, Rosie entró en una cabina de teléfonos. Marcó el número de la casa, rezando para que Constantine estuviera todavía allí. Cuando oyó su voz, tragó saliva y dijo:

-Soy Rosie. Sólo quiero que sepas que antes hablaba en serio. Puedes quedarte con el dinero, ¿de acuerdo?

-¿A qué estás jugando? -respondió Constantine, al otro lado de la línea-. ¿Crees que me impresionas? Thespina se ha ido y tú y yo tenemos que hablar. Si no hubiera venido, no te habría dejado marcharte. ¡Te exijo que vuelvas aquí ahora mismo!

Rosie apretó los dientes. Lo último que deseaba era hablar con él. Había llamado sólo para saber si Thespina se había ido tranquila. Había llamado para saber si la mujer de su padre no había sospechado nada de aquella farsa.

-Yo...

-¿Crees que tengo todo el día para hablar con una fulana como tú? -la insultó Constantine.

-¿Con quién te crees que estás hablando? -Rosie le contestó, perdiendo el control-. ¿Con una descerebrada a la que puedes insultar? Pues deja que te diga una cosa. ¡Hace falta algo más que unos insultos y un traje elegante para impresionar a esta fulana que no tiene intención de cruzarse en tu camino nunca más en su vida!

Con mano temblorosa, Rosie colgó el teléfono y levantó su maleta, furiosa por haber llamado.

Ahora que su padre había muerto, no podía permitirse esa clase de debilidades. Estaba de vuelta en el mundo real, no en el mundo que Anton había creado para ella. Lo único que podía conseguir siendo débil era una patada en la boca...

Maurice entró con gesto de cansancio en la cocina. Medía más de uno noventa, era ancho de hombros y tenía una impresionante capacidad torácica, pero el duro trabajo había pasado factura a su impresionante físico.

-¿Te has acordado de comprar cervezas?

Sin levantar la cabeza de la cocina grasienta que estaba limpiando, Rosie lo miró con gesto de incredulidad.

-¿Estás bromeando?

-No te enfades conmigo -Maurice la miró poniendo cara de no entender nada-. Deberías haberme llamado por teléfono. Si hubiera sabido que ibas a venir, le habría mandado a Lorna que limpiara un poco...

Rosie lo miró con cara de desprecio.

-Tu hermana se mata a trabajar todo el día. Debería darte vergüenza, Maurice. Cuando nos trasladamos aquí, dijiste que ibas a colaborar. Me voy unos días, vuelvo y me encuentro la casa hecha un desastre y el jardín lleno de basura.

Maurice levantó sus inmensos pies, expresando su incomodidad.

-No he limpiado, porque no te esperaba.

-Deja de buscar excusas. Emplea esos músculos para retirar esas asquerosas bañeras del jardín y meterlas en el granero.

-En el granero no cabe ya nada más.

-¡Pues deshazte de ellas! ¡Esto parece una chatarrería!

-¿Deshacerme de ellas? ¿Estás loca? -exclamó Maurice, horrorizado al oír aquella sugerencia-. Puedo sacar más por una bañera, que lo que tú sacas vendiendo baratijas en el puesto.

Rosie no supo qué responder. Maurice había sido su mejor amigo desde los trece años. Suspiró.

-¿Por qué no vas y te das una ducha? Yo te ayudaré a limpiar el jardín después.

Pero Maurice se quedó y se aclaró la garganta.

-Debería habértelo dicho ayer, pero no sabía cómo hacerlo... Siento mucho lo de tu padre. Lo pierdes, cuando lo acababas de conocer.

Rosie sintió un nudo en la garganta.

-Era un tipo estupendo -murmuró y tragó saliva-. Por lo menos he de estar agradecida de haber podido conocerlo.

-Sí -frunciendo el ceño, Maurice dudó unos instantes antes de

ponerse en movimiento-. ¿Pero por qué te viniste de Londres tan deprisa, cuando te ha dejado una buena parte de su herencia?

-No quiero hablar de eso.

-Rosie... no puedes seguir escapando de la gente y de las situaciones que te molestan.

Sus pómulos se encendieron. Volvió la cabeza, en actitud defensiva. No le sentó nada bien que le recordara aquello que había sido un hábito en ella cuando era más joven.

-Ni tampoco puedes olvidarte de una herencia. El ejecutor testamentario te encontrará. Ese es su trabajo.

-No lo va a tener fácil. No le dejé la dirección.

-Acepta lo que te pertenece. Deja el puesto en el mercado y abre una tienda de antigüedades aquí, que es lo que siempre has querido hacer -comentó Maurice-. Y luego, y entre los dos podemos comprarle a mi tío este sitio, en vez de tenerlo en alquiler.

Aquel era el defecto de Maurice, pensó Rosie. Era incapaz de dejar pasar la ocasión de hacer algo de dinero. Seguro que eso le haría millonario antes de que cumpliera los veinticinco años. Su negocio de restauración de antigüedades iba viento en popa.

-Podrías vivir mejor. Eso era lo que tu padre quería -continuó Maurice tratando de convencerla-. ¿Por qué te vas a sentir culpable por su viuda? ¡Seguro que no la ha dejado en la calle!

Rosie se dio la vuelta, pálida y furiosa, pero después de haberle dicho lo que pensaba, Maurice se había ido escaleras arriba, antes de que ella pudiera llegar siquiera al recibidor. Frustrada por no haberle podido decir que se metiera en sus asuntos, frunció el ceño y miró los restos de comida y latas de cerveza que había tirados por el recibidor. Arrugó la nariz. Tardaría días en limpiar todo aquello. Con un gruñido, se pasó la mano por la espalda y salió a ver la luz del sol.

Una limusina de color plateado estaba acercándose. Aquel vehículo tan impresionante aparcó detrás del camión de Maurice. Mientras Rosie miraba la escena, un conductor con uniforme salió y abrió la puerta de la parte de atrás del coche. Rosie empezó a caminar hacia el granero. Era el único día de la semana que Maurice no estaba haciendo negocios, pero nunca dejaba escapar a un cliente. Sin embargo, cuando vio que un hombre de pelo negro, muy alto, salía del interior, Rosie se quedó clavada en el sitio donde estaba.

El sol acentuaba su piel dorada y la masculinidad de su rostro. Se dirigió hacia ella, acortando a cada zancada la distancia que los

separaba, con una gracia en el caminar como la del león cuando sale de caza. Rosie encontró su mirada. El estómago le dio un vuelco y el corazón empezó a latirle con fuerza.

-Constantine les parece irresistible a todas las mujeres -le había dicho Anton en una ocasión-. No creo que se haya encontrado nunca con nadie que lo haya rechazado. Por desgracia eso le ha hecho mantener una postura bastante cínica hacia el sexo opuesto.

Rosie alejó aquel recuerdo de su mente y se encontró que la miraban como ella podría mirar a una cucaracha. Se sonrojó al darse cuenta de que llevaba la camiseta sucia y los vaqueros rotos. Pero más furiosa se puso al comprobar lo mucho que le importaba lo que él pudiera pensar de ella.

-Es mejor que hablemos dentro -le dijo Constantine.

-¿Cómo me has encontrado?

-No fue difícil. Encontré la dirección en el diario de Anton.

-Pues yo no quiero verte -Rosie respondió muy acalorada-. Así que será mejor que te vayas.

-No me iré hasta que no hayamos llegado a un acuerdo -Constantine la estaba mirando con arrogancia-. ¿Cuántos años tienes? -le preguntó.

-Veinte... aunque eso no es de tu...

-¿Veinte? -Constantine la miró sorprendido, con un gesto de desagrado en la boca-. ¿Pero qué estaría pensando Anton?

-No lo que tú piensas, está claro -respondió Rosie con desprecio.

-Lo que no logro entender, con toda mi experiencia, es la forma de pensar de una fulana -respondió Constantine, sin inmutarse.

-¿De qué diablos estás hablando?

-Será mejor que lo discutamos dentro.

-Te he preguntado que de qué estas hablando -le recordó Rosie.

Constantine se quedó en pie, junto al desordenado vestíbulo, mirándola con desprecio.

-¡Vives como los cerdos! -la recriminó-. Sin lavarte y en una casa llena de suciedad. Si entrara en esa habitación, me empezaría a picar todo el cuerpo. Sería mejor que llamaras para que la desinfectaran.

Rosie se quedó boquiabierta, sin saber bien qué responder. Se echó a un lado cuando él se dio la vuelta para salir otra vez.

-Mejor saldremos fuera, para respirar aire fresco.

Con las mejillas encendidas, Rosie le dijo:

-¿Cómo te atreves?

-Tranquilízate -le dijo, mirándola como si la estuviera

amenazando-. Traquilízate y escucha. Anton era todo un caballero, pero yo no. Y ya sé a qué jugabas. Ya sé por qué Anton cambió su testamento: Lo hizo sin consultárselo a su abogado, poniendo por testigos a sus criados, dejando el testamento en su escritorio el día que volvió a Londres. Tenía miedo de que le diese otro infarto y estaba muy preocupado por tu futuro. ¿Por qué?

El corazón de Rosie empezó a latir con fuerza.

-Yo... yo...

La miró con frialdad, sin importarle su agitación.

-Antes de que Anton hiciera el viaje para recuperarse, le dijiste que estabas embarazada, ¿no es cierto?

-¡No digas tonterías! -contestó Rosie.

-Lo que querías era que se divorciara de Thespina. Lo presionaste y le mentiste, porque no estás embarazada. Si lo hubieras estado, me lo habrías dicho ayer.

Rosie se quedó mirándolo, sin saber bien qué decir. Aunque todas aquellas suposiciones eran falsas, le asombraba cómo había sido capaz de maquinarIas. Constantine la miró con desprecio.

-Y mucho me temo que Anton, en vez de resolver el problema, me lo dejó mí.

-No entiendo...

-Claro que no entiendes -confirmó Constantine-. Seguro que piensas que te ha dejado una fortuna y que lo único que tienes que hacer es esperar sentada a recibir el dinero. Pero mucho me temo que te ha salido el tiro por la culata, porque Anton no te ha dejado nada.

Rosie frunció el ceño, en un esfuerzo por entender lo que le estaba diciendo.

-Pero dijiste que...

-Anton me ha dejado todo a mí, como estaba escrito en su primer testamento. Pero en el nuevo añadió una condición para que yo heredara todo. Podré heredar su fortuna si me caso contigo.

-¿Casarte conmigo? -preguntó, sintiendo que la boca se le secaba-. ¿Casarte conmigo?

-Estaba claro que Anton pensaba que estabas embarazada -dijo Constantine, riéndose con amargura, al tiempo que se alejaba de ella-. Anton redactó ese testamento sin saber bien lo que hacía. ¿Pero por qué? Porque quería que, si algo malo le pasaba, su hijo no quedara desamparado. Además, me imagino que no soportaría la idea de que Thespina pudiera descubrir la verdad.

-Estás muy equivocado -protestó Rosie, muy nerviosa-. Mi

relación con Anton era estrictamente platónica. Yo no le mentí. Yo...

-¿Crees que soy tonto? -le interrumpió Constantine con desprecio-. ¡Vivíais juntos en esa casa y se había encaprichado de ti!

Rosie no tuvo más remedio que sentarse en el banco del jardín, porque pensó que se iba a caer. Habiendo escuchado la retorcida interpretación de Constantine, empezó a entenderlo todo. Sabiendo que no podía hacer público que era su hija, su padre había querido asegurar su futuro de alguna manera.

Y en un momento de locura, en un momento de desesperación y preocupación por su estado físico, Anton había decidido algo que sólo a un loco se le podía ocurrir. No, no a un loco. Más bien a un hombre chapado a la antigua, que pensaba que las mujeres eran seres vulnerables, que necesitaban la ayuda y el apoyo de un hombre fuerte y dominante.

-Eso no puede ser legal... -susurró Rosie.

-Totalmente legal, pero hubiera sido mejor que ese testamento no hubiera visto la luz -comentó Constantine con voz ronca-. Podría llevarse a los tribunales, ya que Anton no previó qué sería de su fortuna si nunca se celebrase ese matrimonio. Por tanto, en estos momentos todas sus cuentas y sus negocios están bloqueados. Y es imposible emprender acciones legales sin que se entere Thespina.

Rosie no podía pensar con claridad.

-Pero ella debe saber todo esto.

-No lo sabe. Conocía el primer testamento, pero no sabe que existe uno nuevo. Lo encontramos cuando la secretaria de Anton estaba limpiando su escritorio.

-¿Pero qué va a pasar con ella? No creo que Anton fuera capaz de no dejarle nada a su esposa.

-Thespina tiene dinero. Anton no tenía familia. Ella compartía su deseo de que yo fuera su único heredero -la miró y apretó los labios-. Y por lo que a ti respecta, tampoco te interesa hacerlo público. ¡Si se te ocurre abrir la boca, no recibirás ni un penique!

Rosie se puso en pie y le gritó:

-¡Yo no quiero nada!

Constantine Voulos la estudió con ojos fríos y reflexivos.

-Si piensas que con esa actitud vas a lograr conseguir más dinero, estás muy equivocada. No tendrás más remedio que casarte conmigo. Y por las molestias recibirás un cheque por una buena cantidad de dinero, y el divorcio en cuanto eso se pueda

solucionar.

-¿Estás loco? -Rosie le preguntó sin creerse lo que estaba oyendo-. ¿Crees que estoy dispuesta a casarme para que tú puedas poner tus manos avariciosas en la fortuna de Anton?

En aquel instante, se oyó el sonido de una ventana al abrirse.

-¿Rosie? ¿Qué has hecho con las toallas? -le gritó Maurice.

Constantine se quedó tenso y retrocedió unos pasos, para poder ver mejor al hombre de cuerpo medio desnudo que miraba por la ventana. Rosie miró hacia arriba también al tiempo que pensaba que, desde donde estaban, Maurice parecía la variante rubia de King-Kong.

-Perdón... -murmuró Maurice, quitando su cuerpo tatuado y su velludo pecho de la vista-. No sabía que tenías visita...

-¿Quién es ese tipo? -le preguntó Constantine Voulos, con cara de pocos amigos.

-¿Quieres que baje y me encargue yo de esto, Rosie? -le preguntó Maurice.

-¡Si alguna vez necesito que me defiendas, es que estoy ya a tres metros bajo tierra! -le contestó Rosie, ofendida por aquel ofrecimiento.

La ventana se cerró de nuevo.

-¡Anton acaba de morir y ya has metido a otro hombre en tu cama! -sus brillantes ojos negros estaban inyectados de rabia.

Rosie levantó la mano y le dio una bofetada, con tal fuerza que casi se le durmieron los dedos. Constantine Voulos se quedó atolondrado, sin saber bien cómo reaccionar.

Un silencio atronador los envolvió.

-Ya estoy harta de que me insultes -murmuró mientras los dientes le castañeteaban, tan sorprendida como él por la violenta respuesta que había tenido-. ¡Y como se te ocurra ponerme una mano encima, Maurice te pulverizará!

-Pues no parece que le hiciese nada a Anton...

A pesar de estar avergonzada por haber utilizado a Maurice para amenazarlo, Rosie se dio cuenta del tono profundo y cansino de la voz de Constantine Voulos, el cambio indefinible que se había producido en aquel ambiente tan cargado.

La estaba mirando fijamente, con ojos ardientes. Rosie encontró su mirada y el corazón le empezó a golpear el pecho, sintió un nudo en la garganta y le subió la temperatura del cuerpo.

-Eso... eso fue diferente -tartamudeó, indefensa ante aquella mirada que la hacía sentir cosas que nunca antes había sentido. Unos deseos sexuales que la llenaban de asombro y confusión. No

podía pensar con claridad.

Constantine Voulos dio un paso atrás, su cuerpo emitiendo una tensión casi eléctrica. Cerró sus ojos negros como el azabache y cortó la corriente que la había dejado desorientada y temblorosa.

-No tengo tiempo para juegos. Te doy doce horas para que lo pienses. Y si no aceptas, sabré presionarte en donde más te duele -le advirtió Constantine en un tono de voz que la hizo temblar-. Puedo asegurarte que sé cómo hacerte la existencia bastante difícil. Esta casa la tienes en alquiler. ¿Qué pasaría si no te renovasen el contrato?

-¿No hablarás en serio?

-Si me dejara llevar por mis impulsos, ahora mismo estarías pidiendo en la calle. Vendré otra vez mañana.

-¿Cómo sabes que este sitio es alquilado? -le preguntó Rosie, cuando él estaba alejándose.

Constantine se dio la vuelta.

-También me gustaría pedirte algo -murmuró con voz aterciopelada-. Pareces una mujer que sabe complacer bastante bien a los hombres, así que por favor báñate antes de que venga mañana.

-¡Cómo te atreves!

La puerta de la limusina se cerró suavemente. Con la cabeza dándole vueltas, Rosie se metió en la casa y se sentó a la mesa de la cocina. Estaba indignada. Por un momento sintió que iba a estallar. ¡La había llegado incluso a amenazar! Pero había que entender que Constantine se jugaba demasiado...

¿Cuánto dinero habría dejado Anton en metálico? Sintió un escalofrío al pensarlo. Anton había sido el propietario de un astillero, un hotel y una cadena de tiendas en Grecia. En el Reino Unido tenía negocios inmobiliarios. Su padre había actuado de forma impulsiva al modificar el testamento.

De pronto, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Anton siempre le había hablado de Constantine con orgullo, afecto y admiración. También le había dicho que, en Grecia, los padres con una buena posición económica, influían en sus hijos, cuando éstos elegían esposa.

-¡Se ve que tienes sangre española! -le había respondido ella.

-Mallorquina -le había corregido su padre, orgulloso de haber nacido en Mallorca, a pesar de haber vivido en Grecia más de cuarenta años.

Apretó los puños. ¡Constantine Voulos era un hombre despreciable! La había llamado zorra, guarra y fulana. Y lo peor de

todo era que la había acusado de haber terminado con la vida de Anton, por el sentimiento de ansiedad que había creado en él. El estómago le dio un vuelco. Ya podía hacer lo que quisiera contra ella, que no estaba dispuesta a ceder. Porque al fin y al cabo el que les había alquilado aquella casa era el tío de Maurice. ¡No estaba dispuesta a seguirle el juego a Constantine Voulos, sólo para que consiguiese la fortuna de Anton!

-Ese que ha venido era tu hermanastro, ¿no? -Maurice se puso a su lado y lo miró a los ojos, que los tenía brillantes de las lágrimas-. ¿A qué otro conocemos que vaya por ahí en limusina?

-Sí era el favorito de Anton.

-¿Le has dicho esta vez quién eres? -le preguntó Maurice con dulzura.

-¿Para qué? No tengo que decirle nada a ese desgraciado. Si Anton no se lo dijo, no soy quién para decírselo.

-Es de suponer que Voulos vino hasta aquí por lo de la herencia.

Rosie reprimió la risa.

-¡No he heredado nada! ¡Anton sólo me dejó a Constantine!

-¿Cómo dices? -le preguntó Maurice, con cara de incredulidad.

-De hecho mi padre intentó imponérmelo, como si yo fuera una niña desvalida que necesitara protección -viendo la cara que ponía Maurice, Rosie levantó la cabeza y se lo explicó todo.

-Dios mío -fue lo único que en un momento determinado del relato dijo Maurice, pero a partir de ese momento escuchó con atención.

-Y ese cerdo ignorante y arrogante piensa que yo voy a aceptar -Rosie apretó los labios.

Maurice se apoyó en el respaldo de la silla.

-Tu padre le ha dejado en una situación bastante comprometida.

-¿Perdón?

Maurice movió la cabeza.

-¿Sabes con qué rapidez se puede hundir una empresa si no recibe dinero en metálico? Si el dinero no entra, tampoco sale...

-No sé nada de los negocios que tenía Anton, ni tampoco quiero saberlo -contestó Rosie.

-Piensa un poco Rosie. Voulos está contra las cuerdas. No es de extrañar que esté tan furioso...

-¿De qué lado estás tú?

-Del de siempre, del lado del sentido común y del beneficio -contestó Maurice, sin disculparse-. ¿No te importa que los

negocios de tu padre se hundan tan sólo por una cuestión legal? Es evidente que Voulos no quiere llevar esto ante los tribunales.

Rosie se sonrojó, al darse cuenta de que no había considerado la situación desde los dos puntos de vista.

-Voulos ha venido a negociar con el enemigo, porque no tenía otra opción. Lo más rápido y lo más fácil es que cumpláis la voluntad de tu padre.

-No puedo creerme lo que estoy oyendo...

-Voulos te está ofreciendo recompensarte por las molestias. Me pregunto cuánto está dispuesto a poner encima de la mesa -comentó Maurice sonriendo, sin importarle la mirada de reprobación que Rosie le estaba dirigiendo-. Tu problema, Rosie, es que eres una idealista. Voulos no lo es, y yo tampoco.

-¿Por qué no tratas tú con él, cuando venga mañana? -le espetó Rosie, poniéndose de pie.

-Si quieres, me quedo y me encargo de las negociaciones. Si tiene el mismo temperamento que tú, será mejor que vigile, para que no haya derramamiento de sangre. ¿Qué haríamos con su cuerpo? Un hombre muerto no puede extender ningún cheque.

-Yo no estaré aquí mañana -le informó Rosie.

-Mira, esto es un negocio, nada más. Y antes de decidir lo que vas a hacer -murmuró Maurice, mirándola a los ojos-, piensa en los empleados de tu padre y lo que puede pasar con ellos si el negocio se viene abajo. No puedes castigar a Voulos, sin causar daño a otra gente.

-¡Yo no quiero castigar a nadie, sólo quiero que me deje en paz! -gritó Rosie, saliendo de la habitación.

Envuelta en una vieja chaqueta, Rosie movía los pies para mantenerse en calor mientras observaba el vaho que salía de su boca. En mañanas tan frías, el mercado siempre estaba muy tranquilo. Maurice se acercó y le puso una vaso de plástico con café en la mano. Rosie lo miró sorprendida.

-¿Qué estás haciendo aquí?

Maurice se encogió de hombros, evitando su mirada.

-¿Qué tal va el negocio?

Maurice levantó un conejo de cerámica y frunció el ceño.

-¿Es de tu colección?

-Ya conseguiré otro.

-Nadie va a pagar eso por este conejo -le dijo Maurice, mirando

la etiqueta.

-Ya ha preguntado alguna gente...

-Pero nadie que lo quisiera comprar. Lo estás poniendo tan caro, porque en realidad no quieres desprenderte de él.

Frunciendo el ceño ante consejos tan descorazonadores, Rosie dio un sorbo de café.

-¿Se ha presentado esta mañana?

-Sí -Maurice colocó las figuras del puesto, sin levantar la cabeza-. Le dije dónde podría encontrarte.

-¿Cómo has podido decirle que estoy aquí? -le preguntó Rosie, levantando la mirada al cielo.

-Yo cuidaré del puesto. Aquí viene...

Cuando Rosie encontró la mirada de Constantine Voulos, su corazón le dio un vuelco. Su mano le tembló y derramó el café por todas partes.

Constantine se puso al otro lado del puesto, sus bellas facciones tensas por la impaciencia mientras miraba de forma despreciativa a su alrededor.

-¿Todavía te gusta jugar a las casitas?

Maurice se aclaró la garganta, se acercó a él y le puso el conejo en las manos.

-¿Quieres comprar una pieza única de cerámica de Sylvac?

-Esto es una baratija -dijo Constantine, dejándola otra vez en su sitio.

-No creo que seas capaz de distinguir uno bueno de uno malo -contestó Rosie, moviéndose hacia la otra parte del puesto, para ver si no se lo había descascarillado, al dejarlo en la mesa.

Constantine no le prestó atención y miró a Maurice con desprecio.

-Ya entiendo. Tú lo que quieres es dinero por el tiempo que paso con la chica.

-Si eso es lo que crees, tío...

-¿Pero qué está pasando aquí? -Rosie preguntó, poniendo un gesto de incredulidad, cuando Constantine sacó la cartera y le metió un fajo de billetes en el bolsillo-. ¡Yo no quiero su dinero!

-Cuando alguien piensa que tiene que pagar por todo en esta vida, lo mejor es satisfacer sus deseos -contestó Maurice-. Llévatelo al bar, Rosie.

-Yo no voy a ningún sitio con él. ¡De hecho, os podéis ir los dos al infierno juntos! -Rosie empezó a caminar y, cuando pasó al Iado de Constantine, sintió que una mano en su antebrazo tiraba de ella.

-¡Suéltame!

-No se le ocurra ponerle la mano encima, o se las tendrá que ver conmigo -le advirtió Maurice mientras le daba una bolsa con la figura de cerámica-. Tome y trátelo con cuidado, a Rosie le gustan mucho los conejos...

En un gesto de desprecio, Constantine agarró la bolsa y la tiró en la papelera que había a su lado. El sonido que hizo el trozo de cerámica al romperse dejó a Rosie boquiabierta.

-Hay alguna gente que no entiende de arte -gruñó Maurice.

Rosie se soltó y se fue corriendo hacia la papelera, sacó la bolsa y se quedó pálida al ver que el daño era irreparable. Acarició durante unos segundos las piezas rotas y a continuación se encaró con Constantine, con sus ojos verdes encendidos, como una tigresa.

-¿Por qué lo has roto? ¿Por qué lo has roto?

-¿Por qué estás gritando? -replicó él, con cara de incredulidad.

-Eres un cerdo egoísta, insensible... -le insultó Rosie, llena de ira-. ¡Ni siquiera quería vender ese conejo!

-¿Qué quieres, montar una escenita aquí en público? -replicó Constantine.

-Por lo menos yo no soy una persona malvada y destructiva.

-¿No pensarás que estaba dispuesto a que me vieran por ahí con esa baratija?

Con un tremendo esfuerzo, Rosie logró tranquilizarse. Tragó saliva, se metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar. Cruzó la acera y puso el pie en la carretera, pero en ese momento una mano grande y poderosa tiró para atrás de ella, cuando un coche pasó a toda velocidad a su lado.

-¿Qué pasa, quieres suicidarte? -gruñó Constantine.

-Me extraña que no me hayas empujado -le espetó Rosie-. Ah, se me había olvidado. Yo sólo valgo algo si estoy vivita y coleando.

Empezó a caminar en dirección al bar que estaba al otro lado de la calle, donde todos los comerciantes del mercado iban a tomar café, pero su acompañante la llevó hacia el lujoso hotel que había a poca distancia. Rosie levantó la cabeza y dudó unos segundos. Cuanto antes solucionara aquello, antes la dejaría en paz. Se sintió agotada. La noche anterior no había dormido mucho, pensando una y otra vez en su padre.

Seguro que a Anton le hubiera sorprendido la animadversión entre Constantine y ella. Seguro que cuando había redactado de nuevo el testamento, pensó que ella iba a decir su verdadera

identidad. Al no decirle nada, Constantine había asumido que ella era la amante de Anton.

¿Por qué no le habría contado la verdad? Apretó la boca. En su mente, Constantine Voulos había sido el enemigo, incluso antes de conocerlo. La muerte de Anton no había hecho otra cosa que reafirmar ese sentimiento. En realidad, tenía envidia de que Constantine hubiera crecido con todo el cariño y afecto de Anton. ¿Por qué no admitirlo? A la misma edad, ella había perdido a su madre y la habían metido en un orfanato…

¿Por qué se comportaba de forma tan irrazonable? Darse cuenta de que se había comportado de forma injusta e inmadura la llenó de desasosiego.

3

Dos hombres con traje negro estaban esperando en el vestíbulo del hotel.

Parecían tensos. En cuando vieron a Constantine se pusieron en pie. Entre ellos intercambiaron algunas frases en griego. El más joven se adelantó y apartó un par de sillones que había frente a la chimenea.

Constantine se quitó su abrigo de lana de cachemira y chascó de forma indolente los dedos. Rosie observó la escena fascinada. El segundo hombre se puso a su lado, inclinó la cabeza y recibió instrucciones. Al cabo de pocos segundos, llegaron las camareras con diferentes bebidas.

-¿Y a qué se dedican esos dos? -preguntó Rosie.

-Dmitri y Taki son mis guardaespaldas.

-La verdad es que con la actitud con la que vas por la vida los necesitas -para disimular su desconcierto, Rosie se quitó el sombrero y una masa de rizos brillantes cayó sobre sus hombros. En un gesto de impaciencia, se los apartó de la cara. Cuando se quitó la chaqueta y se quedó con el suéter que llevaba debajo, se dio cuenta de la mirada que le dirigieron.

-¿Qué estás mirando? -le preguntó con agresividad.

Frunció su ceño aristocrático, la miró con asombro y sonrió, dulcificando sus duras facciones. Aquella sonrisa fue como una luz en la oscuridad. Al cruzar su mirada con aquellos ojos negros como la noche, sintió que los músculos de su estómago se tensaban y los latidos de su corazón se aceleraban.

-Tienes un pelo precioso -murmuró él.

-Sólo las muñecas de trapo tienen estos rizos -contestó Rosie, mientras miraba el refresco que acababa de levantar de la mesa, sus sudorosas manos agarrándose al vaso, para disimular su temblor.

Cuando lo vio por primera vez en la iglesia, había pensado que su nerviosismo se debía a otras razones. Pero el día anterior, al verlo, su cuerpo había reaccionado de la misma manera, una respuesta sexual que la mortificó y la dejó confusa.

Era un hombre muy guapo, pero no era por eso por lo que ella se ponía nerviosa en su presencia. Constantine Voulos poseía un encanto tan devastador que arrasaba lo que encontraba a su paso.

-Hay que reconocer que nos conocimos en circunstancias bastante dolorosas -murmuró Constantine-. Pero será mejor que no

discutamos y resolvamos este asunto de forma tranquila y civilizada.

-La verdad es que yo no he sido justa contigo -empezó a decirle, sintiéndose un poco tensa-. Pero es que tu reacción, insultándome y asumiendo cosas que no eran ciertas...

-No te entiendo -la interrumpió él.

-Yo no soy lo que tú piensas. Yo no era la querida de Anton... -se puso colorada al decirlo en alto-. En realidad soy su hija.

Constantine la miró a los ojos con gesto de incredulidad.

-¿Qué diablos piensas conseguir con una alegación tan grotesca?

-Es verdad. Ya sé que es difícil de creer, pero Anton era mi padre.

Constantine apretó los labios, con disgusto e impaciencia.

-Eso es mentira. Si tuvieras algún parentesco con Anton, sus abogados lo sabrían.

Rosie se quedó mirándolo. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que la verdad pudiera ser recibida con tanto desprecio.

-El problema es que no se lo dijo a nadie...

-¿Y qué prueba tienes de una alegación tan atrevida?

-Mira, fue Anton el que me localizó...

-Tus alegaciones en cuanto al parentesco con Anton sólo tienen que ver con los ceros que tengo que poner en el cheque -la interrumpió Constantine con grosería-. ¡Y ahora, deja ya de contarme historias de hadas!

Rosie bajó la cabeza. La tensión se apoderó de su estómago. La verdad era que no tenía ninguna prueba para demostrar su verdadera identidad. En el certificado de nacimiento no aparecía el apellido de Anton por ningún sitio. Constantine estaba tan convencido de que era una mentirosa, que ni siquiera estaba dispuesto a escucharla. Por primera vez se dio cuenta de que la muerte de Anton la había desposeído del único medio que tenía para demostrar que era su padre.

-Bueno, hablemos de negocios -le sugirió Constantine.

Sintiéndose humillada, lo único que quería era levantarse y marcharse. Pero sabiendo que él no la iba a dejar en paz, prefirió seguir donde estaba.

-Si estás de acuerdo, haremos todos los preparativos para que la boda se celebre lo antes posible. El despacho de abogados que tengo en Londres se pondrá en contacto contigo. Una vez resuelto este problema, se te compensará económicamente con generosidad

-le aseguró Constantine, antes de mencionar la cifra, que tenía una buena cantidad de ceros-. Lo único que te pido es discreción y que nos devuelvas el anillo de los Estrada.

Rosie lo miró a los ojos.

-No.

-Es un legado de la familia. Tienes que devolvérnoslo.

-No -repitió.

-Aunque es muy antiguo, ese anillo no vale mucho. La piedra tiene un defecto.

Rosie hizo una mueca de desagrado al sentir que el estómago se le revolvía.

-Tiene que haber otra forma de solucionar todo esto.

-Si la hubiera, ¿crees que estaría aquí pidiéndote que te cases conmigo?

El tono despreciativo con el que le hizo la pregunta la hizo sonrojarse. No, Constantine Voulos no tenía otra opción. Era evidente. Tan evidente como lo que le desagradaba tener que pedirle su colaboración.

-No obstante, parece que a Thespina le agradé -empezó a decirle-. Y piensa que estamos comprometidos. ¿Por qué hemos de mantener todo tan en secreto?

-Si supiera quién eres de verdad, ¿crees que pensaría lo mismo? -respondió Constantine-. Se pondría furiosa. Y por lo que se refiera a lo nuestro, le diré que actué demasiado precipitadamente. No tiene por qué enterarse de lo de la boda. No quiero que la vuelvas a ver.

Rosie bajó la mirada. Aunque los convenciera de que no era la querida de Anton, no la iban a mirar mejor. Si aceptaba casarse con Constantine por conveniencias, él heredaría todos los negocios de Anton y sus empleados mantendrían el puesto de trabajo. Thespina no tendría motivos para sospechar de nada, todo volvería a ser como antes y nadie sabría de la existencia de ella.

-Tú te quedas con el dinero, pero yo me quedo con el anillo -se puso la chaqueta al tiempo que se ponía en pie-. Si no tienes más que decir, me marcho.

-Yo prefiero pagar los favores que me hacen. ¿Estás de acuerdo?

-Yo sólo accedo a esto por respeto a Anton. Sólo quiero que entiendas eso. ¿Pero, cómo vas a entenderlo, cuando sólo piensas en términos de dinero? -finalizó con disgusto, y se dio la vuelta.

-Yo sólo quiero lo mejor para la mujer de Anton -contraatacó Constantine.

Aquellas palabras la hicieron detenerse. Se dio la vuelta y lo miró.

-Son palabras bastante fuertes, viniendo de un hombre que se acuesta con la mujer de otro hombre cuando se le presenta la oportunidad.

A Constantine Voulos le sorprendió tanto aquella respuesta que se levantó de la silla.

-¡*Christos...*!

Rosie abrió sus ojos verdes, revitalizados por la cara que puso al oír aquella respuesta.

-De todos es conocido tu aventura con Cinzia Borzone, la actriz. Conmigo no te hagas el mojigato.

Cuando Rosie empezó a caminar, con la cabeza muy alta, oyó las palabras que le gritó en griego. Aquel conocimiento de su vida privada le había causado bastante sorpresa a Constantine Voulos.

Anton se había lamentado de aquella relación. En su opinión, Constantine había caído, a sus veinticinco años, en las garras de una intrigante casada, cuyo marido cerraba los ojos a la infidelidad de su mujer, por los beneficios económicos que ello le reportaba.

Y aunque durante los últimos cuatro años, Anton y Thespina habían albergado la posibilidad de que aquella aventura se acabara pronto, Cinzia había triunfado sobre todas las mujeres que había en la vida de Constantine. Era posible que eso fuera lo que Anton había pensado cuando volvió a redactar el testamento.

Anton pensaba que el matrimonio haría que Constantine se olvidara de su deseo por la mujer de otro hombre. Y mucho antes de que muriera, Rosie se había dado cuenta de que Anton había soñado con la posibilidad de que ellos dos se conocieran, se enamoraran y se casaran, introduciendo a su hija en la familia, de la única manera posible para no que su esposa no se sintiera herida.

Cuando la vio, Maurice frunció el ceño.

-No me digas que has rechazado su oferta otra vez.

-No, le he dicho que acepto. Incluso le he revelado mi verdadera identidad -le respondió Rosie, sonriéndole-. Pero no me creyó.

Un poco sorprendido, Maurice la miró y le preguntó:

-¿Y por qué?

-¿Y por qué me iba a creer? No me parezco en nada a Anton. Ni tampoco tengo ninguna prueba de ser su hija. De hecho, mientras hablaba con Constantine Voulos, los últimos cuatro meses me han parecido una fantasía infantil -le confesó Rosie, colocándose detrás del puesto-. Así que, si no te importa, prefiero dejar de hablar de este asunto...

-Pero Anton tenía todas esas fotos que tu madre le envió, además de otras cosas.

-Si las tenía, nunca me las enseñó, y quién sabe lo que haría con esas fotos -contestó Rosie, encogiéndose de hombros-. Pero ahora eso ya no importa.

Esa misma noche, ya muy tarde, se oyó el ruido de la puerta de la calle. Medio dormida en el sofá, después de un día agotador, Rosie se incorporó un poco asustada. Maurice apareció en el vestíbulo, muy alterado, con una revista bajo el brazo.

-Lorna tenía esta revista. Además, me ha contado un montón de cosas sobre Constantine Voulos.

-¿De qué estás hablando? -murmuró Rosie, medio dormida.

-Mi hermana tiene un montón de revistas donde salen los ricos y los famosos. Nada más mencionarle su nombre, empezó a buscarme artículos de él. Voulos es un millonario griego -le informó Maurice-. ¡Está forrado! Tu padre no era nada comparado con él.

-¿Y? -preguntó Rosie, mientras se ponía en pie.

-Rosie... no rechaces nada antes o después de esa boda -le advirtió Maurice-. Voulos no necesita el dinero de tu padre. No está bien que te quiten lo que es tuyo, sólo porque ese tipo quiera deshacerse de ti.

-Me voy a la cama...

-Estoy mirando por tus intereses, Rosie. Tienes tus derechos - Maurice le dijo con impaciencia-. ¡Tu padre se levantaría de la tumba, si se enterase de lo que Voulos quiere hacer!

-Maurice, Constantine Voulos no tiene nada que a mí me interese.

¿Sería verdad que Constantine era más rico que su padre? La verdad, Anton no iba por ahí montado en una limusina y dos guardaespaldas. Se encogió de hombros. ¿Pero qué más daba? Y aunque fuera muy rico, también podía ser que fuera muy avaricioso. No obstante se llevó la revista a la cama. Había una

foto de Constantine, vestido con un traje muy elegante. Una rubia impresionante estaba agarrada a su brazo, como si tuviera miedo de que se le fuera a escapar. Rosie miró a la rubia con pena. Constantine era el típico machista al que le encantaba llevar las riendas de una relación. Incluso ella, que no tenía mucha experiencia, se había dado cuenta de ello, desde el primer momento.

Cuando tres semanas más tarde, Rosie entró en el registro civil, luchaba por superar su nerviosismo. Aunque la molestaba la obsesión de su padre por proporcionarle el estilo de vida que habría tenido si la hubiera reconocido como hija, sabía que había redactado aquel testamento con sinceridad, y aquello la hacía sentirse culpable y desleal.

Cuando aparcó su furgoneta, observó la limusina. Los guardaespaldas la esperaban fuera. Ninguno de los dos iba vestido para soportar la primavera de Yorkshire. Estaban ateridos de frío y el más joven, Taki, estaba estornudando. Los dos hombres se anticiparon y le abrieron la puerta.

-Llegas tarde -le dijo Constantine, dirigiéndose hacia ella a grandes pasos.

-Pero he llegado -contestó Rosie-. Y no me mires así.

-¡*Theos*...! ¿No te compró Anton ropa decente?

Rosie se puso colorada, apretó la boca y observó lo bien que le quedaba el traje azul marino, la camisa de seda y la corbata dorada.

-¿No creo que se te haya ocurrido pensar que iba a vestirme de novia para esta farsa?

-Esto no es una farsa -gruñó Constantine-. Vamos a contraer matrimonio.

Al cabo de unos segundos, un funcionario se acercó a ellos y los invitó a pasar a una sala, donde se iba a celebrar la ceremonia. Rosie se quedó helada.

-No me gusta esto nada -susurró Rosie. Constantine le dio la mano y tiró de ella.

-Tendrás que hacerlo por Thespina.

Rosie palideció al oír el nombre de la viuda de su padre. Aquello era una tapadera, una maniobra para que Constantine heredase todo el dinero de Anton. Concentró su atención en una flor casi marchita que había en una de las mesas, y minutos más

tarde, también miró con cierto asombro el anillo que le ponía Constantine en su dedo.

-Al parecer has venido en tu propio coche -murmuró Constantine, cuando salieron a la calle-. Dame las llaves.

Rosie frunció el ceño.

-¿Las llaves? -ya las tenía en la mano-. ¿Para qué?

Sin decir una palabra, Constantine se las arrebató y se las tiró a Taki, diciéndole algo en griego.

Todo transcurrió con tanta rapidez que se quedó boquiabierta. Vio a Taki marcharse con las llaves.

-¿A qué estás jugando? -le preguntó furiosa.

-Llevará el coche a tu casa. Nosotros vamos a pasar la noche en un hotel -Constantine la puso una mano en el hombro al mismo tiempo que se acercaba la limusina.

-¿Cómo dices?

-Si nos separásemos justo después de la ceremonia, todo el mundo sospecharía.

-¿Quién?

-No estoy dispuesto a que nadie me pueda acusar de casarme por conveniencia.

-Pero si eso es lo que acabas de hacer.

-¿Y no crees que sería una estupidez por mi parte hacerlo público?

-¡No pienso pasar la noche contigo! -le dijo Rosie muy acalorada.

-No tienes otra opción. Es parte del trato.

Rosie se cruzó de brazos y se negó a moverse.

-De ninguna forma -dijo otra vez-. ¡No me fío de ti ni un pelo!

-¿Quieres que te ayude a entrar en el coche? -sugirió en tono de amenaza.

Durante un instante, Rosie estuvo dudando qué hacer, pero al cabo de los pocos segundos entró en la limusina.

-¡Un hombre que tiene que utilizar su fuerza para convencer no es un hombre! -le gritó.

-Cada vez que me gritas me dan ganas de pegarte tan fuerte que temas incluso levantar la cabeza otra vez. No sé cómo Anton podía soportar esa boca que tienes.

-A mí no me pasa nada en la boca...

-La verdad es que tienes una boca muy sensual... hasta que la abres.

Un tanto desconcertada, Rosie se sonrojó.

-No me gusta que me hablen de esa manera.

-No me digas lo que tengo o no tengo que decir -respondió Constantine con voz cansina-. Nadie lo hace.

De forma involuntaria, Rosie se puso tensa, sintiendo un escalofrío, a pesar de la cálida temperatura de aquel coche tan lujoso.

-No quiero pasar la noche en el hotel contigo.

-Pero lo harás. Es parte del acuerdo. No puedo correr el riesgo de que este matrimonio pueda ser declarado nulo. Lo único que quiero es hacer lo que dice la ley.

Los dos permanecieron en silencio, un silencio cargado de tensión.

-¿Qué te contó Anton de mí? -preguntó Constantine de pronto.

-¡Más de lo que yo hubiera querido saber, créeme!

-Estábamos muy unidos, pero al parecer no tanto como yo pensaba -musitó con tristeza-. Debió de darle vergüenza de hablarme de ti...

-Anton no estaba avergonzado de mí.

-Anton era un hombre feliz, hasta que tú apareciste.

Rosie se mordió el labio y no respondió. Anton había pasado bastantes años y gastado un montón dinero hasta encontrar a su hija ilegítima. Los primeros nueve años de su vida su padre había recibido fotografías de ella cada cumpleaños, pero su madre, Beth, no había puesto el remite en ninguna de las cartas.

Algunas veces, Rosie se había preguntado por qué su madre se había tomado la molestia de enviarle a Anton las fotos. ¿Lo habría hecho para recordarle la breve aventura que había arruinado su vida?

No lo sabía. La primera vez que se enteró de quién era su padre, su madre ya llevaba muerta años. Pero todavía podía recordar la lucha de su madre por superar la amargura de un marido que nunca la había perdonado que se casara con él cuando estaba embarazada de otro hombre. No había pasado ni una semana desde la muerte de Beth, cuando su padre llamó a los servicios de asistencia social, para decirles que él no se iba a encargar de una hija que no era suya. Aquella fue su venganza.

La limusina se detuvo frente al hotel. Rosie salió.

-Esto es ridículo.

-No sería tan ridículo si no fueras vestida como cualquier autoestopista que acabo de parar en la carretera.

De pie en el elegante vestíbulo, a casi diez metros de distancia, Rosie lo observó firmar en el registro. La recepcionista del hotel, entrenada para no fijarse en los clientes, sin embargo la miró de

reojo. Rosie se puso colorada y se dio la vuelta.

Subieron al primer piso y allí les enseñaron su suite. Al ver una puerta de separación Rosie se fue a explorar. Sólo había un dormitorio. Pensó que Constantine se había vuelto loco.

-Si crees que voy a pasar la noche aquí contigo, estás soñando.

Constantine le dirigió una mirada irónica.

-Yo me acostaré en la cama y tú en el sofá.

Por un momento, Rosie encontró dificultad para respirar.

-Le he dicho a Taki que vaya a buscarte ropa más decente. Seguro que Maurice estará a la altura de las circunstancias -continuó diciendo Constantine-. Creo que tu musculoso amigo te vendería a los caníbales si le hacen una buena oferta.

-¡Maurice es un amigo, no mi amante!

Constantine enarcó las cejas e hizo una mueca de desprecio con la boca.

-Tienes una mente calenturienta -le dijo Rosie, furiosa.

De pronto, y de forma inesperada, su boca dibujó un principio de sonrisa. Sus ojos negros y brillantes miraron su enfurecido rostro.

-Qué fogosidad. Eso me intriga. Si no hubieras sido la amante de Anton, estaría tentado a acostarme contigo.

Rosie se quedó boquiabierta, sin poder articular una palabra.

-Y te aseguro que en cinco minutos estarías comiendo de la palma de mi mano, como una paloma -vaticinó Constantine, esbozando una sonrisa.

-¡Tienes una imaginación increíble!

Constantine extendió sus manos, en un gesto de burla.

-¿Cómo tratas de negar lo que los dos sabemos que es verdad? La primera vez que me viste, te sentiste atraída. Lo sé, porque a mí me ocurrió lo mismo. Atracción puramente sexual, nada más...

-¡Tu presunción es increíble!

-Nunca desafíes a un griego, a menos que no estés preparada para responder con fuego al fuego -le advirtió Constantine-. Pero a lo mejor es eso lo que quieres...

El ambiente era tan tenso que el corazón le empezó a latir con fuerza mientras sus ojos negros la miraban con gesto desafiante. De pronto se oyeron golpes en la puerta y se sobresaltó. Dmitri entró.

Con las piernas temblando, Rosie se fue al sofá. Se le había puesto la carne de gallina y notó que los pezones se le habían puesto muy duros. Y eso lo había conseguido con una sola mirada. Sólo hablando. Aquello era terrible.

Le había dado en su punto débil. Lo que más la desconcertaba era que había admitido que él también sentía lo que ella estaba sintiendo.

Rosie vio que Dmitri sacaba un ordenador portátil y lo ponía en el escritorio que había al Iado de la ventana. Un botones entró con un fax y lo instaló. A continuación, llegó un camarero con una bandeja con café. Sólo una taza.

Mientras tanto, Constantine hablaba en francés por un teléfono móvil, dándole la espalda, con una de sus manos metidas en uno de los bolsillos de sus elegantes pantalones. Estaba guapísimo con aquella ropa. Casi se quedó sin aliento al imaginárselo sin ella.

Aturdida al sentir una curiosidad que nunca antes había sentido, se puso colorada, agarró el mando a distancia que había en la mesa y encendió la televisión, eligiendo un canal de música.

-Si quieres escuchar música, utiliza el equipo del dormitorio -le dijo Constantine, interrumpiendo su conversación.

Rosie se levantó, se metió las manos en los bolsillos y respondió:

-Me voy a dar un paseo.

Constantine se dio la vuelta.

-¡No! Te quedas en la habitación. Vete a lavarte el pelo, o algo así -le aconsejó impaciente-. Tengo trabajo.

Rosie respiró tan hondo que pensó que iba a estallar.

-Yo hago lo que quiero, señor Voulos.

-No cuando esté yo -le advirtió Constantine. Rosie apretó los puños.

-No te lo crees ni tú.

-Tenía que haberte metido en el maletero del coche y haber contratado a alguien para que hiciera el papel de recién casada. ¿Qué es lo me das a cambio de mi dinero? Pareces una quinceañera, vestida de esa manera. Los del hotel van a pensar que soy un pervertido. ¡Nadie en sus cabales puede pensar que somos una pareja de recién casados! ¡Además te pasas todo el tiempo rezongando! -le gritó, sin ocultar su enfado.

-¿Cómo te atreves a hablarme así?

-Si yo hubiera estado acostándome contigo cuatro meses, te habría enseñado a callarte cuando lo tienes que hacer.

-Estarías muerto -replicó Rosie, llena de ira.

-¿Tú crees? -le retó, dirigiéndole una sonrisa-. No, yo creo que habrías aprendido a comportarte cuando yo estoy delante en una semana. A diferencia de Anton, no tengo tanta paciencia.

-Hace un momento estabas insinuándote y, como sabes que no

vas a conseguir nada, me insultas.

Constantine inclinó un poco la cabeza, entrecerró los ojos y la miró, con gesto de incredulidad.

-¿Tú crees? -le preguntó-. ¿Tú me ves que jadee? ¿Y tú me llamas engreído? En estos momentos me atraes tanto como me pueda atraer un vagabundo...

-¡Como me sigas hablando así, te... te...

-¿Me muerdes?

Rosie no podía decir una palabra de lo furiosa que estaba, sus ojos verdes como las esmeraldas echaban chispas.

-Vamos a aclarar una cosa, muñeca de trapo. Si me muerdes, yo te morderé también. Y si piensas que yo me voy a convertir en el siguiente hombre rico que te mantenga, estás muy confundida. Siento el fuego, pero no estoy dispuesto a derretirme...

-¡Eres un cerdo arrogante e ignorante! -respondió Rosie.

-Parece que estamos empezando a entendernos -murmuró Constantine, mirándola de forma incisiva-. Y la experiencia que podemos sacar hoy es que es mejor ser la querida de un hombre viejo que la tonta de uno joven.

Rosie se estremeció de la rabia y se apartó de él. Nunca antes en su vida había sentido deseos de matar a nadie. Le habría encantado tener los músculos de Maurice. Le habría gustado agarrar a Constantine y hacerlo papilla.

El móvil empezó a sonar otra vez.

Rosie llegó a la puerta del dormitorio, con las piernas temblando.

-¿Sabes escribir a máquina? -le preguntó Constantine, como si nada hubiera ocurrido.

-¿Es... es... cribir a máquina? -tartamudeó Rosie.

-Tomar un dictado -le aclaró impaciente-. Cuanto menos gente se entere de todo esto mejor, pero es un engorro no poder disponer de un ayudante.

-No sé escribir a máquina, ni tomar un dictado -respondió Rosie, con los labios apretados.

-Pero seguro que sí sabrías sentarte en las piernas de tu jefe.

4

Una hora más tarde, Taki entró en la habitación con una bolsa de plástico en la mano. Rosie miró lo que Maurice había elegido para la ocasión y se dirigió al teléfono.

-¿Lo que has metido en la bolsa es una broma, Maurice? -le preguntó Rosie, acariciando con su mano el diáfano camisón, el vestido color fresa y las medias. También había metido unos zapatos de tacón alto y la caja de cosméticos que le había regalado su hermana. Sin embargo, se le había olvidado echar un cepillo de dientes y ropa interior de repuesto.

-Es tu noche de bodas. Pensé que querrías estar elegante.

-Ya -contestó Rosie, rechinando los dientes.

-¿Te ha pedido Voulos que le firmes algún documento? -preguntó muy preocupado Maurice.

-No, ni siquiera en el libro de registro.

-Yo creo que sabía que un contrato previo al matrimonio no tiene validez alguna ante los tribunales ingleses. Seguro que te pide que firmes algún documento por el que renuncies a la herencia. Por otra parte... -musitó Maurice-, si la prensa se entera de lo del matrimonio, va a tener problemas.

-Maurice, eres muy buen amigo mío, pero me avergüenza tu codicia -le contestó Rosie muy enfadada, y colgó el teléfono.

Llamó al servicio de habitaciones y le llevaron la comida. No tenía mucha hambre, así que se pasó un buen rato hasta que terminó la taza de té y los sandwiches de pollo. Por regla general, no veía mucha televisión, por lo que se dedicó a dar vueltas por la habitación, con el sonido del fax y constantes llamadas telefónicas como única compañía.

Cuando dieron las siete de la tarde, empezó a sentirse desesperada y se preguntó por qué se había dejado intimidar y seguía encerrada en la habitación. ¿Qué importaba si alguien la veía sola?

Se fue al baño a arreglarse. Se acordó de cómo la había tratado Constantine. Se había metido con ella, haciendo comentarios despectivos. Ella no había podido defenderse con la mejor arma que tenía, que era la palabra. Encima de estarle haciendo un favor inmenso, ni siquiera se lo agradecía.

A la mañana siguiente, cuando le diera el cheque, se lo rompería en la cara, para que supiera con quién estaba tratando. Levantó la cabeza un poco y se pintó los labios, dándose después

un toque de sombra en los ojos. Cuando volvió al salón, Constantine estaba hablando por teléfono en un tono frío y pausado.

-Mañana no puede ser -estaba aclarando, con mucha precisión-. Cuando digo que hay que actuar, espero que se actúe deprisa, no a paso de tortuga.

Rosie asomó la cabeza y, cuando vio que estaba de espaldas, caminó de puntillas, tratando de no hacer ruido. En el pasillo, se puso los zapatos, sin prestar atención a los guardaespaldas. Sin embargo, cuando entró en el ascensor, el hombre más joven entró con ella. Y cuando entró en el bar del hotel, él la siguió.

Rosie pensó que por lo menos así tenía alguien con quien hablar, y no aburrirse leyendo la publicidad del hotel. Porque había decidido dar un aspecto de mujer muy ocupada, para que nadie la molestara.

Todos los hombres que había en el bar giraron la cabeza al verla. Su pelo rizado le caía sobre la cara enmarcándole el rostro. Rosie eligió un sitio para sentarse. Taki llamó al camarero y empezó a toser.

-Deberías guardar cama -le recomendó Rosie, cuando se dio cuenta del color enfebrecido de sus mejillas-. Pero estoy segura de que tendrías que estarte muriendo para que Constantine se diera cuenta de que estás enfermo.

Frunció el ceño y empezó a toser otra vez, al tiempo que se disculpaba.

-Por favor, siéntate. Lo que necesitas es un vaso de whisky. Eso te ayudará a dormir.

Se sentó en una silla y la miró un poco avergonzado. Rosie pidió un whisky doble para él y le instó a bebérselo. Él movió en sentido negativo la cabeza.

-¡Bébetelo! -le ordenó Rosie.

Era más obediente que Constantine. De hecho, al poco tiempo de bebérselo empezó a sentirse más alegre. Pero como se expresaba en griego, Rosie no pudo entender una palabra. La estaba mirando con admiración.

-¿A qué diablos crees que estás jugando? -aquella pregunta cortó el hilo del pensamiento de Rosie. Levantó el vaso de vino y se lo bebió de un trago.

Taki se levantó de pronto, tirando la silla. Dmitri se acercó, lo sujetó y se lo llevó hacia la salida. Constantine se quedó mirando fijamente a Rosie, con unos ojos tan dorados como el oro y tan duros como el diamante.

-No sabía que te habías ido de la habitación. Te exijo que vuelvas allí ahora mismo -le ordenó.

Constantine tenía una actitud tan autoritaria, que la enervaba.

-¿Y si no voy qué me vas a hacer? ¿Me vas a dar cuarenta latigazos? He venido sólo a tomarme una copa...

-Vete arriba ahora mismo -le ordenó Constantine.

-Tú Tarzán, yo, Jane -Rosie echó leña al fuego y sonrió-. De eso nada.

-Tenemos un acuerdo -Constantine le dijo, apretando los dientes-. Y tú te estás comportando de una forma poco apropiada.

Rosie echó la cabeza para atrás.

-Yo creo que estoy representando bien mi papel de advenediza -le dijo-. Una de esas mujeres que se casan con viejos ricos...

-Repite eso otra vez -la invitó Constantine, dirigiéndole una mirada asesina.

-La joven esposa se cansa y se tiene que ir al bar a ver la vida pasar -continuó Rosie, poniendo un gesto de tristeza.

-La gente nos está mirando -con la boca apretada, los ojos echando chispas, Constantine se sentó en una silla. Era como un tigre, dispuesto a saltar en cualquier momento sobre su presa.

-Ya veo que están mirando. Te felicito, porque estás dando algo de veracidad a esta farsa. Entra en el bar el marido muy enfadado. Trataré de aparentar que estoy asustada -prometió Rosie-. Pero te aseguro que no voy a volver a esa habitación.

Constantine respiró y soltó el aire en silencio. Rosie sonrió.

-Eres muy astuto, Constantine, lo reconozco. Si hubieras intentado sacarme de aquí a la fuerza, alguien habría salido en mi defensa.

-No te puedes imaginar cuánto deseo que sea ya mañana -le dijo Constantine con los dientes apretados.

-Me lo puedo imaginar. No parece que seamos la pareja ideal.

-Eres muy valiente en los sitios públicos.

-Es que eres más alto que yo.

-Y también Maurice.

Rosie sonrió.

-Maurice es tan manso como un cordero. Nunca pierde los nervios.

-Entonces serás tú la que lleves los pantalones en esa relación -contestó Constantine, mirándola con cara de disgusto.

-Supongo que a ti te gustan las mujeres serviles, que te estén siempre adorando. Deberías haber sido árabe. Así tendrías un harén. ¿Sabías que a las concubinas les enseñaban a arrastrarse

por el suelo para ir a la cama de su señor? -le informó Rosie.

Constantine bajó la mirada y apretó la boca.

-Estoy haciendo una oferta para comprar una empresa que desde hace meses quiero comprar- la miró con sus ojos negros como la noche-. No me fío de ti. No te voy a dejar aquí para que ligues con cualquiera en lo que se supone que es nuestra noche de bodas.

-No voy a ligar con nadie.

-He visto cómo te miraban esos hombres de ahí. Como si fueran marineros que acaban de poner pie en tierra. ¡Ninguna mujer decente se atrevería a venir sola a un bar!

-Taki estaba conmigo.

-¡Y lo has emborrachado!

-Estaba resfriado y le dije que se tomara una copa. Debe de tener muy poca tolerancia al alcohol -contestó Rosie.

-Pues eso le va a costar el puesto.

Rosie se puso pálida.

-Eso no es justo, Constantine. Yo me empeñé en que se la bebiera...

-¿También insististe para que se acostara contigo?

-¿Dónde diablos pretendes llegar?

Sus ojos negros brillaron y las aletas de su nariz se ensancharon.

-Escuché lo que te estaba diciendo. Uno de mis trabajadores insinuándose a mi esposa...

-¿Tu esposa? ¡Yo no soy tu esposa! -le interrumpió Rosie con contundencia-. ¡No sería tu esposa ni por un millón de libras!

-Yo creo que por mucho menos que eso, bastante menos -le aseguró Constantine, sonriendo de forma cínica-. ¿Por cuánto te vendiste a Anton? Te tenía en una casa alquilada. Ni siquiera te compró un piso... -cuando le tiró el vino que quedaba en su vaso, él se quedó mirándola con cara de asombro.

Rosie se puso en pie y lo miró con odio.

-Tú haces que el hombre de Neanderthal parezca Einstein.

Constantine llegó al ascensor antes de que las puertas se cerraran. Rosie apretaba una y otra vez el botón. Entró, la agarró de los brazos y las puertas se cerraron.

-¡Suéltame! -exigió Rosie.

Constantine la miró con sus ojos dorados, le puso una mano en la cadera y la obligó a pegarse a él. Rosie se puso en tensión mientras el calor y olor de su cuerpo se le subían a la cabeza y la dejaban desorientada. Sintió que las piernas se le doblaban. Su

corazón empezó a golpear su pecho.

-Estabas flirteando conmigo -murmuró Constantine, frunciendo el ceño. Su voz profunda la hizo sentir unos cosquilleos por la espalda.

-¿Flirtear? -le preguntó Rosie-. ¿Te refieres a cuando te tiré el vino a la cara?

Sus miradas se encontraron y el tiempo pareció transcurrir al ritmo de su corazón. Intentó respirar. Se dio cuenta de que su cuerpo temblaba y los pechos se le endurecían.

Constantine sonrió mientras inclinaba su cabeza. Rosie se excitó hasta tal punto que la pasión la desbordó. Lo besó, y emitió un quejido cuando él le metió la lengua en la boca.

Constantine levantó la cabeza para mirar su cara y la sacó del ascensor. Aquella interrupción tan súbita la dejó un poco desorientada. Dentro de la habitación, él la volvió a agarrar de la mano. Su mirada encendía su cuerpo de tal forma que llegó a temblar.

-Dime que quieres hacer el amor -la invitó Constantine-, y yo satisfaré tus deseos.

Rosie se puso tensa y retrocedió unos pasos, obligándole a que la soltara.

-No puedo dormir contigo... -le dijo, con voz temblorosa.

-¿Quién ha hablado de dormir?

-Estoy cansada y tú tienes que trabajar -Rosie trató de convencerle, aunque al mismo tiempo se daba cuenta de que nunca había deseado estar con un hombre como deseaba estar con Constantine en aquel momento, a pesar de que en lo más profundo de su ser sentía odio por él.

Constantine frunció el ceño, apretó los labios y la miró con desprecio.

-Odio a las mujeres a las que les gustan este tipo de juegos sexuales. Una sola noche es lo que te puedo ofrecer -le dijo con frialdad-. Yo no pago por acostarme con una mujer

-¡No podrías convencer ni a una zombie! -gritó Rosie y se metió en la habitación. Nada más cerrar la puerta, se apoyó en ella y trató de reprimir las lágrimas que amenazaban con salir de sus ojos.

Horas más tarde, Rosie seguía despierta. Estaba todavía conmocionada por la respuesta sexual que había experimentado

ante la presencia de Constantine. En su época de adolescente había sufrido un intento de violación que le había inhibido el deseo de intimar físicamente con un hombre.

De hecho, con el paso del tiempo, había ido desconfiando cada vez más del sexo contrario. Además, cada vez que se había sentido acorralada o infeliz, su reacción había sido la huida. Aquella costumbre le había ocasionado un buen número de problemas, hasta que Maurice la convenció de que volviendo la espalda no se conseguía nada.

Había concentrado todas sus energías en montar un negocio que le diera lo suficiente para pagar la renta. Su necesidad de independencia y seguridad la había endurecido. Anton había minado su autosuficiencia, convenciéndola para que fuera a Londres. Allí fue cuando empezó a cambiar, abriéndose a emociones y posibilidades que nunca antes se había permitido experimentar.

Las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos. Anton nunca entendió que ella pudiera tener una relación sólo de amistad con Maurice. Porque no sabía que en realidad nunca había sentido nada en presencia de un hombre. De hecho, todos los hombres la habían dejado fría... hasta que vio a Constantine Voulos en la iglesia.

Constantine, el único hombre al que hubiera deseado quitarle la ropa y lIevárselo a la cama. Sus mejillas se encendieron de vergüenza. Se restregó los ojos. Aquél era el poder del deseo sexual. Un solo beso y se había vuelto loca.

Por suerte, a la mañana siguiente, se despedirían y no se volverían a ver nunca más. Aquel encuentro no había significado nada para Constantine. Carente de toda delicadeza, o respeto por ella, le había ofrecido una sola noche de su vida. Lo cierto era que él también había estado tentado, pero no tanto como para no sentir alivio cuando ella lo rechazó. La expresión en sus ojos lo delató. Poco a poco, se fue sintiendo cada vez más cansada, hasta que se durmió.

Se despertó sobresaltada y encontró a Constantine mirándola. Rosie se incorporó un poco asustada.

-¿Te acuestas siempre vestida? -le preguntó Constantine, observando sus vaqueros y camiseta.

Al verlo con aquel albornoz corto que dejaba ver el vello de su

pecho, Rosie saltó de la cama.

-Tranquila, ¿qué crees, que te voy a atacar?

-Dormiré mejor en el sofá.

-Podemos compartir la cama. Son las tres de la mañana y te aseguro que lo único que quiero es dormir -le dijo Constantine.

Pero Rosie cerró la puerta sin responderle, cruzó la habitación a oscuras, se acurrucó en el sofá y se durmió. Le parecía que acababa de cerrar los ojos cuando unos fuertes golpes en la puerta la despertaron. Metió la cabeza debajo de la almohada y protestó, echándose por encima la manta, que no había estado allí cuando se durmió.

Al ver que insistían, no tuvo más remedio que levantarse.

Pero cuando lo iba a hacer, Constantine apareció, en pantalones grises y camiseta blanca, bostezando. Dmitri entró, con un periódico en la mano y la cara medio descompuesta. Constantine abrió el periódico, gritó unas palabras en griego y guardó silencio. Ambos hombres se dieron la vuelta al mismo tiempo y miraron a Rosie.

Rosie los miró con cara de inocencia. Constantine abrió la puerta otra vez y el guardaespaldas se fue.

-Eres una confabuladora asquerosa -la condenó sin previo aviso, cruzando la habitación de dos zancadas y levantándola del sofá con una sola mano.

-¿Qué te pasa? -preguntó Rosie, asombrada por la ira que reflejaban sus ojos.

-¡Me las pagarás!

-¿Pero qué he hecho?

-No sé cómo me he fiado de ti. Mis abogados me lo advirtieron. ¿Por qué no los habré escuchado? -se quejó Constantine mientras la miraba con tal odio y disgusto que Rosie se puso pálida y empezó a temblar.

La soltó y ella se dejó caer de nuevo en el sofá.

-¿Quieres saber de verdad lo que es estar casada conmigo? -Constantine le amenazó. Sus ojos echaban chispas-. Cuando termine contigo, desearás haberte quedado en tu choza y me pedirás de rodillas el divorcio.

5

Con gran dificultad, Rosie logró respirar, para calmar sus nervios.

-Todavía no sé de lo que me estás hablando...

-¡No me mientas! -gritó Constantine.

Rosie miró con curiosidad el periódico que él había dejado encima de la mesa. Constantine se lo enseñó. *Boda de un magnate en secreto,* se leía en el titular de la primera página. Rosie tragó saliva y vio su fotografía. Era la fotografía que ella tenía enmarcada, encima de la mesa del vestíbulo de su casa. Se la había sacado cuando se había ido a vivir a allí, porque era la primera casa propia que tenía.

-Maurice... -susurró comprendiéndolo todo, porque sólo podía ser él el que había enviado esa fotografía a la prensa.

-¿Maurice? -repitió Constantine con cara de agitada satisfacción-. Le voy a romper la cabeza.

-¡No ha podido ser Maurice! -rectificó Rosie, horrorizada al ver que Constantine apretaba los puños. Se puso a temblar y se humedeció con la lengua sus labios resecos-. No fue Maurice, fui yo.

-¿Por qué tratas de protegerlo? Fue tu cómplice. Seguro que le has llamado para decirle dónde nos hospedamos, porque tú no lo sabías hasta que llegamos.

-Sí, le llamé yo por teléfono -murmuró Rosie.

Sentía tanta tensión que le empezaron a doler los músculos del cuello.

-¿Te das cuenta de lo que has hecho? -le preguntó, con un tono como si la estuviera golpeando con un látigo, lo cual le puso la carne de gallina-. Thespina se enterará de que nos hemos casado. Tiene amigos en Londres y querrá una explicación por mi extraña conducta. ¿No pensaste en eso?

Rosie se asustó y las lágrimas acudieron a sus ojos.

-No, claro. A ti te da igual. Te ciega la avaricia. Anton no te dejó nada en su testamento y estás resentida, ¿no? -le condenó Constantine-. Seguro que soñabas con ser rica. Pero dos semanas antes de su muerte, Anton pidió un préstamo muy alto, para comprar una casa en ruinas en Mallorca. Hipotecó todo lo que poseía.

-¿Mallorca? -repitió Rosie, levantando la cabeza.

-Son Fontanal, la que fue la casa de los Estrada, con hectáreas

de terreno que sólo sirven para pasto de cabras -le informó Constantine, con cara de circunstancias-. Además, no se puede hacer nada allí, porque resulta que es una zona protegida. No la quería nadie, más que Anton. Y como los herederos del último propietario lo sabían, se aprovecharon de ello.

-¿Anton compró Son Fontanal? -susurró Rosie.

-Siempre fue un hombre muy sentimental -concedió Constantine. Parecía como si tratara de comprender sin éxito ese tipo de sentimientos.

Pero Rosie sí los entendía. Era como si su padre estuviera en aquel mismo instante en aquella habitación, hablando con ella. Aquella era la herencia que Anton la había dejado. Son Fontanal, una casa que su madre había vendido por necesidad, cuando Anton tenía sólo quince años. Su padre se pasó el resto de su vida en Grecia, pero nunca abandonó el recuerdo de su hogar. Cuando fue adolescente, Anton había jurado ante la tumba de su padre que, si podía, volvería a comprar Son Fontanal.

-Le encantaba esa casa -murmuró Rosie-. Por muy alto que fuera el precio, merecía la pena.

-Fue un suicidio financiero. Si hubiera vivido... -Constantine cerró la boca y apretó los labios, para tratar de reprimir la emoción-. Si Anton hubiera vivido, habría tenido sólo dos opciones, o la bancarrota o acudir a mí.

-¿No a su mujer?

Constantine la miró como si no se creyera lo que acababa de oír.

-¿Qué hombre pide prestado dinero a su mujer? ¿Y por qué estoy hablando de cosas privadas contigo? -le preguntó-. Ponte la ropa que llevabas anoche, nos vamos de este hotel.

-Yo tomaré un taxi y me iré a mi casa.

Constantine empezó a reírse.

-Te vienes a Grecia conmigo. Es la única opción que tienes, y créeme... -le amenazó-. Si tengo que atarte y darte un somnífero, estoy dispuesto a hacerlo.

-¿A... a Grecia? -tartamudeó Rosie.

-Tenemos que hablar con Thespina -Constantine la miró con antipatía-. Lo malo es que ya le he dicho que habíamos roto.

-A mí me da lo mismo las explicaciones que tú tengas que dar, pero yo prefiero no ir a Grecia -le aseguró Rosie, poniéndose en pie.

-Si es necesario, soy capaz de vestirte yo mismo. -Rosie encontró su mirada. Se metió en el dormitorio. Constantine entró

con ella y desenchufó el teléfono-. De ahora en adelante no hablarás con nadie. Vístete -le ordenó.

Entró en el cuarto de baño y se miró al espejo.

¿Cómo se le habría ocurrido a Maurice hacer una cosa así? ¿Por qué se había puesto en contacto con los periódicos? Sabía que ella quería proteger a Thespina. Abrió la puerta del cuarto de baño y se asomó.

Constantine estaba poniéndose sobre sus anchos hombros una chaqueta hecha a medida.

-¿Por qué no te has cambiado todavía? -le preguntó.

Roja como un tomate, Rosie munnuró:

-Déjame llamar a Maurice, por favor. Quiero hablar con él.

-No.

-Por favor -suplicó Rosie.

-Lo primero que tiene que aprender una buena esposa griega es a obedecer -contestó Constantine, dirigiéndose hacia ella con la agilidad de un leopardo al acecho-. Y si no saltas cuando yo diga «salta», ya te enseñaré yo, y en poco tiempo, venir a mí arrastrándote se habrá convertido en un acto natural.

Rosie dio un portazo y echó la llave.

-No puedo ir a Grecia -le dijo Rosie en el ascensor.

-¿Quieres decir que me tengo que conformar con destrozar a Maurice? -sonrió Constantine, mirando su estremecido rostro-. No dudes que lo puedo hacer. Me he enterado de que Maurice ha sacado todo su instinto comercial de su tío Dennis, quien, no dudes un instante, os haría pasar un mal rato, si se le ofrece un buen precio.

Rosie se quedó sorprendida al comprobar que Constantine ya se había enterado de que su casero era el tío de Maurice.

-¿Sabías que...?

-Nunca amenazo con algo que no puedo cumplir. Maurice Carter se arrepentirá de haber nacido y de haber compartido cama contigo.

-Estás enfadado... no sabes lo que dices...

-La ira agudiza mi ingenio, pero parece que a ti te embrutece.

-Maurice no tiene nada que ver en todo esto -si Maurice fuera el que se lo había dicho a la prensa, seguramente había sido porque creía que Constantine estaba intentando engañarla y que haciendo público su matrimonio iba a fortalecer su posición. En

otras palabras, lo había hecho por su bien, así que la responsabilidad era sólo de ella-. No me creo que quieras hacerle daño.

-¿Y dices que Anton te contó muchas cosas de mí?

Rosie recordó las continuas referencias que Anton hacía de Constantine. Un hombre muy agresivo en los negocios, e incapaz de aceptar una derrota. Un enemigo despiadado, pero leal con su familia, un hombre que no sabía lo que era relajarse, excepto cuando estaba en la cama con alguna mujer, que era su único placer conocido. ¿Era esa la manera que utilizaba para estar tan en forma?

Rosie se sonrojó, frunciendo el entrecejo ante la pérdida de concentración. Su padre siempre había amado y admirado a Constantine por todo aquello que él no había poseído. ¿Qué dirían los enemigos de Constantine de su carácter?

-Esto es un vestido de noche. Estoy ridícula con él -objetó ella, cuando sintió el frío en sus brazos y en sus hombros.

-Estás como a mí me gusta que estés, como alguien que no tiene ni idea de vestir. Tampoco tienes que preocuparte por sonreír a los periodistas -añadió Constantine, cuando vio cómo se ruborizaba-. Es más, cuanto más desgraciada y fuera de lugar parezcas, menos se sorprenderá todo el mundo cuando te abandone.

-¿Quieres decir que puede que haya periodistas ahí fuera?

Un segundo más tarde, estaba frente a un montón de cámaras de fotos y gente que le hacía preguntas. Rosie empezó a tiritar y Constantine se quitó el abrigo y se lo puso sobre los hombros, con mucha cortesía, al tiempo que la cubría con el brazo. Caminó en silencio entre la multitud, hacia la limusina. Nadie se interpuso en su camino. Rosie se sintió más aliviada al ver que Taki se sentaba en el asiento de al Iado del conductor.

-¿Todavía quieres despedir a Taki? -le preguntó, un tanto incómoda.

-Lo estoy pensando.

-No fue culpa suya. Yo fui la culpable.

Constantine guardó silencio.

-No me puedo ir a Grecia sin pasaporte ni ropa -señaló Rosie-. Tengo que ir a casa primero.

-Dmitri ya se está encargando de eso. Se reunirá con nosotros en el aeropuerto.

-Tengo hambre.

-Comeremos en el avión.

Sin saber qué responder, Rosie se apoyó en el respaldo del asiento y se colocó por encima el abrigo. La tela tenía el olor de Constantine. Las aletas de su nariz se ensancharon y respiró hondo. Tensa, lo miró de reojo. Estaba hablando por el móvil otra vez, pero cuando se dio cuenta de que lo estaba observando, la miró con sus ojos dorados.

El corazón le dio un vuelco, pero no pudo apartar la mirada. Tenía unos ojos muy llamativos. Su mirada le recorrió el cuerpo, hasta llegar a sus piernas bien proporcionadas. La piel le ardió como si la hubiera tocado. El corazón le empezó a latir a un ritmo alocado. Experimentó una sensación agridulce. Tenía dificultades para respirar y la tensión entre ellos fue en aumento.

Constantine sonrió al ver el efecto tan devastador que estaba teniendo sobre ella. Se puso muy nerviosa, al comprobar el tipo de animal sexual al que se estaba enfrentando. Volvió la cabeza y se tapó las piernas con el abrigo.

Constantine echó para atrás la cabeza y empezó a reír.

-¡Cállate! -le gritó Rosie sin mirarlo.

-Tienes un aire de inocencia impresionante -murmuró él con voz aterciopelada-. No me extraña que Anton picara en el anzuelo. Estaba en una edad muy peligrosa. Es una pena que nunca te viera en tu ambiente de verdad. Sólo entonces habría podido saber que la imagen que le estabas dando de ti era falsa.

-También tenía una imagen bastante falsa de ti. Me dijo que eras un hombre con mucho encanto, buenas maneras y fascinante conversación -terminó y bostezó, tapándose la boca con la mano, irritada y desconcertada cuando Constantine empezó a reír con más fuerza.

Una hora antes, él había estado furioso. Y en aquel momento parecía estar muy tranquilo. Al parecer, porque le había echado la culpa a Maurice. Tenía que conseguir hablar con su amigo por teléfono y saber lo que había pasado. A lo mejor le habían robado la foto. A lo mejor la prensa ya estaba siguiendo a Constantine...

Rosie estaba disfrutando con su primer viaje al extranjero. Mientras el coche en el que iban sorteaba el tráfico de Atenas, ella se sintió tensa ante la perspectiva de tener que ver a Thespina otra vez.

Cuando Dmitri había llegado al aeropuerto con una maleta y una bolsa de viaje, había intentado hablar con él sobre Maurice,

pero Constantine se lo impidió. Desde ese momento, había estado de malhumor. A bordo del avión privado, se había puesto un vestido un poco más adecuado y se durmió todo lo que duró el vuelo, despertándose cuando estaban aterrizando. Cuando salieron al aeropuerto sintió tanto hambre, que no tuvo más remedio que pedirle a Constantine algo de dinero para comprarse unas chocolatinas, ya que no había desayunado, ni comido.

-¡Si no dejas ya de hablar por teléfono, gritaré! -le recriminó Rosie en un momento determinado.

-¿Qué bicho te ha picado ahora? -Constantine se apartó el teléfono, dirigiéndole una mirada de cansancio, como la que les dirigen los padres a un niño pesado.

Rosie apretó los dientes.

-No quiero decirle más mentiras a Thespina.

-¿Qué quieres, entrar y decirle que eras la querida de su marido?

-¡Yo no era la querida de Anton...!

-¿La querida que ahora se ha convertido en su nuera? Thespina no se merece esa humillación- le dijo Constantine con mucho énfasis.

La limusina aparcó junto a una casa muy elegante de la ciudad. Rosie salió del coche sudorosa y casi enferma de los nervios. Mientras Constantine hablaba con el criado que había salido a saludarlos, ella se mantuvo detrás de él.

De pronto, se dio la vuelta y expulsó el aliento, liberando un poco de tensión.

-No está Thespina. Se ha ido a Brasil esta mañana a pasar unos días con unos amigos. Al parecer ha intentado ponerse en contacto conmigo, pero no ha podido.

Rosie se sintió mucho más aliviada y volvió a entrar en la limusina.

-¿Y ahora qué? -le preguntó. Constantine frunció el ceño.

-No creo que se entere de nuestro matrimonio hasta que vuelva. Sus amigos viven en un cafetal perdido.

-Puedes llamarla por teléfono.

-Esperaré a verla. No se pueden dar ese tipo de noticias por teléfono.

-¿Y qué vamos a hacer ahora?

Constantine no contestó. Parecía que se había puesto de mal humor otra vez. Trató de entender su reacción, poniéndose en su lugar. Aquella boda en secreto, sólo para cumplir el deseo de Anton, era de dominio público. La única solución para Constantine

era fingir que no tenía nada que esconder y que se había casado de verdad...

-¿Esperas que me comporte como si fuera tu esposa? -le preguntó.

-Eres mi esposa -le recordó Constantine, enfatizando sus palabras.

-Legalmente hablando, supongo -concedió Rosie-. Pero...

-Esta situación habrá que mantenerla durante un par de meses como mínimo.

-Yo no soy tan buena actriz. Ni siquiera nos gustamos. La gente no es tan tonta como para no darse cuenta -protestó.

Constantine no le hizo caso. Lo odiaba cuando se comportaba de esa manera. La hacía sentirse como un insecto.

-¡Cómo voy a vivir contigo dos meses, si ni siquiera me puedo imaginar estar a tu lado una semana!

-¿Pero tú a qué estás jugando? No tengo otro remedio que concederte todos los lujos, pero te juro que la idea de tener que recompensarte por tu traición me hace sentir asco.

Dos horas más tarde, después de una buena comida, que había saciado el hambre que tenía, la sonrisa iluminó el rostro de Rosie. Estaba en el cuarto de baño que había al lado de su habitación. Constantine vivía en un verdadero palacio, fuera de la ciudad. Había un montón de criados. No tenía más que levantar un dedo, para que fuera uno a atenderla. Era como estar hospedada en un hotel de cinco estrellas.

Cuando Constantine la presentó como su esposa a los sirvientes, ella se ruborizó. Él le explicó el sistema de telefonía de aquella casa. Le dijo que si quería llamarlo por teléfono tenía que marcar un cierto número. Se iba a cansar de esperar. Y en una casa de aquel tamaño, estaba segura de que podría llamar desde algún sitio a Maurice. Constantine no podía estar vigilándola todo el tiempo.

Lo odiaba. Y lo despreciaba. ¿Cómo podía atraerla? ¿Por qué, cuando al fin estaba sola, no podía hacer otra cosa que pensar en Constantine? Frunció el ceño.

Lo cierto era que tenía sus cosas positivas. Era un hombre que adoraba a Thespina. Estaba dispuesto a hacer cualquier esfuerzo para que Thespina no se enterara del testamento que había dejado su marido. Y no era por avaricia. Se puso colorada. Constantine

tenía de verdad tanto dinero como Maurice había dicho. El avión privado, su palacete y aquel estilo de vida lo atestiguaban.

Era un hombre que también había amado a su padre, reconoció Rosie, a regañadientes. Pero los dos eran hombres con una personalidad muy distinta. Anton era un hombre que siempre contaba chistes y sonreía, fijándose en el lado positivo de las cosas.

¿Le resultaba más fácil a Constantine creer que Anton se había vuelto loco por ella? La verdad, sospechó, era más demoledora. Anton había guardado un gran secreto durante más de veinte años. Su padre había querido lo que no podía tener. Había querido tener a su hija, sin que ello hiriera a su mujer.

Aunque a veces había estado a punto de confesárselo todo a Thespina, no lo había hecho, ni siquiera cuando contemplaba la posibilidad de una muerte prematura. ¿Cómo había podido pedir su padre a Constantine que se casara con ella? Rosie movió en sentido negativo la cabeza y suspiró. Incluso aunque Constantine aceptara que era la hija de Anton, su padre no tenía ningún derecho a exigirle que hiciera tal sacrificio.

Vestida con un albornoz, Rosie salió del cuarto de baño, ya más descansada y tranquila. Pero aquella sensación duró poco. Porque en la habitación estaba Constantine.

Rosie se puso tensa, sus ojos verdes se fijaron en el traje de estilo italiano que él se había puesto. Le daba un aspecto de un gánster muy atractivo..

Constantine frunció el ceño.

-¿No te dije que mientras que estuviéramos aquí tenías que actuar como si esto fuera un matrimonio normal?

Rosie asintió con la cabeza.

-¿Entonces por qué insistes en que te traigan la cena a tu habitación, en vez de venir al comedor? ¿Y por qué rechazaste el ofrecimiento del ama de llaves de enseñarte la hacienda?

-¿Hay algo más que haya hecho mal? -le respondió, dando un suspiro.

-No eres una invitada. Este se supone que es tu hogar. Actúa como si fueras una recién casada.

-No tengo ni idea de cómo actúa una mujer recién casada.

-Pero sí tienes imaginación. Úsala -le sugirió Constantine, en un tono irónico.

Ya la estaba utilizando. En su imaginación Constantine era un gánster misterioso sacado de una película de blanco y negro. En la misma escena estaba ella, vestida con un vestido de los años

veinte, objeto de las pasiones de él. Rosie terminó aquella fantasía erótica dando un suspiro.

-¿Qué te pasa? Pareces muy tranquila -comentó Constantine.

-Será del avión -contestó Rosie, poniéndose colorada.

-Pues si te deja así, le diré al piloto que te dé una vuelta todos los días -replicó Constantine sonriendo.

Mientras había estado en el cuarto de baño, le habían sacado la ropa de la maleta. Se sorprendió al ver su caja de joyas en la cómoda. De hecho, al ver la extraña mezcla de vestidos que Maurice había metido, fruto sin duda de la precipitación, le extrañó que se hubiera acordado de meterla.

La abrió, buscó desesperada lo que había esperado encontrar allí. Casi se quedó sin respiración, al ver que el anillo de los Estrada no estaba. No dudó un instante en imaginarse que Constantine se lo había quitado. Volvió la cabeza y comprobó que se había marchado. ¡Era evidente que Constantine le había robado el anillo de su padre!

Rosie salió corriendo y bajó las escaleras descalza. Vio a Constantine saliendo de una habitación.

-¡Devuélveme mi anillo! -le gritó. Constantine se dio la vuelta y la miró.

-¿Qué diablos...?

-El anillo de los Estrada. Estaba en mi joyero. Y ya no está.

-¿No está? -le preguntó, al tiempo que le ponía una mano en el hombro y la obligaba a entrar en una elegante habitación-. ¿Dónde está?

-Esperaba que tú me lo dijeras.

-Como hayas perdido ese anillo -le amenazó-, te estrangularé.

-La mejor defensa es un ataque, ¿no? -le contestó en actitud cínica-. Sé que tienes ese anillo, con lo cual es responsabilidad tuya si se pierde.

-¿Me estás acusando de habértelo robado? -le gritó Constantine furioso.

-Si quieres no uso esa palabra. Digamos que te has guardado algo que creías que yo no debía tener. Pero tengo derecho a tenerlo, porque Anton me lo dio.

-Yo no soy un ladrón. Si no encuentras el anillo, llamaremos a la policía. Pero no antes de estar convencido de que éste no es uno de tus juegos.

-¿Qué quieres decir?

-Que no me sorprendería descubrir que es tu novio el que lo tiene. Ya he comprobado que eres una mentirosa y te gusta

engañar...

-¡Eres un cerdo! -le insultó Rosie.

-Supongo que el anillo estará asegurado...

En ese instante, un criado se acercó y mantuvo una conversación con Constantine mientras ella permanecía de pie, con los puños apretados.

En un momento determinado, giró su cabeza con arrogancia.

-Tienes que perdonarme. Tengo una visita.

Por espacio de tres minutos, Rosie se quedó clavada donde estaba, por rechazarla de forma tan despiadada. O bien Constantine no se creía que el anillo hubiera desaparecido, o estaba fingiendo. ¡Tenía que estar mintiendo! Se quedó mirando el teléfono y se tranquilizó un poco. En ese momento, se dio cuenta de que no sabía el código que había que marcar para llamar al Reino Unido. Miró por la habitación y no vio ninguna guía telefónica. ¿Cómo iba a llamar a Maurice, si ni siquiera sabía qué número de información había que marcar en Grecia?

Empezó a caminar hacia el vestíbulo otra vez, pero cuando oyó voces se detuvo. Era Constantine y la persona que había ido a visitarlo. Era una mujer, y estaban hablando en inglés. La curiosidad pudo con ella y se asomó.

-Louise... -le estaba diciendo Constantine, con un tono un poco guasón.

Una mujer de pelo castaño, con unas piernas muy largas, que enseñaba en su mayor parte, sentada en el sofá, actuaba de forma poco convincente, con un pañuelo en la mano.

-¡Pero es que leer una cosa así en el periódico...! ¡Me quedé anonadada, Constantine! ¿Cómo se te ocurrió casarte sin decirme nada? Me dijiste que no te ibas a casar. Ahora que tienes esposa, no sé si quiero continuar siendo tu amante -se quejó Louise de forma petulante, echándose para atrás su mata de pelo, mientras con sus ojos azules evaluaba el efecto que tenían sus quejas.

Por desgracia el objeto de aquellas quejas estaba fuera del campo de visión de Rosie. Con los ojos brillantes como las esmeraldas, Rosie abrió la puerta y entró.

-Creo que yo puedo ayudarte a decidir -murmuró con dulzura-. ¡Acércate a Constantine y te sacaré los ojos!

La mujer fingió asombro. Constantine se volvió, sus ojos inflamados de pura incredulidad.

-Y por lo que se refiere a ti -continuó Rosie, cruzándose de brazos, disfrutando con su actuación, fijando su atención en su falso marido-. Te sugiero que eches de esta casa a tu querida ahora

mismo. Yo nunca amenazo con algo que no puedo cumplir.

Constantine se quedó pálido al oír aquellas palabras. Sus ojos dorados brillaron, antes de que se le velaran y apretase la boca para contener su respuesta. Guardó silencio.

La mujer pasó al Iado de Rosie de forma provocativa. Era por lo menos quince centímetros más alta que ella. En un momento determinado, se detuvo, miró para atrás y, sonriendo de forma maliciosa a Constantine, le dijo:

-Puede sonarte un poco raro, dadas las circunstancias, pero tu mujercita me ha alegrado el día. No sé por qué tengo la sensación de que te va a cambiar la vida. Te va a hacer sufrir y te lo mereces.

Rosie observó su marcha, impresionada por la forma tan digna y fría con que lo hizo. Cuando la puerta se cerró, suspiró.

-Me alegro de que no le hayas roto el corazón. ¿Qué tal he estado?

-¿Que cómo has estado? -repitió furioso Constantine.

-¿He estado convincente en mi nuevo papel de esposa? Es decir, ninguna mujer permitiría una escena como ésa en su casa. Y tú me has dicho que tengo que actuar como si fuera tu mujer.

Constantine se dio la vuelta y apoyó sus manos en el respaldo del sofá. Rosie tenía la sensación de que todavía no se podía creer lo que acababa de ocurrir. Maldijo por lo bajo algunas palabras en griego. Y a continuación, dirigiéndose a ella, le dijo:

-¿Por casualidad te queda algo de sensatez en tu cuerpo?

Rosie movió en sentido negativo la cabeza.

-Por lo que a ti respecta, no. Estaba un poco preocupada por si me había confundido y esa mujer fuera muy importante para ti. Pero veo que no. Así que tampoco pasa nada.

-Lo hiciste a propósito. Yo no te he dejado que llames a ese cavernícola llamado Maurice, y para vengarte, has empezado a entrometerte en mi vida privada.

-Los hombres recién casados no tienen vidas privadas.

-¿Tú crees? -ronroneó Constantine como un gato salvaje, mientras daba vueltas a su alrededor, cerrando cada vez más el círculo-. ¿No formas parte tú de mi vida privada? ¿No me has obligado a que te reconozca como mi esposa?

-Constantine...

-¿Qué?

Rosie retrocedió unos pasos, sintiendo que el corazón se le iba a salir de su sitio.

-Creo que lo mejor es que me vaya a la cama.

-Y yo también -Constantine la apretó entre sus brazos y la levantó del suelo.

-¿Qué diablos estás haciendo? -gritó Rosie.

-Lo que tenía que haber hecho anoche -le contestó, subiendo las escaleras con mucha decisión.

-¡Bájame! ¿Te has vuelto loco?

-¡Es lo que estás pidiendo! -le contestó-. Te dejé en esa habitación para no caer en la tentación. He intentado guardar las distancias...

-Pues no parece que lo intentes de verdad -contestó Rosie-. Si no me sueltas ahora mismo, te juro que te pegaré.

-Tienes la boca muy grande -gruñó Constantine, en un tono tan grave que la hizo estremecerse-. ¿Por qué no me besas, en vez de hablar tanto?

-¡Porque no quiero besarte!

-¿No?

-¡Por nada del mundo lo haría!

Justo en ese momento, Constantine la besó en los labios y la cabeza le empezó a dar tantas vueltas que se tuvo que agarrar a él para no caerse. Todo su cuerpo se encendió. El cuerpo de él también ardía. Le puso la mano en la cara y echó la cabeza para atrás, mientras él le acariciaba el pelo y la besaba con tal intensidad que llegó a pensar se iba a quedar sin oxígeno. Pero no le importó, porque nunca antes había sentido tanto placer.

Completamente a oscuras, la dejó sobre la cama. Ella se quedó tumbada, jadeante, como un nadador a punto de ahogarse. La luz se encendió y Rosie parpadeó aturdida. Constantine se acercó a la cama y se tumbó a su lado, al tiempo que se quitaba su corbata de seda y la chaqueta. Encontró su mirada dorada y todo su cuerpo empezó a derretirse.

-No te quedes ahí parada, como si esto fuera un sacrificio -la recriminó-. No me dejes pensar. Sólo quiero sentir...

Cuando Constantine volvió, la abrazó. Rosie se dio cuenta de que él también estaba temblando. Aquello la hizo sentirse con más poder. Al percibir su olor corporal tan cerca perdió toda inhibición y le puso la mano en la cabeza.

Constantine acercó su boca y le puso la lengua entre sus labios de forma muy erótica. Ella se estremeció con violencia y acercó más la cabeza. Se besaron con tal intensidad que Rosie pensó que iba a parársele el corazón.

Constantine, al cabo de un rato, levantó la cabeza y le preguntó, de forma muy sensual:

-¿Qué, te gusta?

Rosie no encontró palabras para expresarle cuánto le gustaba aquello. Estaba perdida en otro mundo, en un mundo donde sólo existían las sensaciones. Él le aflojó el cinturón del albornoz y, con la lengua, le acarició uno de sus pezones. Ella arqueó su cuerpo, apretó los dientes y clavó las uñas en el colchón. Se estremeció y se quejó, sintiendo tal placer que lo único que podía hacer era temblar.

-Estás muy caliente -le dijo Constantine, acercándole su poderoso cuerpo y colocándole las manos en las caderas, forzándola a que entrara en contacto con su miembro. En ese momento ella, con una mano impaciente, le empezó a desabrochar el cinturón del pantalón.

De pronto, Rosie se puso en tensión. Se miró los pechos desnudos. Se sintió horrorizada, tanto como antes había estado excitada. Se levantó de la cama a tal velocidad, que no la podría haber ganado el mejor velocista del mundo.

-¡*Theos...*! -exclamó Constantine en griego. Rosie salió corriendo hacia el pasillo, como un conejo asustado. ¿Cómo le había permitido llegar tan lejos? Se habían estado dando gritos, y de pronto... Una maniobra típica de Constantine. Atacar el lado más vulnerable, para conseguir vencerla. Convertir una batalla dialéctica en una orgía sexual y luego dejarla, sintiéndose muy macho. Sintió un escalofrío y se dio cuenta de que el pasillo no tenía salida.

Constantine se detuvo a escasos metros de ella, en un punto iluminado por la luna. Rosie se pegó contra la pared, con los brazos extendidos, con cara de miedo.

-¿Qué diablos te pasa?

-No te atrevas a tocarme... -le advirtió, con voz temblorosa.

Constantine se la quedó mirando, clavando su incisiva mirada en su aterrorizado rostro.

-No soy un violador -la tranquilizó-. Puedo aceptar que me rechacen sin ponerme violento.

Temblando, sin saber si podía confiar en él, Rosie fue bajando poco a poco los brazos y se abrazó su propio cuerpo, consciente de que había actuado sin pensar. No era de extrañar que después de dejarse llevar a la cama y abandonarse de la forma en que lo había hecho, para después responder de aquella manera, él reaccionara con incredulidad.

-Ver a una mujer huir de mí, como si la fuera a atacar, es como diez duchas de agua fría -finalizó Constantine, abriendo las aletas

de su nariz.

-Yo no he pensado que tú... -empezó a decirle, con voz temblorosa.

-Sí lo has pensado. Nunca he tenido que usar la fuerza para lIevarme a la cama a una mujer. Y nunca lo haré -le aseguró Constantine.

-Yo te provoqué... Lo siento -murmuró Rosie, deseando que él se fuera y la dejara un rato sola, para recuperarse un poco.

-¿Por qué?

Aquella pregunta la enmudeció. Tan sólo había una respuesta, y no deseaba decírsela. Tragando saliva, murmuró:

-Te deseaba... -admitir la verdad era como beberse un vaso de veneno.

-¿Entonces... ?

Tenía la cara roja. Estaba casi segura de que brillaba, como una luz de neón, en la oscuridad.

-La verdad, no entiendo tu actitud. No sé cómo una mujer con tu pasado se pone tan nerviosa por estas cosas.

Rosie se imaginó diciéndole que era virgen, pero pronto descartó la idea. No la creería. No entendería lo difícil que era para ella dejarse llevar por aquellas reacciones sexuales que eran nuevas para ella.

Poniéndose colorada otra vez, Rosie abrió los labios y le dijo:

-Ni siquiera nos gustamos.

-Eso es precisamente lo más atractivo.

Constantine la observaba con unos ojos que brillaban como diamantes a la luz de la luna.

-Te gusta controlar y yo he descubierto el botón de tu autodestrucción. Seguro que con esa técnica controlaste a Anton y al «musculitos» con toda facilidad.

-¿Al «musculitos»?

-Maurice... él es el que te ha arrojado a mis brazos. ¿De verdad puede creer que vas a volver con él después de vivir conmigo y entrar en mi mundo?

-Yo no voy a vivir ni a estar contigo.

-Pero eso de salir corriendo es ya historia. Anton está muerto. Y tú eres la esposa de Constantine Voulos... por el momento. No tendré que esperar mucho para que vengas por tu propio pie a mi cama. Yo diría que eres físicamente incapaz de salir de ella.

Ya había desaparecido en la oscuridad, cuando Rosie le preguntó:

-¿Cómo vuelvo a mi habitación?

Constantine se dio la vuelta y empezó a reírse a carcajadas. Rosie se metió las manos en los bolsillos y sintió un odio profundo por él. En silencio, porque ella no podía articular una palabra, llegaron al pasillo.

-Ya sé dónde estoy.

-¿De verdad? -su tono tenía más de un significado.

Rosie se puso en tensión cuando sintió el brazo de él en su espalda. Levantando la mano, Constantine se enroscó uno de sus rizos en el dedo, observando la acción con cara de satisfacción.

-Aunque estés al borde de un ataque de pánico, piensa en las ventajas. Compláceme y nunca más tendrás que venderte a otro hombre mayor que tú otra vez.

Rosie se metió en su habitación dando tumbos, como si estuviera borracha. Todo su cuerpo temblaba. Habían pasado muchos años desde que se había sentido tan débil y sin poder a causa de una persona. Constantine lo había conseguido en tan sólo treinta y seis horas.

Había encontrado su talón de Aquiles. Había cometido una locura desafiando a un hombre tan sensual y con tanta experiencia como él. ¿Si terminaba en la cama con un hombre que la despreciaba, cómo se iba a sentir después? Era mejor pensar que podía resistir sus instintos más básicos.

Constantine era la tentación a la que no podía resistirse. A pesar de ser una persona ignorante, arrogante, machista y manipuladora. La había llamado muñeca de trapo, y ella había estado comportándose como una muñeca de trapo, como un juguete con el que se podía jugar cuando uno le apeteciera. Aunque en un par de ocasiones había conseguido vencerlo dialécticamente, el precio que había tenido que pagar había sido muy alto.

¿Por qué Anton no le había dicho nunca que Constantine podía ser tan impredecible? ¿O que debajo de esa ropa tan cara, se escondía el alma y el corazón de un macho primitivo y apasionado, que no sólo quería ganar, sino también dominar?

¿Y qué pasaba con las otras mujeres de su vida?

Louise, la querida, que aunque emocionalmente indiferente, se mostraba vengativa al comprobar que su sitio lo ocupaba otra. ¿Y dónde encajaba la a actriz italiana, Cinzia Borzone, que se suponía que era su único amor? Era evidente que Constantine no era un hombre de principios morales. Y también ella había estado a punto de caer víctima de su magnetismo sexual.

Era el momento de empezar a utilizar la cabeza. ¿Por qué tenía

que quedarse en Grecia? Sería una locura encontrarse otra vez con Thespina. Lo único que debía hacer Constantine era decirle que lo había abandonado. Que se había encontrado con su querida y que se había ido. ¿Ido, dónde? Rosie no tardó ni dos minutos en imaginarse el destino más deseado. Se iría a Mallorca, a ver Son Fontanal, antes de que Constantine lo pusiera a la venta.

Una hora más tarde, cargada tan sólo con la bolsa de equipaje, Rosie estaba descolgándose por el balcón de su habitación. Se agarró a la tubería del desagüe y bajó hasta el suelo sin hacer el menor ruido. Uno de los perros empezó a ladrar. Salió corriendo hacia el jardín, esquivándolo como si fuera un ladrón profesional. Oyó los ladridos de más de un perro a la vez. Su cuerpo empezó a producir adrenalina. Cuando llegó al muro que rodeaba la finca, se oyó una sirena y, de pronto, salió un hombre, casi de la nada.

Rosie se apresuró hacia el muro. El hombre se interpuso en su camino. Estaba a punto de pegarle una patada, pero cuando tosió, lo reconoció.

-¿Taki... ?

El hombre se quedó paralizado.

-Taki, por favor -suplico, cuando oyó que los perros se acercaban.

La ayudó a saltar el muro. De pronto, se oyó otra alarma. Rosie saltó a la carretera y fue a esconderse entre algunos arbustos. De pronto apareció un coche de policía que frenó justo al Iado de las puertas de hierro de la entrada. Rosie se alejó a todo correr por la carretera. Mientras corría, pensó que lo mejor era que Constantine diera a Taki otro trabajo, si estimaba en algo su seguridad.

¿Pero a ella qué más le daba? Bueno, a pesar de estar intentando alejarse de él todo lo que podía, no por eso deseaba que le pasara nada malo. Su padre lo había querido mucho. Y por lo que a ella se refería, Constantine le había robado el anillo y había roto el acuerdo. Estaba solo y sola estaba ella. Y eso era lo mejor para los dos.

6

-¿Pero dónde diablos estás? -le gritó Maurice al teléfono.

Rosie se apartó el auricular.

-En Mallorca

-¿Mallorca? ¿Y qué estás haciendo allí? ¡Por lo menos le podías haber dejado a ese tipo una nota!

-¿Desde cuándo sientes pena por Constantine? -le interrumpió Rosie.

-Desde que se mostró realmente preocupado por ti -le informó Maurice-. Estás en un país extranjero, no conoces el idioma, no tienes dinero y te marchaste en mitad de la noche.

-Tampoco es para tanto -contestó Rosie, sonrojándose.

-Constantine estaba como loco cuando vino, porque estaba seguro de que te iba a encontrar aquí, pero cuando descubrió que no estabas empezó a entrarle pánico.

-Es imposible que Constantine sienta pánico...

-¿De dónde sacaste el dinero para irte a Mallorca?

-Qué más da. Lo que quiero saber es...

-Dime dónde estás e iré yo también contigo.

-No seas ridículo...

-Estoy harto de que tanto Constantine como tú os comportéis como dos lunáticos. La última vez que lo vi, estaba movilizando a la policía griega para que te buscaran por todas partes. Si no me dices dónde estás, le diré que me has llamado desde Mallorca...

Cinco segundos más tarde, Rosie salió de la cabina de teléfonos sin saber todavía cómo se había enterado la prensa de lo de la boda. Le molestaba estar disgustada con Maurice, pero ya era hora de que se enterara de que había dejado de ser la niña de trece años que él había salvado de un intento de violación. Se subió a la motocicleta que había alquilado, tratando de no pensar en el estado tan delicado en que había dejado su cuenta de ahorros.

Salió del pueblo, todavía medio dormida, y subió por la sinuosa carretera de montaña, con sus peligrosas curvas y terroríficos precipicios. Saber que Constantine había ido a Inglaterra a buscarla la hacía sentirse perseguida. Aquello la puso furiosa. No hacía ni un mes que había conocido a aquel canalla y estaba actuando como si le perteneciera. Ella había cumplido el trato al que habían llegado, casándose con él, y no tenía ningún derecho a pedirle otro sacrificio.

Al mediodía, Rosie estaba observando una placa de hierro que

colgaba de unas puertas bastante corroídas por el óxido. Son Fontanal estaba sobre una colina muy empinada, rodeada de pinos. Media hora más tarde, después de dejar la motocicleta debajo de unos árboles, Rosie contemplaba boquiabierta el sitio donde su padre había nacido.

La casa tenía un tejado rojo y muros de piedra de color melocotón, las dos alas del edificio dedos pisos estaban unidas por una logia, sostenida por dos pilares cubiertos de jacarandá. En la parte sur se veía una serie de arcos alrededor de un jardín donde había palmeras. El conjunto era bastante viejo. Le faltaban algunas tejas y había algunas grietas en algunos muros.

Pero en absoluto era un edificio en ruinas, como Constantine había dicho.

Subió corriendo hacia la casa y se detuvo cuando estuvo en el patio de entrada. Había una señora mayor dormitando en una silla a la sombra que proyectaba la logia. Cuando Rosie se acercó, preguntándose cómo iba a presentarse, la mujer se despertó y la miró con cara de sorpresa. Pero inmediatamente su cara se dulcificó y le sonrió.

Levantándose con increíble vigor, abrió sus brazos, como esperando que Rosie fuera también a abrazarla.

-¿Señorita Estrada? -exclamó. Rosie se quedó anonadada, al oír que la llamaba por el apellido de su padre. La mujer empezó a hablarle en español, al tiempo que se acercaba y le besaba las mejillas. Las lágrimas aparecieron en sus ojos negros. Del bolsillo de su delantal sacó una foto arrugada.

-La hija de Antonio -suspiró, enseñándole la foto, en la que estaban Anton y Rosie juntos-. Yo soy Carmina...

Carmina había sido la niñera de su padre. Rosie se dio cuenta de que no hacía falta presentarse. Aquella señora sabía perfectamente quién era. Cuando Anton había comprado Son Fontanal, había descubierto que Carmina todavía vivía allí y, dejándose llevar por la emoción, le había confesado que tenía una hija. Rosie se sintió también emocionada al ver que su padre le había hablado por lo menos a una persona de su existencia.

La señora se metió otra vez la mano en el bolsillo y sacó un trozo de periódico y movió en sentido negativo la cabeza.

-No señorita... señora -recalcó Carmina sonriendo-. Señora Voulos, ¿no?

Rosie la miró con cara de incredulidad. A pesar de estar en otro país, no podía librarse de Constantine, ni de las consecuencias de aquella estúpida ceremonia. Hablando una mezcla de español y de

inglés, Carmina se interesó por su esposo. Casi en ese mismo momento se oyó un ruido, procedente del camino por el que acababa de subir. Frunciendo el ceño, miró en esa dirección.

De pronto apareció un helicóptero en el cielo azul. Rosie lo vio dar vueltas, intentando encontrar un lugar donde aterrizar. Aterrizó a unos veinticinco metros de la casa, sobre una planicie. Incluso antes de que las hélices pararan de girar, salió un hombre muy alto.

Constantine se acercaba a ella a grandes pasos. Rosie, al tratar de retroceder unos pasos, se tropezó y cayó al suelo.

-Yo... -empezó a decir, en un tono de voz extraño hasta para ella misma.

Constantine, sin mediar la menor palabra, se agachó y la levantó en sus brazos. Rosie no pudo abrir la boca.

-Lo que te tengo que decir, no se puede decir en público -le dijo Constantine-. Y aquí la tradición es cruzar la puerta de la casa con la novia en brazos.

Rosie, con las mejillas encendidas, le gritó:

-¡Bájame ahora mismo! -exigió Rosie, pegándole puñetazos en la espalda.

-Así no lo vas a conseguir, muñequita de trapo...

-No me llames eso. ¡Lo odio! -le gritó, mientras él subía por las escaleras de piedra.

-Eso es lo que eres. Si yo fuera el marido que te mereces, te sacaría el relleno de dentro.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Rosie.

-Que tengo que pensar en otro método de castigo. Y he tenido bastante tiempo para pensar en las posibilidades -murmuró Constantine mientras abría con el pie la puerta-. En tres días, que han sido una pesadilla, he volado de Atenas a Manchester, de Manchester a Londres y de Londres a Atenas. Y desde a Atenas a Palma. Quiero que alguien pague por tanto viaje.

-No sé por qué te has molestado...

-¿Quieres saberlo? -Constantine la bajó al suelo. Cuando cayó, la sujetó con sus manos, colocándoselas debajo de las axilas. La miró fijamente a los ojos y Rosie no se atrevió ni a moverse.

-No... -susurró, con la boca seca.

-Te voy a enseñar cómo tratan los maridos griegos a las mujeres que huyen de su lado...

-Yo no soy tu mujer... -le aclaró Rosie, haciendo un esfuerzo por hablar, porque tenía el cerebro abotargado. El olor de su cuerpo flotaba en el aire, y cuanto más lo aspiraba, más mareada

se sentía.

La mirada de Constantine adquirió un tono dorado. Murmuró algo en griego y la puso en la cama, la cual había pasado desapercibida para ella. Rosie se incorporó con dificultad, porque ni sus brazos, ni sus piernas respondían a las órdenes que enviaba su cerebro.

Constantine le agarrró una mano, le acarició el dorso y le dijo:

-Quédate aquí.

Rosie permaneció inmóvil. Con los ojos como platos, lo observó quitarse la corbata, la chaqueta y la camisa. Sintió la lengua pegada al paladar. El cuerpo le empezó a temblar. Toda su atención se concentraba en el pecho desnudo de Constantine.

Le era difícil respirar, y más difícil aún mantener sus manos quietas, porque lo que más deseaba en esos momentos era tocar y explorar con sus dedos esa piel dorada, explorar su abdomen y la mata de vello que empezaba justo debajo de su ombligo.

Cuando empezó a quitarse la ropa, Rosie se dio cuenta de que estaba mirándolo con la boca abierta, como si estuviera contemplando un espectáculo de desnudo.

-Quítate la ropa -le dijo Constantine. Rosie giró la cabeza, para que él no viera que se había puesto colorada. Él tenía un cuerpo precioso, pero no tanto como para quedarse anonadada. Lo peor de todo fue darse cuenta de la sensación de humedad que sintió en un sitio de su cuerpo en la que no quería ni pensar. ¿Qué le había dicho?

Se lo repitió otra vez. Volvió la cabeza y lo miró.

-Está bien -le dijo Constantine con impaciencia y se acercó a ella.

-¿Qué estás haciendo? -le gritó Rosie, cuando vio que le quitaba la camiseta y le ponía una mano en la cinturilla de sus pantalones. Más preocupada por cubrirse sus pechos desnudos con las manos, no supo cómo reaccionar cuando él le quitó los pantalones y la ropa interior. Empezó a dar patadas para quitárselo de encima.

Constantine le agarró la mano y se la sujetó. Apartó la sábana y se metió en la cama con ella, colocándole la otra mano debajo de su cintura, atrayéndola, para que sintiera el contacto ardiente de su masculinidad. Rosie se puso rígida.

-¡En cuanto pueda salir de esta habitación, iré a la policía a denunciarte! -gritó Rosie, cuando pudo introducir aire en sus pulmones.

-No se te olvide decirles que soy tu marido. Ya verás cómo se

parten de risa...

-¡Tú no eres mi marido! -le espetó Rosie, con renovado vigor-. Y como se te ocurra ponerme una mano encima...

-Cállate y duerme.

-¿Dormir? -le preguntó Rosie, sintiendo contra su cadera su miembro en erección.

-No he dormido más que un par de horas en los últimos tres días. Cuando yo duermo, tú también tienes que dormir -le ordenó Constantine, en un tono muy grave.

Rosie trató de moverse, pero él la tenía aprisionada bajo su brazo. Giró la cabeza y lo observó. Los ojos se le estaban cayendo de sueño. Estaba muy pálido. Recordó los vuelos que había hecho en tres días y se sintió un poco culpable.

-Parece que no te fías mucho de mí -le dijo ella-. Te prometo que estaré en la casa cuando despiertes.

Aquello no pareció convencerlo mucho. Le metió la otra mano por debajo de su cuerpo y tiró de ella.

-¡Constantine...! -gimió Rosie, cuando sintió que sus pechos se aplastaban contra el de él.

-Si no me dejas dormir, puedo ponerme meloso -le advirtió-. Me gusta hacer el amor antes de dormir. El sexo es un gran antídoto contra la tensión.

Rosie se quedó tan quieta como una estatua, escuchando los latidos de su corazón y el sonido de su respiración. Se quedó dormido sujetándola contra sí en un abrazo. La había metido en la cama para que no se escapara y estaba dormido como un tronco.

Rosie estaba confusa, algo que ya era normal cuando Constantine estaba cerca. Se había marchado de Grecia porque sintió pánico. Al recordarlo, su cuerpo se estremeció. Constantine apretó los brazos. Incluso dormido reaccionaba al menor movimiento. Tenía los pezones duros y se sentía muy excitada.

Cuando Constantine le había quitado la ropa, ella no había sentido miedo. Lo peor de todo era que cuando él le dijo que quería dormir, ella se había sentido decepcionada. Y lo más peligroso era que se sentía culpable al verlo tan cansado. ¿Cómo podía sentirse culpable por un hombre al que odiaba?

Cuando se despertó, Rosie levantó un poco la cabeza de la almohada a la que estaba abrazada y miró a Constantine. Estaba vestido y de pie al lado de la cama. Tenía un aspecto increíble.

-¿Qué hora es? -murmuró ella, un poco desorientada y desconcertada al darse cuando de que se había quedado dormida en sus brazos. La verdad era que no había dormido mucho, pero aquello no era excusa para relajarse hasta tal extremo.

-Son las tres de la tarde. Hora de levantarse. Están haciendo la comida.

-¿Quién, Carmina? -preguntó, bostezando.

-Como sabía que sólo había una persona al cargo de esta casa, he traído a algunos de mis criados aquí -le contestó Constantine-. Puesto que hay pocas habitaciones en condiciones de ser usadas, se están alojando en las cabañas que hay en la propiedad.

Rosie se incorporó, cubriéndose con la sábana. Constantine la miró.

-¿Cómo supiste dónde estaba?

-No fue muy difícil descubrirlo. ¿Has venido hasta aquí por razones sentimentales?

-Pensé que aquí no me ibas a encontrar -Rosie bajó la cabeza y cerró los ojos.

-¿Dónde está tu anillo de casada? -le preguntó Constantine con tanta brusquedad que se asustó.

-Me lo quité.

-Pues póntelo otra vez -le ordenó Constantine.

-No puedo... -le contestó, encogiéndose de hombros-. Lo tiré antes de tomar el avión para Palma.

Constantine aspiró y soltó el aire poco a poco. Rosie pensó que aquello lo hacía para tranquilizarse. Debía de estar costándole un gran esfuerzo, a juzgar por la expresión en su mirada.

-No pensé que fuera a ponérmelo otra vez -protestó ella.

-Cuando te vistas, baja y hablaremos de ello -le dijo Constantine, mientras caminaba hacia la puerta-. Además, me debes una disculpa por la forma en que huiste de mi casa.

-Pues espera sentado -respondió Rosie-. Porque no soy muy buena disculpándome.

-Ya aprenderás -replicó Constantine, con los dientes apretados.

Constantine parecía más testarudo que ella. Haciendo una mueca salió de la cama. Al Iado de aquella habitación con pocos muebles, había un cuarto de baño. En él podía caber toda una familia. Pero no salía agua caliente.

Cuando terminó, estaba tiritando de frío. La culpa la tenía Constantine, que había consumido todo el agua caliente. Tampoco quedaban toallas secas, porque las dos que había estaban tiradas sobre el suelo, completamente mojadas. Tendría que ponerse la

ropa sucia e ir a la parte de arriba, donde había dejado la maleta, a sacar ropa limpia. Pero cuando salió a la habitación, no encontró ninguna de las prendas que Constantine, horas antes, le había arrancado de su cuerpo.

Se tapó con una toalla muy pequeña, abrió la puerta del dormitorio y gritó:

-¡Constantine!

Dejó pasar un minuto. Empezó a golpear el suelo con la punta de sus dedos. Gritó de nuevo. Se oyeron pasos subiendo la escalera. Rosie sonrió y se cruzó de brazos. Pero no era Constantine. Había enviado a Dmitri a ver lo que quería. Furiosa, se ocultó tras la puerta para que no la viera.

-El señor Voulos no está acostumbrado a que nadie le llame a gritos -le dijo Dmitri-. De hecho eso le pone de muy mal humor.

-Siempre está de mal humor -se quejó Rosie.

-Es que está muy apenado por la muerte del señor Estrada.

Aquel comentario la hizo sonrojarse. En ningún momento se había puesto a pensar en el efecto que había tenido en Constantine la muerte de su padre.

-¿En qué puedo ayudarla? -le preguntó Dmitri.

-En nada, déjalo -Rosie cerró la puerta y se sentó en el borde de la cama.

Desde la muerte de su padre ella también había estado de muy mal humor, y había pasado muchas noches sin dormir. Algunas veces, había querido decirle algo a Anton, y de pronto se daba cuenta de que ya no estaba a su lado y que nunca más lo iba a estar. Para Constantine, después de veinte años, aquel sentimiento debía ser mucho peor.

Una criada llamó a la puerta y entró en la habitación, arrastrando dos pesadas maletas. Las dejó sobre una silla y salió de la habitación otra vez. Un segundo más tarde, entró Constantine con dos maletas de cuero.

-Parece que te vas a instalar aquí. ¿Cuándo me devuelven mi ropa, para trasladarme yo a otra habitación? -le preguntó Rosie.

-Ésta es tu ropa -respondió Constantine-. Te la he comprado en las horas muertas, entre vuelo y vuelo.

-¿Y por qué me has comprado ropa?

-Porque no tienes nada elegante que ponerte. Considéralo un regalo.

-Muchas gracias. Eres muy generoso, Constantine. Pero preferiría que me devolvieran mi ropa.

-No. ¿Por qué te crees que te la quité?

-¿Quitármela? Me la arrancaste.

Constantine la miró y apretó sus labios de forma muy sensual.

-No me gusta que lleves ropa que te ha comprado otro.

-Pues he de informarte que lo que llevaba me lo compré yo cuando llegué a Palma.

-Sabes muy bien a lo que me refiero -la recriminó muy enfadado-. El vestido que llevabas en el hotel te lo compró Anton, ¿no es cierto?

Rosie asintió.

-Pues por eso lo he tirado. No puedo soportar la idea de que fuiste también su mujer -gruñó Constantine, furioso por tener que explicar su conducta.

-Aparte de que no soy la mujer de nadie...

-Ahora eres mi mujer.

-¿Cómo has dicho?

-Anton te entregó a mí.

-Repite eso otra vez -sugirió Rosie, enfurecida por aquellas palabras.

-Y me tengo que hacer responsable de ti, tendrás que cumplir mis deseos de ahora en adelante.

-Yo no cumplo los deseos de nadie, Constantine.

-Lo harás conmigo.

-¡Quiero que me devuelvas mi ropa! -gritó Rosie, poniéndose en pie como un resorte, sin soportar más su mirada.

Constantine estiró un brazo para tocarla.

-Te odio. ¡No me toques!

Le puso las manos en la cara y la miró con actitud desafiante.

-Cuando me desperté, estabas agarrada a mí como una lapa. Te tuve que poner la almohada para que te agarrases a ella.

-¡Si no fueras tan grande, te rompería los dientes!

-Ya estás aprendiendo. Hace sólo una semana, me habrías atacado -murmuró Constantine con satisfacción.

Rosie se estremeció de pura rabia y confusión. Constantine le acarició el pelo y la miró con una intensidad desconcertante.

-Podrás morderme todo lo que quieras esta noche, muñequita de trapo. Me gustan las novedades en la cama.

Cuando cerró la puerta, Rosie se agarró a la cama, para no caerse. Seguro que estaba bromeando y que en realidad no quería decir que quisiera hacer el amor con ella esa noche. Pero lo único que tenía que hacer era negarse. ¿Lo único? No iba a ser nada fácil decirle «no» a Constantine.

¿En qué había quedado su deseo de lograr una relación más

civilizada con él? En treinta segundos la había sacado de sus casillas otra vez. ¿Por qué le había comprado toda aquella ropa? El día en que se casaron, Constantine había protestado porque no se puso uno de los vestidos que le había regalado Anton. Y ahora le molestaba que se los pusiera.

Parecía que tenía que sentirse ofendida por ponerse las prendas que Anton le había regalado. Empezó a dolerle la cabeza. Aquella situación la desbordaba.

7

Rosie empezó a sudar cuando entró en el comedor y vio aquellos descomunales muebles. Constantine la miraba. ¿Por qué la miraría como si ella le perteneciera?

-Sabía que el color de ese vestido te haría juego con ese pelo tan precioso que tienes.

Rosie se sonrojó al oír el piropo. Había elegido un vestido verde de verano, que se ajustaba a su cuerpo y destacaba todas sus curvas.

-¿Por qué te has traído a los criados? ¿No pensarás quedarte mucho tiempo en una casa que decías estaba en ruinas?

-Hay una parte de la casa que está inhabitable, pero creo que podremos arreglarnos en esta parte unas cuantas semanas...

-¿Unas cuantas semanas?

-¿Por qué no? A nadie le puede extrañar que una pareja de recién casados busque la soledad en una isla -respondió Constantine, mirándola de forma indolente.

-¿Por qué te empeñas en seguir recordándome esa estúpida ceremonia? -le espetó Rosie.

-Creo que ya es hora de que firmemos una tregua -respondió, con un brillo un tanto desconcertante en sus ojos.

-¿Una tregua? -repitió Rosie.

Constantine respiró con impaciencia.

-No creo que te extrañase mi reacción cuando leí el testamento de Anton. Es posible que fuera un tanto desmedida, pero has de comprender que Anton era para mí más que un padre. Además, no me imaginaba que pudiera tener otra mujer en su vida.

-No la tenía. ¿Cuántas veces te lo tendré que decir? ¡Yo no era su querida! Tú estuviste en aquella casa. ¡Debes haberte dado cuenta de que teníamos habitaciones separadas!

Constantine se encogió de hombros y le contestó:

-A mí no me interesa si dormíais o no dormíais juntos.

-Pero...

-Yo, por ejemplo, no he dormido nunca toda una noche con una mujer. ¿Crees que por eso no hago el amor con ellas? -le dijo en tono irónico.

Rosie sintió aquel comentario como un puñal en su espalda.

Apartó su mirada de él, pero no pudo por ello dejar de imaginárselo en los brazos de su amada Louise.

-Eres como una piedra -le condenó Rosie-. En cuanto consigues lo que quieres, te marchas. Debería darte vergüenza admitirlo.

Constantine apretó los labios y le contestó:

-El sexo es un intercambio de placer físico...

-¡Eso es, sin afecto, sin sentimientos! ¡No me extraña que a Anton le molestase tu actitud hacia las mujeres!

Constantine se quedó pálido.

-¡*Christos...*! -exclamó, tratando de calmarse-. No veo que haya nada malo en mis opiniones.

-Pero te olvidas del amor.

-Yo nunca he estado enamorado... -le respondió Constantine, mirándola con impaciencia-. Ahora bien, si me apetece estar con una mujer, me siento atraído...

-Será mejor cambiar de conversación -Rosie levantó el tenedor y el cuchillo, para empezar el primer plato. No le apetecía mirar a Constantine. ¿Sería verdad que nunca había estado enamorado? ¿Ni siquiera de Cinzia Borzone? Seguro que no podría reconocer ese sentimiento, a menos que se lo vendieran caro y se lo ofrecieran por su teléfono móvil.

Su mirada se desvió del plato de comida al anillo que había sobre el mantel blanco. Dejó caer el cuchillo y el tenedor, cuando vio el anillo de los Estrada.

-¿Por qué me lo devuelves?

-Yo sólo he hecho de mensajero. Te lo dejaste en Inglaterra.

-La última vez que vi este anillo estaba en mi joyero.

-No lo creo. Maurice lo encontró en el alféizar de la ventana de la cocina.

Rosie se sonrojó cuando se puso el anillo en el dedo.

-No me acuerdo de haberlo dejado allí. No me acuerdo siquiera de haberlo sacado del joyero. Perdona por acusarte de habérmelo quitado -murmuró en voz baja.

-También me dijo que él era el responsable de ese artículo que apareció en el periódico.

-¡No!

Constantine la observó con ojos incisivos y fríos.

-No entiendo cómo eres tan ingenua en algunas cosas -musitó él-. Le dejaste a Maurice en posesión de una noticia que vale un montón de dinero. Y lo que hizo fue venderla.

-¡Eso no es cierto!

-Él lo admitió -replicó Constantine, mirándola a los ojos-. Y

perdona tú también por echarte la culpa a ti.

-No importa -contestó ella, inclinando la cabeza.

-A mí sí me importa -murmuró Constantine-. Te juzgué mal. ¿Pero por qué me hiciste creer que tú eras la que había dado la noticia a la prensa?

-Yo... yo... -tartamudeó Rosie.

-Todo lo que haces parece que lo haces para proteger a un hombre que te ha traicionado -comentó él con desprecio.

Rosie se levantó.

-No tengo más hambre -murmuró y salió de la habitación tan rápidamente como pudo.

No podía creerse que Maurice hubiera sido capaz de traicionar su amistad por dinero. Sabía que para él era muy importante el dinero, que era una persona muy ambiciosa, pero su negocio le iba bien. Con lágrimas en los ojos, entró en una habitación en la que había empleados descargando material de oficina. Salió al patio. También estaba lleno de gente. Salió corriendo, pasando al lado del camión del que estaban descargando cosas, y buscó refugio, como si fuera un animal herido.

Empezó a sollozar. Se tapó la cara con las manos. De pronto, sintió unas manos en sus brazos que la obligaron a darse la vuelta. Se puso muy tensa y un escalofrío recorrió su espalda.

-No te asustes, soy yo -murmuró Constantine, como si lo más natural del mundo fuera que él la abrazara para tranquilizarla-. Ya sé que duele cuando la gente te decepciona...

-Es la única persona en la que he confiado, aparte de Anton -le dijo Rosie entre sollozos.

Constantine bajó los brazos y ella se dio la vuelta al instante.

-¿Desde cuándo conoces a Maurice?

-Desde que tenía trece años. Fue algo extraño -susurró, mientras recordaba-. Antes de conocerlo, me asustaba más que los otros chicos que había en el orfanato.

-¿Qué orfanato?

-Cuando murió mi madre, mi padrastro me metió en un orfanato.

-¿Por qué? -le preguntó Constantine.

-Porque no era su hija. Descubrió que mi madre estaba embarazada de mí, después de casarse con ella.

-¿Pero por qué no se divorció cuando se enteró? -le preguntó Constantine.

Rosie apretó los labios. Tony Waring había sido el primer novio en serio que había tenido su madre. Le había pedido que se

casaran antes de que ella se marchara a Londres a buscar trabajo de secretaria. Cuando ella volvió y le dijo que se quería casar con él, se puso tan contento que ni siquiera le preguntó el porqué de aquel cambio de actitud.

Su madre le había contado aquella historia muchas veces, para que entendiera que la actitud de su padrastro hacia ella estaba justificada.

-La amaba, pero nunca le perdonó lo que le hizo -murmuró Rosie-. Después, tuvieron dos hijos. Así que cuando ella murió, él decidió deshacerse de mí.

-¿Cuántos años tenías?

-Nueve. Pasé por muchos sitios. De todos me escapaba, así que me consideraban una niña difícil. El sitio al que me llevaron al final era bastante más duro que los anteriores.

-¿Allí conociste a Maurice?

-Lo habían llevado allí para que estuviera cerca del hospital donde estaba su madre. Tenía una hermana, que ofrecieron en adopción. Pero nadie quiere adoptar a adolescentes. Prefiero no hablar de estas cosas... -Rosie empezó a alejarse, sin comprender todavía el porqué le había confesado a Constantine cosas tan íntimas, que a él nada le podían importar.

-Parece que quieres mucho a ese payaso -comentó Constantine con salvaje incredulidad-. Es un desgraciado que te vendería por horas, si pudiera hacerlo.

Rosie se dio la vuelta, con lágrimas en los ojos.

-¿Cómo te atreves a decir eso?

-Pues ya ves que no ha dudado un minuto en entregarte. ¿Se preocupó por saber cómo era yo? ¿O cómo te iba a tratar cuando esto terminara?

-Eso no es cierto... -contestó Rosie, con voz temblorosa.

-¡Di una palabra más en su defensa y te juro que me voy a Londres y le hago picadillo! -gritó Constantine con tanta violencia, que ella se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos-. Y antes de que me preguntes por qué no lo hice antes, recuerda que sabe toda la historia, y no sólo lo que han publicado. No quiero despertar una mañana y ver que todo el mundo está enterado de tu sórdida relación con Anton.

Constantine empezó a caminar con paso decidido. De pronto, se dio la vuelta, se acercó a ella y la agarró de la mano.

-Y ahora vas a entrar a terminar de comer...

-No.

-No puedo dejar a mi esposa en el jardín lloriqueando, para

que la vean todos mis criados.

-¿Por qué estás tan enfadado?

-Eso es una pregunta un poco estúpida. De hecho creo que es la pregunta más tonta que me han hecho nunca.

Constantine se sacó del bolsillo un pañuelo blanco y le secó sus húmedas mejillas. Rosie se quedó mirándolo con asombro.

-Oh, ya -murmuró, sintiéndose cada vez más confusa-. No quieres que este matrimonio se acabe tan pronto...

En respuesta, Constantine inclinó un poco la cabeza y le dio un beso apasionado en la boca. Rosie sintió que todas y cada una de las células de su cuerpo se encendían. Cuando él apartó la cabeza, Rosie se quedó mirándolo a los ojos.

Constantine respondió a su mirada con un comentario un tanto desconcertante.

-Esta noche iremos a cenar a Formentera. Así los criados tendrán tiempo para ordenar todo un poco.

Vestida con un sofisticado vestido color gris perla brillante, Rosie se quedó un tanto asombrada al comprobar que todo aquel lujo le gustaba. El hotel era fabuloso. Incluso creía haber reconocido a un par de caras famosas. Pero Constantine era, con diferencia, el más guapo de todos. Tenía un cuerpo espectacular, una piel dorada increíble y unos ojos negros con cejas larguísimas, que dejaban sin respiración. Todas las mujeres lo miraban. Lo sorprendente era que estuvo todo el tiempo halagándola y prestándole toda su atención. Ni siquiera miró a una rubia impresionante que había hecho girar la cabeza a todos los hombres que había en el salón.

-Estás muy callada -murmuró Constantine. Le costó un mundo apartar su mirada de él. Furiosa consigo misma, Rosie se entretuvo mirando el reflejo de la vela en el anillo de platino que él le había dado para sustituir al que ella había tirado. Frunció el ceño. ¿Por qué estaba tan cariñoso con ella?

Rosie miró la copa de champán y suspiró.

-Estaba pensando en Maurice -mintió, un poco asombrada de haberse olvidado de lo que tan sólo hacia unas horas le había dolido tanto.

-¡*Theos*...! -suspiró Constantine con impaciencia-. ¡Otra vez no!

Rosie echó la cabeza para atrás y le respondió:

-Puede que no tenga tu educación, ni tu posición social, pero

Maurice siempre está cuando lo necesito.

-Sólo cuando esa necesidad no entra en conflicto con su avaricia -replicó Constantine, apoyándose en el respaldo de su silla.

-No puedes esperar que una persona te anteponga a todo. Ni siquiera Anton lo hacía -contestó Rosie con dificultad-. Pero cuando yo lo necesité, Maurice no me abandonó... -se echó un poco más de champán en su copa.

-Te escucho -comentó Constantine. Rosie tragó saliva.

-Cuando tenía trece años, dos chicos me metieron en una habitación e intentaron violarme. Maurice se lo impidió y se enfrentó a los dos.

Constantine se puso pálido. Guardó silencio y torció un poco la boca.

-¿Tengo que empezar a llamarlo San Jorge? Antes de decidirlo, podías responderme a una pregunta. ¿Cuánto tiempo tardó en conseguir lo que los otros querían conseguir por la fuerza?

Rosie se encogió como si la hubiera pegado.

-¿Es así como habrías actuado tú?

Al darse cuenta de su desconcierto, Constantine frunció el ceño, estiró una mano y apretó sus dedos.

-Rosie, yo...

Rosie apartó la mano y respondió:

-Yo le recordaba a su hermana. Cuando era un niño, tuvo que cuidar de Lorna, porque su madre era alcohólica. Luego, Lorna fue adoptada y a Maurice lo abandonaron. Le dejaban visitar a su hermana, pero no era lo mismo. Por eso salió en mi defensa aquella noche.

Se levantó y salió del comedor, con lágrimas en los ojos. Cuando llegó al vestíbulo, sintió una mano en la muñeca.

-Rosie...

-¡Constantine! -se oyó el chillido de una mujer. Constantine se quedó clavado en su sitio y volvió la cabeza. Una rubia impresionante, con un vestido negro increíblemente corto, lo miraba, con cara de satisfacción.

-¿Cuánto has llegado? -le preguntó, apartándolo de Rosie y dándole un beso en la boca-. ¿No te recuerda esto a Montecarlo, querido? -le preguntó, mientras le quitaba una mota de polvo de su chaqueta.

Constantine se apartó de ella un poco y miró con ojos expectantes a Rosie.

-Justine, te presento a mi esposa, Rosalie -le dijo.

-No te preocupes por mí -respondió Rosie, poniendo voz muy dulce-. No soy posesiva.

-¿Te has casado? ¿Tú? -le preguntó Justine muy sorprendida, mirando por primera vez a Rosie-. ¿Con ella? ¿Por qué?

-Si quieres, te lo puedo prestar -le dijo Rosie, sonriendo, aunque por dentro ardía de rabia. Se dio la vuelta y salió a tomar un poco de aire fresco. Sintió que la cabeza le daba vueltas. Pensó que había bebido demasiado champán.

Al cabo de los pocos segundos, Constantine llegó a su lado y la agarró del brazo.

-¿Cómo te atreves a referirte a nuestro matrimonio y a mí en esos términos? -la recriminó, con los dientes apretados.

-Pongamos las cosas claras, Constantine... -Rosie se encaró, con la cara roja de ira-. Nosotros no estamos casados, ¿lo entiendes? Si alguna vez me caso, me casaré en una iglesia y con un novio que me guste y respete. No con un cerdo hipócrita, insensible.

-¡A mí no me hables así! -le gritó Constantine.

-¡Tu gusto por las mujeres es penoso! -continuó

Rosie, incapaz de contener la necesidad de darle su opinión-. ¿Para qué te has molestado en ser amable conmigo toda la noche? ¡Seguro que te lo pasas mejor en Montecarlo, querido Constantine! ¡Eres un mujeriego!

-¿Hablas en serio? -gritó Constantine.

-Sí hablo en serio, querido -contestó Rosie, imitando la voz de la rubia.

El destello de una cámara de fotos cegó sus ojos. Cuando logró enfocar su mirada, vio a un hombre corriendo con una cámara. Constantine aprovechó el momento para agarrarla con sus manos y darle un ardiente beso en la boca. La cabeza empezó a darle vueltas. Le puso la mano en la cabeza y le metió los dedos entre su pelo negro. Lo deseaba, lo odiaba, lo quería, lo necesitaba con una pasión descontrolada.

De pronto, se encontró en el coche, sin acordarse siquiera de lo que había pasado hasta llegar allí.

-Sé que te ofendí y te enfureciste justificadamente, pero salí del comedor para disculparme -confesó Constantine.

-¿Sí? -le dijo Rosie, temblando y hecha un manojo de nervios. Tenía que reconocer que se había puesto celosa. ¡Por primera vez en su vida! Las insinuaciones de Justine le habían hecho perder la cabeza. Y los paparazzi habían aprovechado para sacarles una foto justo en el momento que estaban peleándose.

-Te comportaste de una forma -Constantine buscó la palabra

correcta.

-Penosa -le dijo Rosie-. De todas maneras tenemos que ver el lado positivo de todo esto...

-*¡Christos!*... hablas como Anton. Se nos ha caído el techo encima y nos tenemos que alegrar de que todavía tengamos las cuatro paredes.

-Si publican esa foto, se acelerará el proceso de separación, ¿no?

Constantine frunció el ceño.

-¿Separación?

-El final de este matrimonio. Es decir, somos tan distintos que nos estamos peleando ya a los pocos días de habemos casado. No tendremos que esperar dos meses para obtener el divorcio- señaló Rosie, poniéndose tensa.

-Siempre hay una pega en todo.

-Yo creo que tú eres el que has confundido las cosas -Rosie se sintió deprimida.

-¿Tú crees?

Los dos permanecieron en silencio.

-Cuando te pregunté cuánto tiempo habías estado liada con Maurice, te lo dije sin pensarlo. La verdad, no pretendía ser tan grosero -le dijo Constantine-. Cuando me contaste que habían intentado violarte, me quedé muy sorprendido. Sin embargo, aparte del acto de galantería que hizo en su momento, no creo que Maurice sea tu salvador. Yo creo más bien que se ha aprovechado de tu gratitud.

-Yo no he tenido ninguna relación íntima con Maurice -le contestó Rosie, mordiéndose el labio.

-Ni la vas a tener, porque cuando nos separemos me aseguraré de que no te vayas a su lado. No te conviene.

-Tengo veinte años, no diez, Constantine.

-Pero sigues mintiendo como una niña -el coche se detuvo frente a Son Fontanal-. ¿De verdad piensas que me puedo creer que no te acostaste con ninguno de los hombres con los que has estado viviendo? ¿O que Anton me obligase a casarme contigo si no estuvieras embarazada?

-¡No me llames mentirosa! -Rosie salió del coche y se fue corriendo hacia la casa.

-Tan sólo me consuela una cosa -le dijo Constantine, poniéndose a su lado en el vestíbulo-. Si Anton te hubiera dejado embarazada, me habría visto obligado a estar contigo el resto de mi vida.

-Eso es una tontería.

-¿Tontería? -replicó Constantine, frunciendo el ceño-. En cualquiera de esas circunstancias hubiera sido una cuestión de honor aceptar la obligación que me asignó.

-Pero eso es espantoso... -exclamó Rosie.

-Para ti, puede -replicó Constantine-. Pero Anton fue la persona que me crió y yo le tenía un gran respeto. Le debo mucho. Fue un hombre que se preocupaba mucho de su familia y tenía un gran sentido de la lealtad.

Rosie se quedó mirándose los pies y sonriendo. De repente, se alegró de no haberle repetido que ella era hija de Anton.

-¿Quieres decir que te habrías casado con una mujer sin conocerla y habrías seguido casado si Anton te lo hubiera pedido? -le preguntó.

-Me he casado con una mujer que no conocía... tú fuiste la que empezaste a ser más familiar y a la vez más desconocida cada minuto que pasaba en tu compañía -confesó Constantine-. No te entiendo, y no me quedaré satisfecho hasta entenderte.

Rosie se apartó unos pasos. No lo estaba mirando. Era una actitud defensiva, pero que no parecía funcionar en aquellos momentos. Con tan sólo oír su voz se acaloraba.

-Mírame... -la invitó Constantine, con voz muy dulce.

-Creo que...

-Yo no soy un mujeriego.

-Si tú lo dices.

-Estuve saliendo un tiempo con Justine cuando tenía veintiún años.

-¡Debiste de impresionarla bastante!

-Mi dinero fue lo que la impresionó más -Constantine se acercó a ella con movimientos gráciles, como el de un león dispuesto a atacar a su presa-. Pero tú no funcionas así. Una respuesta nueva y sorprendente.

-¿De verdad? -Rosie dio dos pasos hacia atrás, agarrándose a la balaustrada para no caerse-. ¿Por qué te sorprende?

-Porque si fueras una mujer avariciosa, habrías fingido que te atraía. Habrías estado dispuesta a acostarte conmigo, sólo para sacar algo de esa intimidad -le respondió Constantine, sonriéndole de forma devastadora-. Porque no caíste en la tentación de pensar en lo que esta relación te podría reportar.

-Constantine -le dijo Rosie, retrocediendo, sin poder apartar su mirada de sus ojos-. ¿No te has parado a pensar que puedo ser la típica pérfida mujer que sabe que a los hombres les gustan los

desafíos?

-Puede ser eso -replicó él-. ¿Por qué si no estás siempre peleándote conmigo?

-Porque... porque... -Rosie intentó encontrar respuesta, mientras se agarraba a la barandilla y subía unos escalones. Podría haber perdido el equilibrio, si no hubiera sido porque Constantine le sujetó las manos-. Porque me pones furiosa. ¡Por eso me peleo contigo!

-Te peleas conmigo -Constantine le respondió-, para mantenerme a raya. Pero has utilizado esa táctica demasiadas veces. Es posible que yo haya tardado en entenderlo, pero te juro que, a partir de ahora, cada vez que me chilles, te taparé la boca con la mía.

-No servirá de nada. Me gusta discutir -replicó Rosie.

Constantine la subió en sus brazos y se la llevó hacia la habitación.

-¡Estás muy equivocada! Cuando hayamos hecho el amor, cuando estés entre mis brazos, cuando descubras el placer que podemos sentir, nunca más te acordarás de tu amigo. Puede que no sea perfecto, pero seguro que lo puedo superar con creces.

Rosie lo miró. Sentía los latidos de su corazón en los oídos.

-No... no... podemos hacerlo -tartamudeó.

-Claro que podemos. Ya lo verás -Constantine susurró, echándole el aliento en su mejilla. Una fuerza que no pudo controlar le recorrió el cuerpo, causando un efecto desconcertante. Giró la cabeza y se besaron.

Cuando separó sus labios de él, Rosie descubrió que estaba en la cama. Estaba vestida, pero le había desabrochado la cremallera del vestido. Miró a Constantine. Estaba medio desnudo.

-¿Por qué te pones tan tímida? ¿Sólo haces el amor en la oscuridad?

Rosie se sonrojó. Mirando aquellos ojos tan negros, se olvidaba incluso de respirar. No podía pensar, pero sabía que no podía seguir adelante. Poco a poco, se fue poniendo en el borde de la cama.

Constantine se acercó a ella, con una calma infinita y le quitó los zapatos. Su móvil empezó a sonar. Se puso en tensión. Rosie lo observó alargar una mano. El sonido cesó.

-¿Qué has hecho? -susurró ella.

-Apagarlo.

-¡Pero podría haber sido una llamada importante!

-Puede esperar hasta mañana.

Una noche entera en brazos de Constantine. Pero era imposible pasar una noche entera con él. Porque en cuanto hubiera satisfecho su deseo, se iría a dormir a otro sitio. ¿Cómo se le podía estar ocurriendo hacer el amor con él? Aquella angustiosa pregunta no tenía una respuesta racional, por mucho que le diera vueltas en la cabeza.

-Estás muy nerviosa -murmuró Constantine, frunciendo el ceño y quitándose los pantalones.

-No estoy nerviosa -respondió Rosie muy digna, levantándose de la cama, con la cara muy colorada. Se abrochó la cremallera-. Pero no me vendo por una cena y unos cuantos vestidos...

Constantine la agarró por los hombros.

-No tienes por qué asustarte de mi. No soy un bestia en la cama -le dijo, con la voz ronca-. No, si no quieres que lo sea...

La echó otra vez en la cama y Rosie susurró:

-Constantine...

-Tienes el corazón desbocado.

Cuando fue a ponerse una mano para comprobarlo, encontró la de él. Una mano fuerte sobre su pecho. Se estremeció.

-No.

Pero Constantine le bajó las hombreras, pasando su boca por la parte del cuerpo que iba desnudando. Rosie emitió un quejido cuando le quitó el vestido por completo y la puso en la cama otra

vez.

-Lo haré suavemente -prometió Constantine. Rosie alzó los ojos y se encontró una mirada de oro líquido. Una sola mirada y creyó que sus huesos se iban a derretir. Se acercó a ella, desnudo. El corazón le dio una sacudida cuando se fijó en su cuerpo. Pero cuando sintió la fuerza de su virilidad, abrió los ojos de par en par, quedándose casi sin respiración. Una fuerza desde lo más profundo de su ser la hizo reaccionar, e intentó escapar.

Constantine se echó encima de ella tan deprisa, que cuando se dio cuenta estaba atrapada en una postura que desde el primer momento había tratado de evitar.

-¡*Theos*! -protestó Constantine, cuando miró sus ansiosos y evasivos ojos-. ¡Me arrepiento de no haberle partido la cara a ese Maurice! ¿Qué hacía contigo en la cama?

-¡Nada!

-No te voy a hacer daño... -Constantine le pasó un dedo por su boca, mirándola con sus ojos dorados, casi hipnotizándola-. No me importa pasarme toda la noche acariciándote -con la punta de un dedo le abrió los labios y luego lo metió en su boca, mientras ella no podía hacer otra cosa que mirarlo fijamente, perdida en sus emociones.

Constantine sonrió y le pasó la lengua por el labio. Rosie deseó que la besara. Era una necesidad imperiosa en aquel momento. Su cuerpo tembló de impaciencia y se puso tensa. Levantó las manos y le agarró la cabeza.

Constantine se rió y le metió la lengua entre sus labios.

-Espera... -le susurró de forma muy provocadora. Pero Rosie no podía contenerse. Levantó su cuerpo hasta que encontró los labios de él, obligándole a bajar la cabeza, sin quedar satisfecha hasta que logró que la besara. Incluso después sintió que todavía no había quedado satisfecha del todo. Pero él ya había empezado a acariciarle los pechos, concentrándose especialmente en sus pezones.

Rosie no pudo reprimir un quejido de placer. Constantine la miró y la tranquilizó, susurrándole al oído. Fue un gesto muy sensual. Inclinó la cabeza y empezó a chuparle los pechos. Rosie se quejaba y movía su cuerpo de forma incontrolada. Empezó a acariciarle todo el cuerpo con sus manos.

Constantine se dio la vuelta y se la puso encima, besándola con tanta pasión que sintió como si su cuerpo fuera un barco en plena tormenta. Con una mano tiró de su pelo, obligándola a echar la cabeza hacia atrás.

-¿Quieres que paremos cinco minutos, para que te enfríes un poco?

-¿Enfriarme? -Rosie repitió, casi sin aliento, como si se lo hubiera dicho en un idioma extranjero, al tiempo que sentía el vello de su pecho en sus pezones, sensación que la hizo temblar de placer. Restregó su cuerpo contra el de él.

Constantine empezó a decir frases en griego mientras movía también su cuerpo. Le puso las manos en la cadera y la obligó a abrir las piernas.

-Espera -no pudo seguir, cuando sintió que le chupaba el pezón.

Le puso una mano en el trasero, para colocarla donde él quería que estuviera. Rosie se estremeció, asustada al comprobar una nueva fuente de excitación, perdiéndose en el placer que le estaba dando.

-Por favor... -susurró Rosie.

Constantine la puso de nuevo sobre el colchón y la besó, invadiéndole la boca con su ardiente lengua. Al mismo tiempo le pasó una mano por la parte interior del muslo, haciendo que cada uno de los músculos de su cuerpo se pusiera en tensión cuando sintió su dedo justo en el centro de su feminidad.

-Eres tan suave como el satén -le susurró al oído. Al sentir que la tocaban donde nunca antes la habían tocado, Rosie fue incapaz de responder verbalmente. Todo su ser se concentró en la exploración que le estaba haciendo con sus dedos. El corazón le latía como si la golpearan con un martillo en su pecho. Trató de tomar aire, sintiéndose tan excitada que llegó a pensar que la estaban torturando.

Y en un momento determinado, cuando estaba a punto de agonizar, Constantine entró en ella con una fuerza inusitada. Rosie gritó de dolor, tan fuertemente que podría haber levantado de la tumba a un muerto, y le clavó los dientes en el hombro.

-¡*Theos*! -exclamó Constantine, mirándola con cara de sorpresa-. Lo siento... me excitaste tanto que perdí el control.

-Yo... -intentó responder Rosie, hipnotizada por su mirada.

Constantine bajó la cabeza y le rozó la boca con sus labios.

-Pero es que eres deliciosa -le dijo, sin apartar los labios de su boca-. Confía en mí...

Rosie se derritió como la escarcha a la luz del sol. Cuando él empezó a moverse de nuevo, ella pensó que iba a sentir lo mismo otra vez, pero un segundo después se descubrió anhelando con desesperación esa sensación que aceleraba el ritmo de su corazón.

-¿Estás bien? -le preguntó Constantine.

Más que bien. Cerró los ojos y se dejó llevar por la sensación de tenerlo dentro de ella, moviéndose al unísono a un ritmo desenfrenado. Hasta que en un momento determinado su cuerpo empezó a estremecerse y juntos alcanzaron el orgasmo.

Cuando terminaron, Rosie no quería que Constantine se moviera, para continuar sintiendo aquella paz y tranquilidad. Le producía un placer increíble sentir el calor y el peso de su cuerpo encima.

Constantine levantó la cabeza y la miró con una intensidad desconcertante.

-Te has comportado como si fueras virgen -le dijo, medio riéndose-. O por lo menos, como yo me imagino que se comportan las mujeres que son vírgenes.

Se apartó de ella y saltó de la cama.

-Voy a ducharme.

-¿Constantine...? -susurró Rosie.

-Perdona si te he hecho daño -le dijo Constantine desde la puerta del baño, sin dignarse siquiera a volver la cabeza.

Rosie se sintió humillada. Oyó el sonido del agua. Sintió un nudo en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas. Tenía que haberse negado a hacer el amor con él. Pero se había dejado llevar, sin querer enfrentarse a la realidad. Sin embargo, nunca se habría podido imaginar aquel rechazo por su parte, después de hacer algo tan íntimo.

Constantine salió del baño golpeándose contra todos y cada uno de los muebles de la habitación. Por curiosidad, Rosie levantó la cabeza. Se estaba poniendo unos vaqueros a toda prisa. Rosie se quedó mirándolo.

-Me voy a dar una vuelta -le dijo Constantine, mirándola por encima del hombro.

-Hasta luego -replicó Rosie, sintiéndose más sola de lo que jamás había estado en su vida. Creía que había llegado a conocer a Constantine, pero se daba cuenta que no lo conocía en absoluto. No sabía por qué se comportaba de aquella manera. No sabía lo que podía tener en su cabeza. Sintió un odio profundo por él. Se lo merecía, por acostarse con un extraño.

Después de pasar horas y horas despierta, Rosie se quedó dormida de puro cansancio. A las nueve, unas voces debajo de su

ventana la despertaron. Unos trabajadores estaban montando un andamio para arreglar el tejado. Se duchó, se secó con una de las muchas toallas que habían puesto en el cuarto de baño y, cuando se descubrió preguntándose dónde habría pasado Constantine la noche, se odió a sí misma por preocuparse de ello.

Bajó a la parte de abajo, pasando por una puerta detrás de la cual se oía a Constantine hablando por teléfono. Se encontró con una criada, que le indicó el camino para ir al comedor. El desayuno estaba servido, pero a Rosie no le apetecía comer nada. Estaba terminando de tomar el café, cuando apareció Carmina, con una sonrisa de oreja a oreja, y un ramo de flores en la mano.

Perdóname, decía la tarjeta que acompañaba al ramo.

Las mejillas de Rosie se encendieron de ira. ¿Cómo podía pedirle perdón? Ni aunque se lo pidiera de rodillas, se lo iba a conceder. Seguro que ni siquiera había sido él el que había comprado las flores. Seguro que se lo había ordenado a uno de sus criados.

Rosie abrió la puerta de la habitación que estaba utilizando él como despacho. Nadie prestó atención a su entrada, ya que todos estaban absortos en su trabajo. Una morena muy esbelta de unos treinta años estaba tomando notas, de pie. Constantine le estaba dictando una carta en griego, a la vez que hablaba por teléfono. También había un hombre joven sentado frente a un ordenador, mientras que otro estaba sacando el papel que salía del fax.

Rosie entró en la habitación, se fue hacia la máquina de destruir papel y metió las flores dentro. Al oír el ruido que hizo la máquina al cortar los primeros pétalos, todos enmudecieron y Rosie se dio la vuelta.

Constantine había colgado el teléfono. Rosie sólo se fijó en él, sus ojos verdes conectando con los negros brillantes de él. Estaba guapísimo, con su traje de verano gris pálido. El personal salió de la habitación sin que nadie se lo pidiera. Rosie respiró hondo, pero no lo suficiente como para calmarse. Siguió metiendo el ramo en la máquina de destruir papel y tiró lo que quedaba al suelo, en un gesto de desprecio.

-¡Eres un desgraciado! ¿Cómo te has atrevido a mandarme flores?

-Lo que ocurrió anoche, nunca tenía que haber ocurrido -respondió Constantine, apretando los dientes-. Pero lo hecho, hecho está.

Un tanto desconcertada por aquella respuesta, Rosie palideció. Aunque sabía que no tenía más remedio que aceptar aquel

sentimiento, le empezaron a doler todos y cada uno de los músculos de su frágil cuerpo. Cerró los ojos, para ocultar su confusión.

-Lo único que querías era que me acostase contigo -le condenó ella.

-¡Con la atracción que había entre nosotros, eso era lo inevitable! Pero te aseguro que me arrepiento de no haber sido capaz de dejar en paz a la querida del hombre que fue como mi padre -Constantine le dijo.

-¿Cuántas veces tengo que decirte que Anton y yo no éramos amantes?

Constantine dejó salir poco a poco el aire de sus pulmones.

-Eso se lo cuentas a otro que sea más ingenuo.

Rosie pensó que podría ir a buscar a Carmina y pedirle que le enseñara la foto que tenía guardada y que le repitiera lo que Anton le había dicho. Pero, ¿para qué? Aunque lograra convencerle de que ella era la hija de Anton, no iba a lograr olvidar la forma en que la trató Constantine la noche anterior.

Ya llegaría el momento en que pudiera demostrar su verdadera identidad. No estaba dispuesta a que Constantine se apenara de ella por ser la hija ilegítima de Anton.

Mirando sus ojos abrasadores, su corazón empezó a palpitar y su boca se secó. Constantine respondió a su mirada y ella sintió que le faltaba el aire.

-Tú le dijiste a Anton que estabas embarazada -comentó Constantine mientras se acercaba a ella-. Un truco muy visto, pero por eso me pidió que me casara contigo.

-Eso no es verdad -contestó Rosie, casi sin poder respirar. Se puso una mano en el cuello para tranquilizarse.

-¡Pues a mí me tienes casi embrujado! ¡Casi te deseo más que anoche...!

-Grosero -replicó Rosie, apoderándose de ella un deseo sexual que sintió como si fuera una droga, dejándola mareada y desorientada. Sus ojos verdes se clavaron en su rostro.

Constantine estiró sus brazos, se los puso en sus hombros, tiró de ella y la abrazó. La apretó contra él, poniéndole una mano en el trasero, para que notara la fuerza de su erección. Rosie se estremeció al sentir que su cuerpo ardía de deseo. Se agarró a sus hombros y le metió los dedos entre el pelo, al tiempo que lo besaba en la boca.

Constantine se sentó en la silla giratoria, colocándola encima de él, metiéndole las manos por debajo de la camiseta, buscándole

sus pechos. Cuando descubrió que llevaba el sujetador puesto, Constantine emitió una especie de gruñido, pero no apartó su boca de la de ella. Se lo desabrochó, y la acarició con tal destreza que Rosie pensó que, si hubiera estado de pie, se habría caído al suelo.

Constantine la agarró del pelo y tiró un poco de su cabeza. Respiraba con dificultad. El teléfono seguía sonando y por el fax seguía saliendo papel. En un momento determinado, Constantine cerró los ojos, como si quisiera recuperar el control de su cuerpo. Con un dedo le acarició uno de sus pezones y Rosie se estremeció y apoyó la cabeza en su frente.

-Me vuelves loco -le susurró Constantine-. Esto de pasar una luna de miel trabajando no ha sido una de mis más brillantes ideas -se puso en pie, levantándola con él y colocándola en el borde de la mesa, al tiempo que con una mano tiraba al suelo todos los papeles que había en ella-. Pero si quiero hacer el amor con mi mujer durante la jornada laboral, nadie me lo puede impedir...

-Yo no soy tu... -empezó a responder Rosie, sin poder terminar la frase.

Después de quitarle la camiseta, Constantine le metió la lengua entre sus labios y ella le entregó su boca, sin poder resistir la tentación. Con los dedos de una mano le acariciaba sus endurecidos pezones, mientras que con la otra le estaba quitando su falda de algodón y tiraba de ella hacia él.

-Quiero poseerte ahora mismo -le dijo, mientras bajaba su cabeza y le empezaba a chupar los pechos.

Rosie se sintió como si estuviera en medio de una tormenta, emitiendo quejidos mientras él le besaba todo el cuerpo. Cuando llegó a la altura del estómago, pensó que se iba a derretir. Sólo pudo permanecer sentada en la mesa, porque él la sujetaba con sus manos. La estaba torturando y no podía soportar aquel placer.

Le estaba empezando a quitar las medias cuando de pronto Constantine se quedó quieto, agarró la camiseta y se la tiró. Rosie lo miró sin saber qué hacer.

Constantine se fue a toda prisa hacia la puerta que alguien había abierto. Después, oyó el ruido de platos y metal caer al suelo. El teléfono seguía sonando y por el fax seguía saliendo papel. De pronto, se dio cuenta de que estaba encima de la mesa, casi desnuda.

Constantine cerró la puerta y le dijo:

-Una de las criadas nos traía café. Se ha dado tal susto que se le ha caído la bandeja. No había hecho una cosa así desde que era un adolescente.

Rosie no quiso mirarlo.

-¡Vete! -respondió.

-¿Por qué?

-¡Vete de aquí, hasta que me vista!

-¿No piensas que es eso es un poco absurdo, dadas las circunstancias?

-¿Por qué siempre me llevas la contraria? ¿No puedes, por una vez, hacer lo que se te pide?

La puerta se cerró de un portazo.

Pálida como una pared, Rosie se bajó de la mesa. Buscó su sujetador y su falda por el suelo. Cuando se vistió, todavía con lágrimas en los ojos, se fue a mirar por la ventana, la abrió y salió al exterior por ella, para así no encontrarse otra vez con Constantine. Porque antes de verlo otra vez, tenía que resolver lo que le estaba ocurriendo.

Cuando estaba saliendo al patio por la ventana, oyó el ruido de un coche que se acercaba. Paró frente a la casa. Rosie se quedó helada.

-¿Maurice? -susurró-. ¡Maurice! -gritó después, echándose a correr para darle la bienvenida.

9

Abrazado a Rosie, Maurice la miraba a la cara con sus ojos azules.

-Tienes un aspecto horroroso. ¿Qué te ha pasado? -le preguntó.

-¡Vámonos a dar una vuelta en coche! -la invitó Rosie, sentándose en el asiento de al lado del conductor-. ¿A qué esperas?

-¡Constantine! -respondió Maurice, imitando el sonido de la película *Tiburón.*

-¡Deja de hacerte el gracioso! -gritó Rosie, mirando a su alrededor, temiendo que Constantine apareciera en cualquier momento-. ¡Creo que estoy enamorada de él!

Lo dijo sin pensar y Maurice ni siquiera tuvo la decencia de sorprenderse.

-Y, a todo esto, ¿tú por qué has venido? -le preguntó.

Maurice se metió en el coche y arrancó.

-Desde hace tiempo había querido tomarme unas vacaciones. Cuando me dijiste que estabas en Mallorca, me imaginé tumbado en la arena, al sol, y tomé el primer avión.

Mientras bajaban por las empinadas cuestas, disminuyendo de velocidad en cada una de las curvas, Rosie pensó en Constantine, hasta que la cabeza le empezó a dar vueltas.

Le había robado su tranquilidad y su seguridad. ¿Y qué le había dado a cambio?

Desde el momento en que trató de demostrarle su identidad, desde el momento en que deseó que su matrimonio fuera un matrimonio de verdad, tendría que haberse dado cuenta de que se había enamorado de él. Pero lo único que quería Constantine de ella era sexo. Si no se hubiera publicado la noticia de que se habían casado en secreto, la habría dejado a la mañana siguiente sin sentir remordimiento.

-¿No me preguntas nada sobre el artículo que apareció en los periódicos? -le preguntó Maurice-. ¿No te dijo Constantine que yo tuve la culpa? Es verdad, fue culpa mía. Cometí la estupidez de contárselo a mi hermana...

-¿A Lorna? -le preguntó, mirándolo.

-Siempre ha querido salir con ese tipo, Mitch, el periodista. Se lo dijo para impresionarle. Así que le invitó a casa a tomar café y le dio la foto que te había hecho.

En ese momento, Rosie recordó que el día que Maurice y ella se mudaron a la casa, había sido la hermana la que había llevado la

cámara. Lorna le había regalado una copia de la foto.

-Y desde entonces no lo ha vuelto a ver, porque consiguió un puesto en un periódico londinense. Por suerte sólo le conté que te ibas a casar con Constantine y nada más. Ella piensa que lo conociste en Londres -continuó contándole Maurice-. Si hubiera sabido lo de Anton y el testamento, se lo habría contado también a ese periodista.

Rosie suspiró.

-Mentiste para protegerla.

-Constantine es un tipo con bastante mal humor.

Rosie se puso tensa, asustada al comprobar que iba a salir en su defensa.

-Seguramente me habré encaprichado de él. Se me pasará -aseguró.

-Eso espero. Sólo a un maníaco, sin ningún respeto por el ser humano, se le ocurriría pegarse a mi parachoques en una carretera tan peligrosa como ésta -en la frente de Maurice aparecieron gotas de sudor.

-¿Quieres decir que...? -giró la cabeza y vio que les adelantaba un deportivo rojo y pegaba un frenazo en la curva.

Maurice pisó a fondo el pedal del freno de su cuatro por cuatro. Constantine salió del deportivo yse dirigió hacia ellos.

-Creo que en la adolescencia fue piloto de coches de carrera -le explicó Rosie-. Thespina lo convenció para que lo dejara.

-¡Está caminando a escasos milímetros de un precipicio y no parece preocuparle en absoluto! -exclamó Maurice.

Constantine se quedó a dos metros del coche y se quitó las gafas, metiéndoselas en el bolsillo de su elegante traje.

-Sal del coche, Rosie -le dijo Maurice-. Yo no soy un héroe y, además, Constantine es tu marido.

Rosie lo miró con la boca abierta.

-A menos que te maltrate... -aclaró Maurice.

Rosie estuvo a punto de mentir, pero le dio vergüenza.

-Pero no puedes...

-Lo siento, pero no estoy de parte de nadie -la interrumpió Maurice, desenganchando el cinturón de seguridad.

-Acertada decisión -dijo Constantine.

-Ya te llamaré -suspiró Maurice.

Sin siquiera abrir la puerta, Constantine sacó a Rosie del coche.

-Sé caminar -protestó Rosie-. ¡Bájame, por lo que más quieras!

Sin hacer caso de sus protestas. Constantine se dirigió hacia el Ferrari y la metió dentro.

-¿Cómo te atreves a tratarrne así?

-¿Qué esperabas, que te diera un aplauso por hacer el ridículo?

-¿Qué quieres decir?

-Es posible que Maurice viniera hasta aquí porque le remordiera la conciencia. Pero no ha sido capaz de enfrentarse a mí. Está claro que no sois amantes. Pero la ausencia del elemento sexual en la relación no fue porque tú no lo quisieras -continuó diciendo-. Está claro que tú aceptaste su amistad porque él no estaba interesado en nada más.

-Eso son tonterías... -empezó a decir Rosie.

-¡Y luego te fuiste con Anton porque tenías que demostrarte que eras capaz de atraer a otros hombres! ¿O fue para que Maurice se pusiera celoso?

-iYo no estoy enamorada de Maurice!

-Tampoco estabas enamorada de Anton. Seguro que lo veías como un padre -respondió Constantine, de forma irónica.

-Eso es exactamente lo que era -murmuró ella.

-Sin embargo en la misma misa que se celebró en su memoria, ya estabas coqueteando con otros.

Rosie se puso colorada, cuando recordó cómo había reaccionado ante él aquel día.

Constantine detuvo el coche en el patio, apagó el motor y giró la cabeza para mirarla con unos ojos negros tan duros como el diamante.

-Hasta ahora te has apoyado en Maurice para sentirte segura, pero yo creo que ya eres mayor y que te las puedes arreglar sin él. Los tiempos han cambiado, querida. Es a mí al que quieres ahora...

Ahora y siempre, pensó ella, sintiendo que se derretía.

Constantine estiró una mano y jugueteó con una mata de rizos entre sus dedos, levantó y cabeza y le dijo:

-Y yo te quiero a ti -concluyó-. Así que, ¿qué problema hay? Tal y como yo la veo, ésta es una relación muy simple y directa.

-Cuando estás conmigo, sólo piensas en una cosa...

-Es imposible pensar en otra -admitió Constantine. Rosie intentó no excitarse. Sintió vergüenza y con su mano le quitó los dedos de su pelo.

-Ya sé que nunca se puede garantizar nada en esta vida, pero eso no es suficiente para mí -le dijo, tensa.

-Esto está empezando a parecer una negociación, y las negociaciones siempre terminan poniendo un precio.

-Los sentimientos no tienen precio.

Constantine echó para atrás su arrogante cabeza, enarcó las

cejas y la miró.

-¿Estás segura? Yo ya he perdido mi libertad y, por muy extraño que te parezca, es una concesión importante, sobre todo porque nunca antes me había pasado.

-Tú no has perdido nada por mí. Te casaste conmigo porque así lo exigía el testamento y estamos ahora juntos porque la prensa se enteró. ¿Puedes imaginarte cómo me siento yo al respecto? Pues me siento como la chica con la que sólo se tiene una relación sexual de vez en cuando -le dijo, elevando el tono de su voz-. ¡Pero yo me valoro mucho más que eso, aunque te sorprenda!

Los dos permanecieron unos segundos en silencio.

-Entonces no creo que haya más que discutir -concluyó Constantine.

Rosie frunció el ceño, sintiéndose confusa.

-Pero...

-Tú no quieres una relación esporádica. Y yo no quiero comprometerme a más.

El color en las mejillas de Rosie fue desapareciendo poco a poco, quedándose tan blanca como la camisa que llevaba él puesta. Aquel comentario lo sintió como si le hubieran dado una puñalada en su corazón. Nunca antes se había sentido tan dolida. Salió del Ferrari como si estuviera borracha, concentrándose en cada uno de los movimientos que hacía. El estómago se le revolvió.

Se sentía rechazada. Como si fuera una adolescente, le había dicho sus miedos e inseguridades con la esperanza de que él la tranquilizara. Pero Constantine no era un hombre que tratara a las personas con delicadeza.

-Claro que siempre puedes intentar hacerme cambiar de opinión -añadió Constantine.

Rosie se estremeció, al sentir que él profundizaba más en su herida. Y justo en ese momento, Rosie comprobó que cuando la provocaban, podía odiar con la misma intensidad que amaba.

-Déjame que te dé un consejo -murmuró él-. No lo vas a conseguir, si sigues por ahí dándote vueltas con tu amigo.

Rosie se dio la vuelta y lo miró a la cara.

-Por lo que mí respecta, tú ya no existes -le dijo, muy digna-. No quiero saber nada más de ti.

Cuando entró en la casa se sentía angustiada, pero entró con la cabeza muy alta. Por lo menos sabía qué terreno pisaba y eso le servía de protección.

-¿Por qué te has molestado? -le preguntó Rosie a Carmina cuando ésta le llevó un vaso de zumo de limón-. Podría haber entrado yo misma.

-Pero si sólo entras en la casa cuando está oscureciendo -protestó la mujer.

Rosie se puso en pie y se estiró. Se restregó las manos en sus pantalones cortos y aceptó el vaso, dirigiéndole una sonrisa.

-Este jardín ya parece otra cosa, ¿no crees?

Carmina se sentó en unos escalones que habían visto la luz tan sólo el día anterior, y se cruzó de brazos. Su rostro arrugado reflejaba preocupación mientras observaba los arbustos podados y los rosales, donde antes sólo había maleza. Suspiró.

-Este matrimonio no parece que vaya bien.

Rosie alzó la cabeza, entrecerró los ojos, para protegerlos del sol y dio un trago del zumo de limón. Sació su sed, pero le costó un gran esfuerzo hacer pasar el líquido a través de los músculos de su garganta.

-Carmina...

-Esto no es lo que tu padre quería -empezó a decirle Carmina-. Su mayor sueño siempre fue que Constantine y tú os casarais.

-Pero los sueños no siempre se cumplen... -de hecho, aquello se había convertido en una verdadera pesadilla.

Los últimos tres días, vivir bajo el mismo techo que Constantine se había convertido en una tortura. Por mucho que lo intentaba no dejaba de sentirse rechazada, pero se comportaba como si nada hubiera pasado. No podía estar en la misma habitación que él. No podía mirarlo, ni hablar con él. Sólo conseguía olvidarse de él haciendo trabajos físicos. Y por las noches, a pesar de lo cansada que estaba, no lograba dormirse.

Daba vueltas en la cama, dormitaba, pero a los pocos minutos se despertaba acalorada, después de haber tenido sueños eróticos en los que Constantine era el protagonista. Con lo cual las noches eran incluso más agotadoras que los días.

-No sabe que eres la hija de Don Antonio -le reprochó Carmina-. No está bien que le ocultes eso a tu marido.

-Sé lo que hago, Carmina.

-¿Cómo puedes decir eso? No se respira paz en Son Fontanal. Esto está triste, nadie se ríe.

-Constantine está siempre enfadado.

-Tiene razones para estarlo, con una esposa que se pasa todo el

día trabajando en el jardín. Estás descuidando a tu marido.

En los sueños no, desde luego.

-Eso le gusta.

-Eres tan testaruda como él.

Rosie pensó que, si su padre los estuviera viendo, la culparía a ella también de lo que estaba pasando. Pero no estaba dispuesta a que Constantine, por el hecho de ser la hija de Anton, siguiera casado con ella.

Después de haberla seducido para que se acostara con él, Constantine había admitido que la única relación que quería tener con ella era sexual. Si se enteraba de que era la hija de Anton, seguro que fingiría que había más cosas en aquella relación. Eso le haría sentirse atrapado y al final sería peor.

-¿Por qué despediste a los jardineros que contraté?

Asustada, Rosie se giró sobre sus rodillas. Una sombra la protegía del sol. Se fijó en los zapatos italianos de Constantine, sin mirarlo a la cara.

-Prefiero hacerlo yo misma.

-Esto es bastante grande.

-Tengo todo el tiempo del mundo -le dijo, mirándole las piernas.

-No quieres salir a comer, ni a cenar, ni siquiera a dar una vuelta...

Desde luego en sus fantasías nocturnas no hacían esas cosas tan castas. Rosie cerró los ojos, al darse cuenta de que se lo estaba comiendo con la mirada.

-Los dos hemos estado perdiendo el tiempo. Te comportas como una niña.

-Yo no me comporto como una niña. Simplemente creo que no tenemos nada que decirnos. Tú lo dijiste todo.

-¡Levántate y mírame a la cara cuando hables conmigo! -gritó Constantine, agachándose para levantarla.

Rosie se apartó y retrocedió unos pasos. De forma involuntaria miró sus ojos negros y duros como el diamante. Fue peor de lo que se había imaginado. Se sintió como si la hubiera golpeado un camión y la hubiera lanzado por los aires.

Quería tocarlo. Apretó los puños con tal fuerza que se clavó las uñas en la palma de la mano. La tensión entre ellos fue en aumento y el corazón le latía cada vez con más fuerza.

-Con respecto a lo que te dije... -empezó a decirle-. ¿Se te ha ocurrido pensar que yo tampoco tenía claras muchas cosas?

Rosie deseaba creerlo. Lo intentaba con todas sus fuerzas. Pero

había tardado demasiado tiempo en darle aquella disculpa. Empezó a caminar.

-Voy a darme un baño...

Constantine la agarró del brazo y se lo impidió.

-¿Eso es todo lo que tienes que decir?

-Estás tan acostumbrado a decir y hacer lo que te apetece con las mujeres, que has pensado que puedes hacer lo mismo conmigo. Estás muy confundido, Constantine.

-¿De qué estás hablando? -gruñó él.

-Pensaste que si me maltratabas iba a acabar arrodillada a tus pies... -le contestó, apretando los labios.

-Eso no es verdad...

-No te creo. Eres arrogante y egoísta. No tienes en cuenta los sentimientos de los demás -le recriminó Rosie sin mucha seguridad-. A mí me da igual lo rico o lo poderoso que seas. ¡Yo no consiento que nadie me hable como tú me hablas!

-¿Lo dices en serio? -estirando las dos manos, se las puso en los hombros y se acercó, poniendo en tensión todas y cada una de las células de su cuerpo.

Su boca estaba caliente, sedienta y dura. Estuvo a punto de caerse. Le metió la lengua entre los labios de forma muy erótica, gesto que la hizo quejarse. Tenía todo el cuerpo excitado, su corazón golpeaba contra su pecho y su cuerpo se estremecía. Se agarró a él para poder mantenerse en pie.

Pero de repente él se separó, y ella se quedó buscando algún punto de apoyo, porque sus piernas se le doblaron, mientras que sus ojos, completamente dilatados, intentaban salir del estado de asombro. Aquella separación fue tan dolorosa como si le hubieran arrancado un brazo, justo en el momento en que todo su cuerpo pedía más, mucho más.

Se fijó en las manchas que le había dejado en su camisa blanca de seda.

-Tendrás que cambiarte de camisa -murmuró ella.

-La llevaré con orgullo -contestó Constantine, lo que para Rosie fue una respuesta desconcertante.

-Cámbiate -murmuró Rosie, casi suplicándole, pasando a su lado, en su camino hacia la casa-. Me voy a dar un baño.

-Te veré arriba -murmuró Constantine. Rosie se puso tensa al comprender el significado de sus palabras. Él también se tenía que cambiar. El armario donde él guardaba la ropa estaba en su habitación, a pesar de que dormía en otra habitación distinta. Su cabeza todavía le daba vueltas. Si un solo beso la ponía de esa

manera, Constantine podría hacer lo que quisiera con ella, si se lo proponía. Lo malo era que él lo sabía.

Había un taxi en el patio de la casa. Cuando Rosie entró en el vestíbulo, una criada le estaba diciendo a un hombre de pelo blanco, con un maletín en la mano, dónde estaba el estudio. El hombre se puso en tensión, cuando Rosie pasó a su lado. No obstante, hizo un gesto con la cabeza, para saludarla.

Subió las escaleras y se encontró con Dmitri, a quien le preguntó:

-¿Quién es ese?

-Theodopoulos Stephanos, el abogado del señor Voulos.

Sin duda el hombre la había mirado de aquella forma porque estaría horrorosa con la ropa que llevaba. Seguro que no esperaba que la mujer de Constantine, fuera temporal o definitiva, llevara ese tipo de atuendo.

Cuando llegó al cuarto de baño, se quitó la ropa. Sentía odio por sí misma y lo único que pudo hacer fue quedarse en pie, consciente de la dolorosa realidad. EIIa no era nada en la vida de Constantine...

No era ni su mujer, ni su amiga, ni siquiera su amante. A lo mejor él tenía razón cuando le dijo que no sabía cómo definir su relación. Quizá se ponía a la defensiva por su inseguridad, y esa actitud era su peor enemigo. Se sintió confusa.

Cubriéndose con una toalla, salió del cuarto de baño y se quedó paralizada en el sitio. Había alguien en la cama. Constantine estaba en ella, su cuerpo bronceado resaltaba contra la blancura de las sábanas. Rosie se quedó mirándolo, sin apartar la vista de él. Constantine sonrió de forma maliciosa.

-No entiendo por qué estás aquí...

-¡*Theos*! -exclamó Constantine-. ¿Es que no lo sabes?

-Me hago una idea vaga de tus intenciones, Constantine -replicó Rosie, dirigiéndose hacia la puerta para abrirla e invitarlo a marcharse.

-Está cerrada con llave.

Rosie se dio la vuelta. Constantine le enseñó la llave.

-Es mejor no asustar a los criados otra vez.

-¡Dame esa llave! -le gritó Rosie, enfurecida.

-Ven y quítamela...

Rosie dudó.

Constantine sonrió, mostrándole sus dientes blancos.

-¿No te dije que tendrías que tener cuidado conmigo?

Rosie saltó sobre la cama e intentó quitarle la llave.

Constantine la tiró y le puso sus dos manos en las caderas.

-Sabía que ibas a morder el anzuelo.

-¡Suéltame!

-La abnegación no es un sentimiento que me salga de dentro. Y yo diría que a ti tampoco -Constantine la miró, devorándola con los ojos-. Diez horas al día manejando la azada como si fuera un machete. He de confesar que no he visto nunca a una mujer que hiciera tanto esfuerzo para resistir la tentación.

-¡Yo lo único que quiero es no estar cerca de ti! -le gritó Rosie, sintiendo el calor de su cuerpo a través de la fina toalla que los separaba. Sin embargo, todo su cuerpo empezó a sentir un cosquilleo que endurecía sus pechos y la dejaba casi sin respiración.

-Eso es porque no confías en ti misma -respondió Constantine-. Aunque he de confesar que viéndote con esos pantalones cortos doblándote y estirándote, también yo he tenido que luchar por contenerme. Tienes el trasero más provocador que conozco. Y cuando te sacudes la camiseta, porque se te ha manchado, esos pequeños pechos que tienes golpean la tela de algodón y tus pezones...

-¡No sigas! -Rosie se asustó al darse cuenta de que la había estado observando.

-Todavía te sonrojas con inocencia. Eso me excita aún mas -le susurró al oído mientras que con un pie echaba la sábana para atrás y con la mano tiraba de ella y le quitaba la toalla.

Rosie no pudo reaccionar y, cuando se dio cuenta, estaba sobre él.

-¡No!

-Hueles a jabón. Pero aunque estés sudorosa, también me excitas. Me gusta olerte, chuparte, morderte -le susurró con un tono muy sensual mientras le separaba las piernas y se ponía encima de ella, poniéndole en su pubis su miembro erecto.

Rosie sintió un fuego ardiendo justo en la boca de su estómago.

-Te está esperando tu abogado -logró decir Rosie, luchando por mantener el control.

-Ya se ha marchado -respondió, frunciendo el ceño-. Ha venido sólo a dejar unos papeles, y no se ha querido quedar a comer siquiera -le dijo, mirándola a los ojos.

Rosie no podía apartar la mirada de él. Sentía los pechos hinchados, los pezones duros, deseando que él se los chupara y se los tocara con las manos.

-Además, nosotros no necesitamos a nadie más. Di algo -la

invitó Constantine.

Rosie abrió sus labios y sólo pudo decir un par de palabras, de tan excitada que estaba:

-Por favor...

Constantine acarició su cuerpo, buscando sus pechos. Le acarició los pezones con los pulgares y ella arqueó su cuerpo y se pegó a él, restregándose para buscar más placer. El la besó y la tendió en la cama. Ella respondió con desesperada urgencia. Le acarició los hombros, quejándose de placer y de impaciencia.

-Siempre quieres ir muy deprisa...

Rosie dobló su cuerpo. No podía casi aguantar el fuego que ardía en su interior. Se agarró a su pelo y le rodeó el cuerpo con las piernas, invitándole a entrar en ella.

Constantine le puso las manos en las caderas. Estuvo dudando.

-No quiero hacerte daño otra vez.

-En mis fantasías eróticas, nunca discutes conmigo. y no me haces esperar -contestó Rosie.

El silencio fue como una tormenta. Rosie cerró los ojos.

-¿Qué quieres que haga? -murmuró él.

-Lo que yo deseo -replicó ella.

Constantine lanzó una carcajada y fue metiendo su miembro en la húmeda cavidad que lo estaba esperando.

Rosie estaba tan excitada que no podía pronunciar una sola palabra. La penetró suavemente y ella le clavó las uñas en la espalda. El placer era tan intenso que llegó a perder casi la consciencia.

-Abre los ojos -le ordenó Constantine. Rosie levantó los párpados, pero no pudo resistir mucho tiempo. Porque él entraba y salía con una suavidad que la enloquecía. Después aceleró el ritmo, para luego ir poco a poco más lento. Y ella lo único que pudo hacer fue agarrarse a él y sollozar de placer. Constantine continuó, transportándola a otros mundos, hasta que el fuego que atormentaba su interior hizo explosión provocando una oleada de satisfacción.

Agarrada todavía a él, estremeciéndose, Rosie le dio un beso en el hombro. Y a los pocós segundos su cuerpo sintió una paz absoluta.

Constantine se apartó y se tumbó a su lado.

-¿Dónde estás, que no se te ve debajo de todo ese pelo? -le preguntó, apartándole de la cara su pelo rizado.

Le acarició la mandíbula y Rosie giró la cabeza, para sentir la palma de su mano. Aquella era la primera vez que habían hecho el

amor.

-No puedo parar de tocarte... -susurró él-. Te quiero.

Cuando la abrazó, ella sintió un escalofrío de placer. Le metió los dedos entre su pelo y se sintió feliz.

-Ha sido una muy buena idea darles el día libre a los criados -musitó Rosie, sentada en el borde de la mesa, mientras miraba a Constantine terminar de comerse el sandwich que ella le había preparado-. Aunque nunca me hubiera imaginado que no sabes ni freír un huevo.

-Pensé que tú sabías cocinar.

-Ya lo sé. Ya ves lo que estás comiendo. Yo como solo ensaladas, fruta y verduras. Cosas que tu cocinero no sabe preparar. Lo que sí hace es un buen café.

-Estás guapísima sentada a una mesa de cocina -le dijo Constantine.

Rosie se cruzó de piernas y se tumbó de lado, como si fuera una estrella de cine de los cincuenta. Constantine sonrió.

-Te gusta provocarme, ¿no?

-¿Te das cuenta ahora?

-Nunca fui muy rápido aprendiendo -murmuró él mientras ella se bajaba de la mesa de un salto-. Espero que no huyas otra vez por la ventana.

Rosie se puso colorada, al recordar la forma en que se fue de su casa en Grecia.

-En algunos momentos eres tan silenciosa como un ladrón.

-Ha sido la práctica durante muchos años -contestó sonriendo, sin gustarle el giro que había tomado la conversación.

-¿Escaparte? Conmigo, eso es una forma de malgastar tu tiempo -le informó Constantine -. Cuanto más huyas, más te perseguiré. Es una respuesta que no puedo evitar.

-Tú lo único que quieres es alcanzarme para poder decirme lo que piensas de mí por haber huido.

-Y tú sólo huyes cuando estás enfadada conmigo -le respondió-. Pero siempre te perseguiré.

-¿Es una amenaza?

La agarró entre sus brazos.

-Yo ya no amenazo -le respondió con voz suave-. Estoy aprendiendo. Lo único que quiero es conocerte mejor.

La ternura con que se lo dijo casi le rompió el corazón. Estaba

siendo muy sincero con ella. En ese momento, se sintió avergonzada, porque ella era la única que se guardaba algunas cosas. Tendría que repetirle otra vez que ella era la hija de Anton. Pero prefirió decírselo en otro momento.

El portazo de la puerta despertó a Rosie. Abrió los ojos y se incorporó un poco. Vio a Constantine a los pies de la cama, con sólo los pantalones vaqueros puestos. Sonrió. Tenía un cuerpo tan espectacular, que le perdonó haberla despertado de su profundo sueño, el primero que había podido conciliar desde hacía tiempo.

La estaba mirando con una expresión feroz. Rosie se puso tensa y dejó de sonreír. Constantine parecía estar muy enfadado.

-¿Qué te ocurre? -le susurró.

-Tenía hambre. Bajé a comer algo y mientras bajaba por las escaleras me pregunté qué documentos quería enseñarme Theo en persona. Y si eran tan importantes, por qué se marchó sin decirme nada..

Rosie se dio cuenta del sobre marrón que tenía en la mano. El corazón empezó a latirle con fuerza.

-Pero ahora lo entiendo. Theo sintió vergüenza -continuó diciéndole Constantine, con el mismo tono mordaz-. Yo le di permiso para que abriera una caja de seguridad que tenía Anton, pero no esperaba encontrar nada tan confidencial...

Levantó la mano y dejó caer algo en la cama. Rosie lo levantó y su mano tembló. Era una foto de cuando ella era pequeña.

Constantine la miraba de forma acusadora, con los dientes apretados.

-Querías vengarte, ¿no? ¡Estabas dispuesta a esperar que llegara el momento preciso para restregarme por la cara quién era tu padre!

10

¿Venganza? Desolada por aquella acusación, Rosie reaccionó por instinto. Salió de la cama a toda prisa y se fue hacia donde estaba Constantine.

-Olvídalo. Lo último en lo que estoy pensando ahora mismo es en ese cuerpo tan tentador que tienes -le dijo Constantine en tono de desprecio.

Rosie se sintió desnuda. Agarró la toalla que había al Iado de la cama y se la puso encima.

-¿De dónde sacaste esa foto?

Como respuesta, Constantine sacó un montón de fotos de un sobre y las tiró sobre el colchón.

-Rosie desde su nacimiento hasta los nueve años. Una niña infeliz, a juzgar por las fotos. En casi todas estás llorando y en otras tienes marcas en las piernas de haber sido golpeada -le dijo Constantine, apretando los labios-. Me imagino que Anton se puso muy triste cuando vio todo esto. ¡Tu madre debió de ser bastante cruel!

-Es posible -respondió Rosie con un nudo en la garganta-. Ya intenté decirte quién era...

-Y parece que la crueldad la aprendiste de ella -siguió diciendo Constantine, sin escucharla, mirándola con ojos lacerantes.

-¿De qué estás hablando?

-Sólo estabas dispuesta a desvelar tu relación con Anton cuando Thespina estuviera delante, para así disfrutar con su reacción.

-¡Eso es mentira! ¡Yo nunca habría hecho eso!

-Ni tampoco te molestaste en convencerme de tu verdadera identidad -la condenó Constantine, apretando los dientes-. Guardar silencio era mucho más divertido, ¿no?

Confundida por sus ataques, Rosie respondió:

-No te entiendo...

Constantine se acercó a ella y la agarró por los brazos, forzándola a que se acercara a él.

-Estabas esperando a poder causar el máximo daño. No estabas preparada aquel día en Londres, cuando Thespina llegó sin avisar. Pero me lo dijiste, lo soltaste como si estuvieras contando un chiste y nunca más lo mencionaste. Es verdad que yo no te hice caso, pero no hiciste nada por convencerme de que hablabas en serio. ¿Qué quieres que piense?

-¡No podía hacer nada para que me creyeras! ¡No tenía nada para demostrártelo! -protestó Rosie.

-¡Anton tenía las pruebas y tú tenías que saberlo! ¡Ni siquiera te importó la posibilidad de que todas estas fotos pudieran caer en manos de Thespina!

-No se me ocurrió. ¿Crees que yo esperaba que mi padre se muriera tan pronto? -le contestó Rosie-. Anton nunca me comentó la existencia de una carpeta con documentación. ¿Qué hay dentro?

-Toda tu historia, desde que naciste. Antes de ponerse en contacto contigo averiguó todo lo que se podía averiguar sobre ti.

Aquella noticia conmocionó a Rosie. Había habido algunos sucesos dolorosos en su vida que ella no había querido contar a su padre. Había querido protegerlo. Sin embargo, él los había sabido desde el principio.

-¿Cómo conoció Anton a tu madre? -preguntó Constantine.

Rosie no podía mantenerse en pie durante más tiempo. Se tuvo que sentar en el borde de la cama.

-Su secretaria se puso enferma. Mi madre estaba apuntada en una agencia de empleo temporal. La historia sólo duró unas semanas...

-Porque mis padres murieron y Anton y Thespina se convirtieron en mis tutores. Me imagino que muchas veces te habrás preguntado lo diferente que hubiera sido tu vida si eso no hubiera ocurrido.

Era extraño, pensó Rosie un poco asombrada, pero nunca se le había ocurrido tal cosa. Lo que sí pensó fue que en aquel momento Anton no era feliz en su matrimonio. A los pocos días de que ella fuera concebida, un trágico accidente de automóvil les dio a su padre y a su esposa el hijo que los dos habían estado deseando durante tantos años. Un hijo de nueve años que se llamaba Constantine.

-Nunca había pensado en ello -admitió Rosie-. Pero Anton no sabía que mi madre estaba embarazada cuando la dejó. Cuando lo supo, ya era demasiado tarde y no pudo ayudarla.

-No, recibió una foto y una nota, que le envió por correo, diciéndole que era padre y que nunca podría conocer a su hija porque se había casado con otro hombre. Pero, cuando dejó de recibir fotos, supongo que no pudo resistir la curiosidad de conocerte y empezó a buscarte.

-Ni siquiera sabía el nombre de mi padrastro. No sabía siquiera por dónde empezar y estuvo a punto de abandonar un par de veces el intento.

-Me debes odiar, tanto como odias a Thespina, por la vida que te ha tocado -le dijo Constantine. Se apartó de ella, como si ya no pudiera soportar su mirada.

Cada uno de los músculos de su cuerpo se pusieron en tensión.

-Yo no odio a nadie -pero Rosie se sintió avergonzada, porque todavía recordaba ocasiones en las que sí se había sentido resentida con ellos. Pero eso fue mucho antes de que conociera a Constantine y a Thespina.

-Anton no estaba enamorado de mi madre -comentó ella-. Nunca dejó de amar a Thespina. Incluso aunque se hubiera enterado de que yo iba a nacer, no se habría divorciado para casarse con mi madre. Supongo que ella también lo sabía y por eso nunca le dio una oportunidad.

-Tú tampoco me has dado a mí ninguna oportunidad -se quejó Constantine-. Dejaste que pensara que te habías acostado con Anton. Incluso sabiendo que eso me estaba desgarrando por dentro.

-Yo te he dicho una y otra vez que no éramos amantes...

-¡A pesar de saber que eso no tenía sentido alguno! La única explicación que quedaba para explicar el testamento de Anton es la que tenemos ahora. Agradecida tienes que estar de cómo te he tratado -le dijo, mirándola con emoción reprimida-. A partir de ahora tengo que vivir sabiendo que he juzgado de forma cínica y cruel a Anton y que he hecho todo lo posible por evadir la responsabilidad que me pidió que aceptara. Y esa responsabilidad era su hija. Yo le he traicionado.

-Tú no has traicionado a nadie. ¡No sé cómo se atrevió a pedirte que te casaras conmigo! -le dijo, con cierta ansiedad en su mirada-. ¡Sé que lo hacía con buena intención, pero sigue siendo una locura!

-Yo era un niño muy desgraciado cuando los Estrada se encargaron de mi custodia. Ellos me educaron. Sin su amor y cariño, no sé dónde habría acabado. Nunca se puede pagar una deuda como ésa -se puso pálido, apretó los labios y se dio la vuelta. Se fue hacia la ventana y abrió las cortinas, dejando pasar la clara luz de la luna. Tenía los hombros caídos, cargados por la tensión.

Fue una sorpresa para Rosie descubrir que los años que pasó Constantine con sus padres naturales no se podían definir como perfectos. Sin embargo, recordaba que él había admitido que Anton era para él más que su propio padre. Rosie, a pesar de haber sentido curiosidad, no se lo había preguntado, porque se sentía

culpable. Constantine había interpretado su silencio como una evidencia de maldad, un deseo de vengarse.

-Lo siento. Puede que tengas razón. Tendría que haber insistido, pero el día que empecé a decírtelo me cortaste y empezaste a hablar de deudas y cosas así...

Constantine se dio la vuelta y empezó a caminar hacia ella. La agarró por los hombros y la levantó.

-¡Eras virgen! ¡Y habrías preferido morir, a darme el placer de saber que no habías sido la amante de Anton! ¡Eres una perra vengativa! -la insultó-. ¡Y yo soy un estúpido por creer que eras de otra manera!

Salió de la habitación, dando un portazo. Rosie se quedó de pie, con lágrimas cayéndole por las mejillas. Hacía sólo unas horas que había estado durmiendo en sus brazos. Se había sentido tan cerca de él, tan querida. ¿Querida? Empezó a sollozar. ¿Por qué se engañaba de esa manera? ¿Por qué era tan ingenua? Constantine podía hacer a cualquier mujer feliz en la cama. Eso era todo. Pero eso no significaba que estuviera enamorado de ella, ni que quisiera continuar casado con ella.

Nunca se hubiera imaginado que la información que le había ocultado pudiera afectarlo tanto. Ella había confiado en haber tenido la oportunidad de decírselo, y también había esperado que él no se lo creyera, pero que se disculparía cuando se hubiera enterado de que lo que le había dicho era cierto.

Después de caminar por la habitación durante lo que le parecieron varias horas, Rosie trató de dormir un rato, pero no pudo. Encendió la luz de la lámpara de la mesilla de noche y vio que casi eran las tres de la mañana. ¿Estaría Constantine dormido? ¿O estaría despierto como ella?

Se puso una falda de algodón, se levantó y se fue de puntillas a la puerta que separaba sus dormitorios. La abrió. La luz de la luna iluminaba la cama vacía. Desde la escalera, vio luz en el estudio. Bajó al vestíbulo. Una vez allí, se quedó quieta, dudando durante unos instantes, preguntándose qué iba a decirle, cuando ni siquiera ella podía admitir que estaba enamorada de él...

Seguro que, si se lo decía, saldría huyendo para Grecia. Un hombre que nunca se había enamorado, que no quería asumir ningún compromiso, no se iba a sentir muy cómodo si se enteraba de que alguien estaba enamorado de él.

Rosie, con el mentón levantado, abrió la puerta. Sólo había una lámpara encendida, dejando casi la totalidad de la habitación a oscuras. Constantine estaba tumbado en el sofá. Se acercó a él y le

oyó que decía unas palabras en griego. Abrió los ojos y la miró, con ojos de sueño.

-¿Constantine?

Abrió y cerró los ojos un par de veces y frunció el ceño. Tenía el pelo alborotado y la barba oscurecía su mentón. Pero fue la desolación de sus ojos lo que conmovió a Rosie. Se arrodilló junto a él y le agarró la mano.

-Lo si...

De pronto, se oyeron pasos. Rosie se asustó. Dmitri estaba en la habitación.

-Estoy cuidando al señor Voulos -le dijo.

-¿Es que está enfermo? -no siguió preguntando, cuando notó el olor a alcohol. Miró la botella de whisky que había medio vacía en la alfombra y comprendió-. Está... está...

-Un poco cargado. Vuelva a la cama -le dijo Dmitri-. Yo me quedaré con él.

-¿Hace esto muy a menudo? -le preguntó Rosie, acariciando con sus pequeños dedos la mano de Constantine.

-Nunca lo había visto antes así.

-¿Qué está diciendo? -preguntó Rosie, cuando le oyó farfullar algo en sueños.

-Conejos -le informó Dmitri.

-¿Conejos? -repitió Rosie.

-Lo llevaré a la cama... -Dmitri se acercó, obligándola a soltarlo de la mano.

-Te echaré una mano.

-No es necesario.

Rosie retrocedió unos pasos, abrumada por la hostilidad del guardaespaldas. Desde la puerta, lo miró y le dijo:

-No es lo que tú te piensas.

-Yo no tengo que pensar nada, señora Voulos.

Pero en su cara se veía claramente que la condenaba y que se mantenía leal a Constantine. Sólo porque estaba convencida de que a Constantine, con su actitud machista, no le agradaría que lo viese en semejante estado, se marchó a su habitación.

Se tumbó en la cama y se quedó mirando el cielo por la ventana. Debía de haber estado muy enfadado para emborracharse de esa manera. Rosie trató de justificarlo. ¿No era ella también un poco culpable, por haber traicionado la confianza de Anton? Porque había accedido a casarse con Constantine a regañadientes, y habría huido si hubiera sabido lo que la esperaba a la mañana siguiente de la ceremonia.

¿Por qué se habría emborrachado? ¿Quizá porque se sentía culpable al no haberse portado como debía con la hija de Anton? ¿O porque se había deprimido al pensar que, si llevaba hasta el final el deseo de Anton, seguiría casado con ella para siempre?

Sintió que el estómago le daba un vuelco y se levantó de la cama otra vez. Se puso unos vaqueros y una camiseta de algodón. Después, se fue al cuarto de baño y se cepilló el pelo. Necesitaba respirar aire fresco. La moto que había alquilado estaba en el patio. No la había utilizado desde que llegó a la casa. A lo mejor una vuelta le despejaba un poco la mente...

Cuando Rosie se detuvo a la sombra de unos pinos, todavía era muy temprano. Se comió el bocadillo que se había llevado. Con el refresco y el bocadillo de jamón con tomate sació su apetito, pero no logró saciar el agujero que sentía en la boca del estómago. Luchaba con todas sus fuerzas por convencerse de que el mundo no se acababa con Constantine. Al fin y al cabo, tampoco tenían tantas cosas en común.

Era un hombre dominante, arrogante y adicto al trabajo. Era todo lo contrario de ella. Rico, educado y con ambición. Era más guapo que ella. Además, tenía a un montón de mujeres detrás de él y ella no era una mujer a la que le gustara competir. Ella tenía su orgullo y acababa de recibir un duro golpe.

Si Constantine albergaba algún sentimiento hacia ella, lo había matado. No tenía sentido concentrarse en los aspectos más positivos de su personalidad. Podía ser un hombre encantador, entretenido e incluso cariñoso. Pero todo eso no era importante. Eso era lo que ella sentía en el corazón, pero no en la cabeza. No estaban casados de verdad. Y aquel acuerdo temporal estaba a punto de romperse.

Cuando llegó a Son Fontanal vio una limusina en el patio. Rosie pasó a su lado y aparcó su moto. Se estaba quitando el casco cuando vio a Constantine bajar por las escaleras. El corazón le dio un vuelco. Iba vestido con un traje de color crema que resaltaba su piel dorada y su pelo negro. Un aspecto que la hizo sentirse como el chocolate bajo el sol.

La miró con sus ojos negros brillantes.

-¿No se te ocurrió pensar que podría estar preocupado por ti?

-Cuando lo pensé, ya estaba lejos de aquí.

-¿De dónde has sacado esa moto?

-La alquilé el día que llegué a la isla.

-Pensaba que era de alguno de los trabajadores. Dmitri se encargará de devolverla. No me gusta que andes en moto por estas carreteras -le dijo Constantine. Su cara bronceada adquirió cierta palidez y apretó los labios.

Se quedó mirándola, sin decir una palabra. De pronto, Rosie lo entendió todo. Constantine no había pensado que ella volvería, pero por alguna razón no estaba diciendo todo lo que pensaba sobre ese asunto.

-Thespina está aquí. Ha llegado hace diez minutos -explicó él.

Rosie se puso tensa y palideció.

-Oh, no...

-He pensado que no tenemos otra opción que decirle la verdad -admitió, recalcando sus palabras-. Tu identidad la conoce ya mucha gente. Prefiero que se sepa la verdad, en vez de que le lleguen a sus oídos medias verdades.

Rosie no podía moverse de su sitio. Constantine le puso una mano en los hombros y la condujo al vestíbulo.

-¡Díselo tú!

-Esto tenemos que decírselo los dos -le dijo mientras se la llevaba hasta el estudio, antes de que pudiera responder.

Thespina se levantó para saludarlos, dirigiéndoles una sonrisa. Rosie sintió que se iba a desmayar de un momento a otro.

-Ven y siéntate a mi lado -la invitó Thespina, sentándose otra vez en el sofá y dando unos golpecitos en el asiento que había a su lado.

Una criada entró llevando una bandeja con café. Constantine se sentó al Iado de la chimenea de piedra. Cuando sirvió el café, la criada se marchó y cerró la puerta.

Thespina giró la cabeza para mirar a Rosie y le dijo:

-Yo creo que esta farsa ya ha durado más que suficiente. Creo que Constantine ha hecho todo lo posible por explicar lo inexplicable y protegerme. La verdad es que yo tenía que haber hablado con él mucho antes. Nunca ha sido capaz de contarme una mentira si me miraba a los ojos, ni siquiera de niño.

Constantine, que estaba poniendo azúcar en la taza, se levantó de forma tan repentina que el líquido se derramó en el plato.

-¿Estás diciendo que...?

-Que he sabido que Rosie existía desde hace más de veinte años

-confirmó Thespina, apartando su mirada de Rosie-. Tienes que perdonarme, Rosalie, por no habértelo dicho inmediatamente. Pero supe que eras la hija de Anton desde el momento en que Constantine pronunció tu nombre. Primero por tu pelo y luego por ese nombre tan poco corriente, además de que los dos os comportabais de una forma bastante extraña. Desde el principio supe que no me estabais contando la verdad.

-¿Veinte años...? -repitió Constantine, con cara de asombro, mirando a Thespina.

-Anton no sabía ocultar sus sentimientos. Se enfadó mucho cuando recibió la primera fotografía de Rosie -confesó Thespina, poniendo un gesto de dolor en su cara-. La encontré en su escritorio, junto a una carta de su madre y entonces lo entendí todo. Aquello me desconcertó bastante, pero al final me preocupé mucho más por mantener nuestro matrimonio intacto. Podría haberme enfrentado a él, pero ¿qué habría conseguido? Sólo que se sintiera culpable. Y yo no quería perderlo. A lo mejor me equivoqué y tenía que habérselo dicho...

-No. Seguro que no se habría quedado contigo -concedió Constantine.

-Tenía ya una gran carga sobre sus hombros -Thespina miró a Rosie y suspiró-. Durante toda mi vida he conseguido las cosas que quería sin ningún esfuerzo. Cuando perdí al niño que iba a tener y los médicos me dijeron que era casi imposible que pudiera tener hijos, le eché la culpa a mi marido y lo rechacé. Le dije que quería pasar un tiempo sola y me fui. No puedo recriminarle que se fuera con otra mujer...

-No sabía que Anton y tú hubierais tenido problemas.

-Eso fue antes de que tú vinieras. Y yo dejé que mantuviera a Rosie en secreto, sólo para conservar mi propio orgullo también. Además, sabía que su madre se había casado y por eso me sentía más segura. Los años pasaron y siempre quise conseguir esas fotos. Sabía que Anton las tenía guardadas en una caja de seguridad.

-Así que durante todo este tiempo sabías que yo existía -susurró Rosie.

-Pero nunca se me ocurrió que Anton te había encontrado. Sabía que lo había intentado cuando eras más joven, pero que no lo consiguió. Un día, hace seis meses, apareció en casa muy contento. Incluso llegué a sospechar de que tenía una amante - Thespina miró a Rosie, con un tono cálido en sus ojos-. Pero me alegra que te encontrara, Rosie. Me alegra que estuviera viviendo contigo antes de morir. Sabía lo que eso significaba para él.

Rosie se humedeció sus resecos labios.

-Eres muy comprensiva.

-Los secretos ponen a todo el mundo en una posición muy incómoda -señaló Thespina-. También conozco el testamento que redactó mi marido. Lo que quiero que me digáis es si estáis casados porque los dos queréis, o porque así lo pidió Anton en el testamento.

Rosie tragó saliva.

-Estamos fingiendo...

-¡Y un cuerno! -gritó Constantine, mirando a Rosie con desaprobación.

-A lo mejor no debía haber hecho esa pregunta -dijo Thespina, sonriendo y poniendo en la mesa la taza de café-. Pero si pensáis que podéis estar viviendo juntos el tiempo suficiente como para darme un nieto, yo me alegraría mucho. Toda la vida he estado esperando ese momento.

Rosie se miró los pies, y se puso colorada. No podía mirar a Constantine. Se daba cuenta de lo que la viuda de su padre estaba intentando decirle. Thespina le estaba diciendo que la aceptaba como una parte de la familia.

-¿Dónde vas? -le preguntó Constantine a su madrastra.

-Sólo he venido de visita y para aclarar unas cuantas cosas. En otro momento volveré a Son Fontanal. Por cierto, Rosie... -Rosie levantó la cabeza, muy nerviosa. Thespina sonrió de nuevo-. Tu padre convenció a su madre para que no vendiera los retratos que había en la casa. Me encantaría verlos otra vez colgados donde siempre han estado.

-Vaya un repaso nos ha dado a los dos -murmuró Rosie mientras veía alejarse la limusina.

Todavía un poco aturdida por aquella sorpresa, Rosie volvió a la casa. Y de pronto pensó que si Thespina lo sabía todo, no había necesidad de seguir fingiendo, ni había que esperar más para conseguir el divorcio. De pronto, sintió que sus piernas no la sostenían. Thespina había destruido las premisas sobre las que se cimentaba aquella relación.

-¿Cómo le has dicho que nuestro matrimonio era una farsa? -la condenó Constantine-. ¿Piensas que era necesario?

-Le dije la verdad. Después de haber sido ella tan franca, habría sido un insulto contarle una mentira.

-¿No estamos casados? ¿No somos amantes?
-¡Tú me dijiste muy claramente anoche lo que sientes por mí!
-¡*Christos*! Creía saberlo, pero ahora no lo tengo tan claro. Es posible que yo haya herido tu orgullo por no haber admitido que eras la hija de Anton, pero has de entender que era algo increíble -le dijo, mirándola a los ojos-. Está bien, estaba equivocado, pero lo que no entiendo es por qué no me lo dijiste otra vez, cuando ya nos conocíamos mejor.
-Pensé que iba a dar igual...
-¡Pues no habría dado igual, si lo hubiera sabido! -le gritó Constantine-. Me quedé destrozado al enterarme del contenido de esa carpeta.
Rosie apretó los puños cuando pensó en la posibilidad de perderlo y no volverlo a ver. Se separarían y sería como si las últimas dos semanas nunca hubieran existido. El miedo a no poder controlar sus emociones la impulsó a decir:
-Pero eso no importa ahora. Ya no tenemos que fingir ante nadie. Podemos divorciarnos.
-Pero yo no quiero divorciarme -contestó Constantine.
-Yo no voy a seguir casada contigo sólo porque mi padre te lo pidió. Me voy a hacer las maletas.
Salió de la habitación y subió las escaleras como si la estuvieran persiguiendo.
-¿Rosie... ? -oyó una voz detrás de ella.
-Yo no me voy a quedar contigo sólo porque me lo pase bien en la cama -lo acusó, antes de que pudiera seguir hablando.
Constantine cerró la puerta de un portazo y se apoyó en ella, su cuerpo rígido de la tensión.
-Pero esa atracción podría ser un principio, un cimiento...
-Anoche me dijiste que me gustaba vengarme y me llamaste perra -le recordó.
-Pero no fue eso lo que quise decir. Yo estaba... -apretó los dientes-. Yo estaba...
-¿Qué? -exigió Rosie.
-Dolido... ¡Me sentí como si me estuvieran arrancando las entrañas! -lo dijo con tal emoción, que Rosie guardó silencio-. ¿Cómo te habrías sentido tú? Cuando estaba empezando a sentirte más cerca de mí, me entero que no eres la persona que yo pensaba que eras...
-¿Y todavía piensas que soy una zorra?
-¡Claro que no! ¡Yo no quise decirte eso!
-Pues eso fue lo que dijiste -replicó Rosie, levantándose y

empezando a abrir algunos cajones.

-Anoche pensé que debías odiarme, y no tengo mucha práctica en expresar mis sentimientos. Yo ataco primero. No he podido pensar con claridad hasta esta mañana, pero cuando me levanté, tú habías desaparecido...

Rosie no quiso mirarlo. Se limitó a seguir haciendo con su ropa una pila. Estaba claro que a ella no la amaba, pero que sí había amado y respetado a su padre.

De pronto, se oyó el sonido del móvil.

-¡Vamos, responde! -le dijo Rosie.

Constantine dijo unas palabras en griego y respondió. Rosie escuchó la conversación, a pesar de no reconocer el idioma en el que estaba hablando. No era ni griego, ni francés. Pero en un momento determinado le oyó pronunciar la palabra «Cinzia» y sintió que los celos se apoderaban de ella. Se levantó, se acercó a él, le quitó el móvil de la mano y lo metió en una jarra de agua que había al lado de la cama.

-¡Habla con Cinzia cuando yo me haya ido, no ahora! -le gritó-. ¡Ojalá el marido de ella os pille a los dos y te pegue un tiro!

Cuando se dio la vuelta otra vez, temblando como una hoja agitada por el viento, el silencio que se produjo fue ensordecedor.

-Cinzia y yo lo dejamos hace años, pero somos amigos -comentó Constantine, casi como si estuviera conversando-. Si dejé que Anton y Thespina pensaran que seguía saliendo con ella, fue porque no quería que me presentaran jóvenes casaderas cada vez que salía a cenar con ellos.

Rosie parpadeó y suspiró hondo.

-Los dos querían verme casado. Pero yo no quería. Cinzia me sirvió de tapadera, para que ellos dejaran de organizarme citas.

Rosie miró el móvil, al fondo de la jarra de agua.

-No debes tener celos de Cinzia. Lo nuestro terminó hace años.

-¡Yo no estoy celosa!

-Si tú lo dices... -le respondió Constantine-. Pero no sé por qué siempre tengo que tranquilizarte cuando te hablo de otra mujer.

-Porque estaba fingiendo que soy tu esposa. Pero sólo estaba fingiendo.

-Pues si quieres, deja de fingir. Si te marchas, sentiré que mi vida ha dejado de tener sentido.

Rosie se pasó una mano por la cara y se dio la vuelta. La miraba con tal intensidad que su cuerpo se estremeció.

-Ya sé que todavía crees que estás enamorada de Maurice -le dijo Constantine-. Pero creo que lo podrás superar. No puedo

hacerme a la idea de perderte. Lo intenté anoche y al final llegué a la conclusión de que si te quedabas conmigo, todo lo demás dejaba de tener importancia para mí...

Rosie se humedeció los labios y esperó, apretando los puños, para no salir disparada y arrojarse a sus brazos.

Constantine tomó aire, como cuando un bañista se va a tirar de cabeza a una piscina.

-Estoy locamente enamorado de ti...

-Y yo no estoy enamorada de Maurice. Yo también estoy enamorada de ti. Lo que no podía soportar era la idea de que siguieras casado conmigo sólo porque Anton era mi padre -le dijo, abrazándose a él y acariciándole los hombros.

Constantine la abrazó con tal fuerza que casi la dejó sin respiración.

-¿No te diste cuenta anoche lo mucho que te quería? ¿Por qué crees que me emborraché?

-Nunca podría haberme imaginado que me quisieras tanto.

Constantine le levantó la cabeza y la miró a los ojos para que viera que lo que estaba diciendo era verdad.

-La primera vez que te vi fue como pegarme contra una pared a doscientos kilómetros por hora. Casi me vuelvo loco cuando me enteré de que Anton y tú vivíais en la misma casa. Te quería sólo para mí.

-Es que te puse nervioso desde el principio -contestó Rosie mientras le quitaba la corbata.

-Pensaba en ti todo el tiempo, y empecé a imaginar excusas. ¿No te diste cuenta? -se apartó un poco y pudo quitarle la chaqueta. Cayó al suelo, y ninguno de los dos la miró, porque sólo tenían ojos para ellos.

-¿Excusas? -preguntó Rosie, desabrochándole la camisa.

-Excusas que explicaran por qué te habías convertido en la amante de Anton.

-Como que Maurice era una mala influencia, o que estaba enamorada de él y que por eso me fui con Anton -le recordó Rosie mientras le quitaba la camisa-. Excusas para no acostarte conmigo.

-Pero no te diste cuenta -contestó Constantine, mirándola a los ojos, mientras ella le desabrochaba el cinturón-. No podía creer que pudieras afectarme de esa manera. Además, estaba celoso de Maurice. Nunca parabas de hablar de él. Cada vez que pensaba que había llegado a algún sitio en nuestra relación, él se metía en medio.

-Es mi mejor amigo, y nunca ha habido nada más entre

nosotros.

El cuerpo de Constantine se estremeció cuando Rosie empezó a demostrarle de forma más física su amor y afecto. Le habló de la hermana de Maurice, Lorna, y la experiencia tan desagradable que había tenido con un periodista que le gustaba.

Le acarició con la mano el pecho cubierto de vello, y también sus muslos, antes de terminar en su sexo. Constantine se quejó cuando le puso la mano allí. Después la agarró entre sus brazos y la besó en la boca. Los dos cayeron en la cama. Constantine le arrancó la ropa del cuerpo. Esa vez Rosie colaboró.

Horas después, los dos estaban abrazados en un estado de mutua satisfacción.

-Tan sólo hay una cosa que no logro entender. ¿Por qué me dijo Dmitri que estabas hablando de conejos?

-Hay dos cajas de conejos en el piso de abajo.

-¿Cómo? -le preguntó Rosie sorprendida.

-De esos conejos Sylvac que coleccionas. ¿Recuerdas que te rompí uno? La semana pasada hice una llamada por teléfono y compré la colección más cara de conejos de cerámica que existe en el mundo actualmente.

El rostro de Rosie se iluminó con una sonrisa.

-Eres maravilloso, Constantine. Debías de estar desesperado para querer impresionarme de esa manera.

-Eres muy diplomática, Rosie -respondió, sonriendo-. Seré igual de despiadado. ¿Cuándo me vas a contar qué hago yo en tus fantasías?

-Si te lo digo, te asustarás.

-¿Te dije yo algo cuando me tiraste el teléfono al agua? -estiró el brazo, la agarró y la besó, hasta dejarla casi sin respiración. Rosie suspiró de alegría y pensó lo mucho que le gustaría a Constantine hacer de gánster.